



LA RAYA

TRIBULACIONES DE JUAN TERRANO

Serafín Picado de la Cruz

©POETA DE ©ABRA (2) Ediciones



Serafín Picado de la Cruz, nace en Barrado (Cáceres), en 1949. Gran lector desde niño, es un estudioso del arte románico y, en general, de las piedras, *ya sean piedras de una iglesia o piedras de un castillo*. Escribe, también, desde muy joven, aunque es a una edad madura cuando se plantea la escritura, poesía y narrativa, como una necesidad vital.

Serafín ha trabajado casi 30 años en la fábrica automovilística Peugeot, donde ha desempeñado la tarea de representar a los trabajadores en el Comité de Empresa y, aunque en esta primera novela no se aprecia, en las posteriores queda patente su procedencia de obrero metalúrgico y de sindicalista; y en todas, su compromiso con la lucha por la libertad y la democracia.

La Raya es su primera novela. En ella nos habla de lo que mejor conoce: su tierra extremeña. Y nos lleva a viajar por un mundo de carboneros, pastores, jornaleros, maquis, etc. Corren los años 50. Hay extrañas alianzas en la frontera hispano-lusa (La Raya). Hombres y mujeres que tienen muy poco que perder y mucho que ganar: cambiar el destino de España.

LA RAYA

Tribulaciones de Juan Terrano

LA RAYA

Tribulaciones de Juan Terrano

Serafín Picado de la Cruz

Poeta de Cabra (2) Ediciones

NOVELA

Madrid, 2008

Poeta de ©abra (2) Ediciones

NOVELA

Madrid, 2008

1ª edición, abril de 2008

© Serafín Picado de la Cruz

© de la presente edición: Poeta de ©abra (2) Ediciones

Depósito Legal nº: C.R. 300-208

IMPRIMR : Industrias Gráficas Mata, S.L.

13600 – ALCÁZAR DE SAN JUAN

LIBRETOS Poeta de ©abra Ediciones NOVELA *es una colección de bolsillo de Poeta de ©abra (2) Ediciones*

C/ Dulcinea del Toboso 21, 13720 Cinco Casas, Ciudad Real

ÍNDICE

Primera parte	
NOCHES DE CRUCES LARGAS	9
I. Noches de cruces largas	11
II. El regreso	15
III. Los oficios	19
IV. Berrocana	23
V. “Nos juimos pal lindal”	27
VI. El cerco	31
VII. La bestia	35
Segunda parte	
LAS FRONTERAS	37
VIII. Sultán	39
IX. Los neutrales	43
X. Los parias	49
XI. La raya	53
XII. La sombra del poder	59
XIII. Perros viejos	63
XIV. Los cachorros del orden	67
XV. La curandera	71
Tercera parte	
EL RUBICÓN	75
XVI. Volver a empezar	77
XVII. Aires de guerra	81
XVIII. La noche se mueve	85
XIX. La misión	89
XX. Los visitantes	93
XXI. Agravios	99
XXII. La revuelta	103

Cuarta parte	
LA DEHESA	109
XXIII. Confidencias	111
XXIV. La siembra	117
XXV. La cacería	121
XXVI. Preparativos	127
XXVII. “Las revolviuras”	131
XXVIII. Las cuernas del alba	135

PRIMERA PARTE

NOCHES DE CRUCES LARGAS

**'La libertad del hombre se mide por el eco de sus palabras'
(Juan Terrano)**

NOCHES DE CRUCES LARGAS

Juan Terrano no puede imaginar que va a ser parte esencial de un drama que empieza a fraguarse a cientos de kilómetros. Esa mañana sale temprano con la intención de revisar las trampas para conejo que colocó la noche anterior. Burlar la vigilancia de los guardias no es una tarea difícil. No se adentran en aquellas espesuras a menos que tengan razones muy poderosas. Lleva cinco años viviendo en La Serradilla, una finca de treinta y siete hectáreas de robles, castaños, cerezos, praderas y regadíos. Ubicada en una hoya tectónica, a más de quince kilómetros del centro habitado más cercano, totalmente rodeada de bosques y con dos caminos de herradura casi intransitables, resulta un refugio perfecto para su pretensión de vivir en soledad. Sus zahones rozan constantemente con los helechos y retamas, produciendo un sonido de laúd desafinado y las botas chapotean en el agua que corre por los regueros, o se agazapa debajo de la yerba. El matorral va quedando atrás dejando paso a los viejos y requemados castaños que se arraciman sobre suaves laderas, preludio de estribaciones menores asentadas en la Sierra del Tormanto. El tardío otoño enseña brillos lluviosos en las hojas, el agua de las fuentes del Nogal, Chaparejos, Medianina o la de la Teja, recorren las lomas y empantanán las zonas llanas, demostrando la insuficiencia de los viejos drenajes hechos en tiempos de los romanos. Al subir al descansillo que forma una vieja carbonera se detiene a tomar aliento y deja resbalar la vista sobre la hondonada extendida a sus pies. Entonces los descubre. Aparecen siniestros con sus viejos capotes brillando a los indecisos rayos de sol. Vienen por el camino del Valle, una vez superadas las terribles cuestas, inician el ligero descenso al centro de la hoya para zigzaguear, vereda adelante, hasta llegar al

abrigo de los viejos riscos donde se encuentra la casa. Los ve detenerse junto a la fuente del Caño, casi en la valla del caserío y reiniciar la andadura con dirección inequívoca. No es la primera vez, llegan siempre en pareja, haciendo la ronda, saludan, les firma en un estropeado libro y vuelven a marcharse apresados en los oscuros tricornios. Ha llegado a conocer sus nombres: Martín, Pedro, Adrián, e incluso ha llegado a compartir con ellos el vino de su exigua cosecha; pero no consigue escapar del miedo que le provoca su presencia.

Se acerca a la vivienda por la parte de atrás, por los apriscos. Los perros siguen ladrando con cierta desconfianza y a pesar de sus esfuerzos se le hace un nudo en el estómago, no son los guardias de siempre. Tienen un aire más militar, más duro, más de enemigos del mundo. El saludo con la mano a la sien no le ayuda a serenarse y la orden de acompañarles termina por confirmar sus sospechas de que algo anormal está sucediendo.

Cuarenta y cinco minutos andando y dos horas encogido en un destartado vehículo. Le llevan al despacho del Señor Gobernador del cual sale, tres horas más tarde, convertido en el alcalde de Casas de Roble Alto, el pueblo donde ha nacido y a cuyo término municipal pertenece La Serradilla. No corren tiempos para el heroísmo y acepta, a pesar del miedo que parece querer instalarse definitivamente en sus entrañas.

Conoce bien el pueblo, y también sabe de los hombres, sus signos y su historia. Ha bebido en Las Madrillas, corrió toros en el Lejío, penó cada uno de sus rincones y, sobre todo, ha aprendido a llorar el grito ensangrentado de todas y cada una de las cruces que adornan la parte superior de casi todas las fachadas. La primera apareció en el treinta y nueve -en la Casa del Pan-, pintada de negro, su tosquedad resalta sobre el adobe. Las bandas fascistas asesinaron a Daniel, el Bola, acusado de ser... ¡acusado! Su mujer, Adela, clavó la cruz en la pared. Nadie se atrevió a retirar aquel signo acusador. Hubo otros Daniel, otras Adela..., y un bosque de cruces hechas de madera y sueños secados al son de la venganza, fue llenando los huecos del dolor y las fachadas de medio pueblo: el otro medio sostiene el odio que las alimenta.

El Sr. Alcalde es consciente desde el principio de que su nombramiento obedece a intereses propagandísticos del Régimen. Puede hacer lo que quiera, enriquecerse, repartir favores, administrar inquinas... Todo, menos oponerse

a los designios de lejanas autoridades que se atribuyen derechos de vida y muerte. Los derechos del vencedor.

El primer sol de abril le sorprende en Las Mandaillas, una pequeña finca situada a medio camino entre el pueblo y La Serradilla. Corre el año 43 y parecen superados los miedos de los primeros meses. El pueblo se recupera de los estragos causados por la historia reciente; las familias tornan a reunirse en fechas señaladas, se está recuperando la actuación colectiva en trabajos comunales y todo indica que podrán sobrevivir sin sobresaltos importantes. Sin embargo Juan intuye que algo no va bien. Cierta sensación de disgusto se apodera de él y le impide concentrarse en su trabajo, deja el calabozo apoyado en el tronco de una higuera y se dispone a liar un cigarrillo mientras cavila; una detenida mirada a las fincas del contorno aumenta su zozobra, no hay nadie en ningún sitio, ni un ladrido, ni una herradura contra las piedras del sendero, ninguna columna de humo anunciando las hogueras habituales en esta época del año... Se dirige al pueblo todo lo deprisa que le permiten sus piernas.

La calle Real está desierta, todas las puertas y ventanas permanecen cerradas. Los balcones de madera se encogen detrás de las macetas y un extraño aroma mezcla de cuadra, heno y geranios embarga el ambiente. Después de algunas visitas puede reconstruir la noticia: ¡Van a detener al Quesero! Nadie sabe quién la trajo ni cuándo va a suceder; pero la acción parece inminente y se han vuelto a desatar todas las angustias y todos los miedos. A la hora de recordar aquellas horas no saben, o no quieren dar explicaciones de los pasos del Alcalde; pero Manuel, el Quesero, desapareció por las barrancas en dirección a no se sabe dónde.

Llegan al atardecer. Todos los portones atrancados. Las ventanas cerradas. Nadie por las calles. Derriban una puerta a culatazos -la puerta que cobija los sueños del quesero-, la casa está vacía y encorajina a los sicarios asaltantes. Se dirigen a otra, la del Alcalde. El eco de los golpes se esparce por el aire como una amenaza siniestra. Un ruido metálico se mezcla con los golpes; el ruido metálico se repite una, dos, tres..., muchas veces. Vuelve el silencio. Solo algún perro ladra en la lejanía. Juan Terrano se asoma por una rendija y divisa varias ventanas entreabiertas sosteniendo, cada una, el negro cañón de una escopeta.

Regresan una semana más tarde, al amanecer. Esta vez con una compañía militar. Colocan un cañón en cada entrada y una ametralladora en cada cerro. Quince personas detenidas es el balance de la heroica acción. En los días siguientes fueron soltándolas una a una, hasta catorce. La número quince permaneció durante ocho años en un penal de Cáceres donde, esporádicamente, le llegaban noticias de un pueblo en el que no hubo más asesinatos y de una finca en la que nunca se ve a nadie; pero es la mejor cuidada de toda la región.

II

EL REGRESO

Una ciudad mediana, con restos de torreones, castillo, murallas y numerosas iglesias -que conserva un profundo y romántico aire medieval- ha de tener, inevitablemente, cientos de historias escritas en el alma de sus piedras, cientos de cuentos corriendo de palacio en palacio y una leyenda permanente a punto de aflorar entre los balcones floridos asomados al valle. Los misterios, entresacados de cada uno de sus rincones, esparcidos por ochocientos años de existencia, salen al encuentro de los curiosos envueltos en la piel de damas legendarias, obispos de estocada y agua bendita, señores belicosos, artesanos avarientos, constructores de mundos inimaginables y algún que otro judío. Catedrales, iglesias, conventos y seminarios, parecen indicar la esencia de oscuros secretos susurrados en las profundidades de confesionarios, celdas y sacristías. Las ruinas de un monasterio -asentado en la orilla del río que ciñe la ciudad-, ensaya un alarido cuyos ecos se estrellan contra el edificio de la antigua cárcel y del manicomio provincial.

Cientos de personajes dejaron su huella en la tradición popular, que ha ido ampliando y enmendando los hechos, hasta encontrar sentido a las piedras que conforman sus calles y, a la vida de miles de seres anónimos que construyeron un mundo y no les dejan otro papel que reinventarlo.

La ciudad gira en torno a la plaza. Tuvo distintas denominaciones: Plaza de España, Plaza Nacional, Plaza Mayor, Plaza del Generalísimo; para sus habitantes es la Plaza. Ella ha sido y es, testigo inerte de los grandes acontecimientos: los *martes*, desde el siglo XII, presencia la reunión de cientos de artesanos y campesinos para vender sus productos, fue escenario de la revuelta contra los franceses. Sus arcos acogieron a juglares, autos sacramentales, jus-

tas de caballeros, traiciones y amoríos. Existen otras plazas, todas más pequeñas y recoletas, que definen un entramado de callejones y recovecos, cargados de sabor histórico.

Llega el atardecer. Las sombras extienden su dominio por todo el contorno y los grises horizontes, minuto a minuto, se vuelven más impenetrables. La Sierra de Santa Bárbara es un buen sitio para reposar de la larga travesía. Sus ojos chispean sorprendidos por el paisaje, un valle enorme, bien definido por altas montañas -dirección noreste- a ambos lados del río; un agreste cerro al oeste y suaves colinas al sur, lo separan de las llanuras; el río describe una amplia curva, apretando las huertas contra las murallas y se pierde, enfilando tierras portuguesas, por profundos desfiladeros de riscos y matorrales. La población aparece recostada sobre la sierra de enfrente, escalando suavemente sus faldas tapizadas de alcornoques y dejándose caer a ambos lados, sin estridencias, sin excesos. La sierra sigue subiendo mucho más allá de la ciudad, hasta conformar una impresionante montaña. Pálidas luces realzan la mole de varios edificios recortados en sombras contra la noche anunciada y el repique de una campana deja en el aire ecos de oraciones vespertinas.

La noche le atrapa bajando las últimas cuestas entre olivares y con el olor de las majadas metido en la nariz. Esquilas y golpes de herraduras contra las piedras han sido compañeros inseparables durante los últimos treinta y cinco minutos. Divisa luces en el valle que le permiten situar algunos pueblos, distintos caseríos y el primer barrio, tendido a la orilla del río, junto al Puente Nuevo y a los mismos pies de la muralla.

Entra en la ciudad por la Puerta del Sol, recorriendo la calle del mismo nombre, estrecha como todas las del lugar; desemboca en la plaza perseguido por sombras removidas por amarillentas luces colgadas de las paredes. El frío de la noche propicia calles solitarias y el eco de sus pasos se esparce por la penumbra. Una de las pocas personas con las que se cruza le indica donde están los dos únicos hoteles que encontrará abiertos. Elige el Alfonso VIII. El recepcionista lo contempla desconfiado, mira y remira la documentación y considerando que está en regla le entrega la llave de un cuarto.

Juan Terrano sabe que su aspecto no es el más adecuado para inspirar confianza. Los ocho años pasados en la cárcel le dejaron un cuerpo maltrecho

y envejecido; los últimos meses, andando por los caminos de pueblo en pueblo con una mochila a la espalda, han convertido su indumentaria casi en harapos.

Sucedió dos horas después. Aseado, con ropa limpia, aunque un tanto arrugada, se mira en el espejo. Suenan fuertes golpes en la puerta. La violencia de las llamadas hace regresar los miedos, los viejos miedos agazapados a flor de piel. Abre, le empujan con la culata de los fusiles...

Los papeles en regla les desconciertan: un pase de viaje, distintas cartas de dignatarios falangistas y dinero, suficiente dinero para pagar aquel hotel de lujo, hacen cambiar la actitud de los guardias, se limitan a ordenarle que pase por el cuartel al día siguiente.

Pasa otra noche en vela con la angustia espoleando el dolor y la rabia. Ya no sabe contar tantas noches parecidas, siempre le queda la tímida esperanza de que sea la última. Cuando el sol primerizo se entretiene en las crestas de la montaña sale del hotel. Las calles aparecen solitarias y transmiten un ambiente pacífico que serenan su ánimo. La Guardia Civil no se preocupa mucho de él, un buen número de preguntas y algunos telegramas aclaran su situación y le dejan en paz; pero no consigue olvidar y el futuro sigue lleno de miedos e incertidumbres.

La relación de sus difuntos padres con la Familia Real en el exilio le ha dado muchos quebraderos de cabeza; pero, a cambio, le ha proporcionado cierto reconocimiento oficial que le llevó a la cárcel, le sacó de ella y le permite deambular por todo el país, menos acercarse a quince kilómetros de La Serradilla.

La primavera del año 52 le sorprende desarrollando una actividad anormalmente intensa. Se ha comprado una pequeña finca en la sierra cercana a la ciudad, donde está arreglando la casa; reanuda sus relaciones con el exilio; se ve, varias veces—con un contrabandista; se entrevista frecuentemente con un paciente del manicomio y mantiene una extraña relación con un grupo de carboneros y con distintos políticos locales.

Sucedió en el mes de junio. La anunciada visita del Generalísimo enervó los ánimos de las poderosas familias de la nobleza, no era lo mismo vivir del dictador que sentarse a su mesa. Un hervidero de rumores y opiniones traspasa los palacios y se asienta en los mentideros de la villa. Nadie dirige, nadie organiza, nadie da órdenes, pero en la fecha señalada apenas treinta

personas están esperando al visitante. La ululante caravana pasó sin detenerse, dejando una nube de polvo en dirección a las rotundas estepas del sur.

La represión, efectuada por el Ejército y la Guardia Civil, se llevó a doscientas personas detenidas, entre ellas a Juan Terrano. La mayoría tenía demasiada influencia para permanecer en la cárcel, el mismo Juan fue puesto en libertad a los quince días; pero seis campesinos y un carbonero, tardarían muchos años en volver a pisar la calle.

III

LOS OFICIOS

El tibio acercamiento de la dictadura a los sectores monárquicos en el exilio, produce, como consecuencia inmediata, una revisión de algunos casos de personas encarceladas por el Régimen. Las gestiones para liberar a Juan Terrano fueron arduas y complejas, entre otras razones por sus compromisos republicanos; pero casi ocho años de prisión les pareció a unos que era suficiente castigo y, a otros, que ya no podría rechazar la protección que le iba a proporcionar determinado sector político, más vinculado al dictador por las posibilidades de restaurar la Monarquía que por las afinidades ideológicas que pudieran compartir. Al menos eso creía Juan, cuando le daba por intentar analizar los derroteros por los que estaba discurriendo su vida. Estas y otras cosas pasaban por su cabeza mientras esperaba, en las inmediaciones de la frontera, la llegada de Luciano, el contrabandista.

El estraperlo es una forma habitual de ganarse la vida. El comercio aparece tan anquilosado por los impuestos, los controles y la escasez que al pueblo no le queda otro remedio que inventarse salidas alternativas y se saltan prohibiciones, cartillas de racionamiento, fronteras; se hace la vista gorda o, simplemente, se cobran comisiones tan ilegales y clandestinas como el propio contrabando. Los estraperlistas tienen sus propias redes de compra y distribución formando una maraña de intereses que traspasa todos los estamentos sociales del país.

Los últimos meses representan un cúmulo de recuerdos enlazados a situaciones peligrosas o dramáticas y, en cualquier caso, muchas de ellas dolorosas. La primera noticia alarmante la trajo Manuel el quesero; habían arrasado La Serradilla. La finca situada en medio del bosque, alejada de centros habita-

dos, es una vía de acceso rápido al corazón de la serranía y por lo tanto, un refugio cómodo y seguro para los guerrilleros.

Llegaron un amanecer, aparecieron sobre los cerros de la hoya luciendo sus negros tricornos contra los riscos; se abrieron en abanico pisoteando regadíos y praderas, espantando el ganado, destrozando los cobertizos y dejando una columna de humo flotando en el aire por encima del pajar. No encontraron nada sospechoso; pero, Juan, creyó descubrir una mirada cómplice en los ojos de Manuel cuando contaba que solo los carboneros habían estado en las cercanías en los últimos meses.

La historia completa la conoció unos días después en el centro de Berrocana. La plaza alberga el mercado semanal. Dos hileras de puestos montados con cajones y lonas muestran las escasas mercancías dispuestas para la venta. Varios de ellos contienen legumbres y otros productos hortícolas; un artesano ofrece segurones, segurejas, hocinos, guadañas y un sinfín de herramientas forjadas en la herrería familiar; en otros la oferta son cacharros de cerámica para el hogar; pero lo más sorprendente es el olor que impregna todo el ambiente, mezcla de cuadra, queso, cecina, tomillo, orégano, hierbabuena, pimentón y mil especias venidas de todos los rincones de la comarca. Juan pasea tranquilamente deteniéndose a mirar de vez en cuando. Un puesto situado en los arcos del Ayuntamiento reclama su atención, son carboneros, despachan sacos de picón, y la cara de uno de ellos le resulta familiar. Se acerca y el hombre le estrecha la mano con reconocimiento y afecto, es Poli, el hijo del Carbonero, desapareció de Casas de Roble Alto cuando mataron a Daniel, el Bola, y desde entonces pocas personas pueden seguir el rastro de su existencia. Nadie sabe de qué hablaron, pero a partir de aquel día Juan visitó varias veces a Pascual -encerrado en el manicomio-, buscó a Luciano en su casa de las afueras, habló varias veces con el Jefe Local del Movimiento y su casa, cercana a la ciudad, recibe frecuentes visitas nocturnas.

Sentado en una piedra, la espalda apoyada en el tronco de una encina, observa el calvero y la choza de pastores donde habitualmente se encuentra con Luciano. Éste -a veces viene acompañado de otra persona-, suele traer instrucciones cifradas que se interpretan fácilmente, entrar en contacto con todo lo que se mueva contra la dictadura y lanzar mensajes de acercamiento al

poder establecido. Hasta muchos meses más tarde no comprendió que, “todo lo que se mueva” excluye, explícitamente, a la oposición comunista.

Una sombra acercándose a la choza le distrae de sus pensamientos. La Dehesa parece tranquila. Un búho, varias lechuzas y algún bufido de jabalí son los únicos ruidos que cruzan la noche. La luna, a punto de aparecer, anuncia claridades mayores; aunque ya se diferencian nítidamente las encinas y las lomas cercanas donde, hacia el norte, empieza el robledal. La sombra le pone alerta, es demasiado furtiva, no oye los caballos y la visita tiene que venir del oeste. El miedo está a punto de traicionarle, consigue aguantar un grito y se desplaza reptando a unos matorrales que, supone, le ocultarán mejor. Otras sombras se unen a la primera y, en pocos minutos, una legión de guardias civiles invade el calvero rodeando la choza. Se escabulle por las trochas del oeste buscando la forma de avisar a Luciano. Lo encuentra a unos tres kilómetros, colgado de un alcornoque con las manos atadas a la espalda; hay otro hombre joven, tendido a sus pies, con un tiro en la cabeza. Sus cavilaciones le llevan a pensar que llevan varias horas muertos, pues, de otra manera, habría oído el disparo ¿puede haber otra explicación?

En el mismo instante a más de cincuenta kilómetros de distancia, en Berrocana, la única publicación local existente imprime sus titulares para la edición de esa semana: “Un oscuro terrateniente de nombre Terrano y dos activistas extranjeros, encontrados muertos cerca de la frontera, en lo que las autoridades consideran un ajuste de cuentas”. La publicación fue retenida, les faltaba un cadáver.

BERROCANA

Las dificultades de la huida son superadas por una extraña mezcla de sentimientos que le arden en las profundidades del ser: miedo, rabia, dolor, angustia y, sobre todo, venganza, -un irrefrenable deseo de venganza que habría terminado allí mismo, si hubiera dispuesto de armas para luchar. No piensa en buscar su caballo. Cruza con precaución los doscientos metros de dehesa que le separan de la pared, donde se inicia el matorral. Se interna en las profundidades del monte bajo rodeado de robles de corta edad, zarzas, espinos y cien arbustos diferentes que le hacen jirones la ropa y la piel. Media hora más tarde alcanza el bosque que le permite caminar cómodamente y, al amanecer, el hijo de un cabrero lo conduce por laberínticas veredas que, hacia el mediodía, lo dejan situado en las carboneras altas donde un grupo de hombres se prepara para iniciar la producción más oscura de los recursos nacionales. La gran sorpresa fue encontrar a su caballo pastando en los alrededores.

Hachas, segurones y piquetas han servido para desbrozar y allanar pequeños calveros que, sierra arriba, suponen los únicos tramos horizontales en un panorama abrupto, unas semanas más tarde serán el asiento donde se hornearán toneladas de robles recién cortados.

Sobre el lomo de la montaña se apoyan escarpados cerros que diluyen sus crestas en suaves pendientes hacia las cimas. En esos parajes, en las zonas más bajas, se asientan pequeños huertos escalonados en bancales y, en las más altas, minúsculas praderas rodeadas de paredes, con sus correspondientes cobijos para el heno y ocasionalmente para el hombre.

La cuadrilla tiene un asentamiento entre las rocas altas, cercano a la cima, en una especie de refugio natural perfectamente oculto a las miradas curiosas: enormes canchos forman una cueva, una entrada estrecha semitapada por los arbustos, agua dentro de la oquedad, un diminuto claro entre la entrada y la frondosidad del bosque y una vereda casi intransitable convierten el lugar en un refugio perfecto para guardar los bártulos de la temporada y para ocultarse en cualquier situación peligrosa que pudiera presentarse. Barrera abajo,

en uno de los calveros preparados para el carbón, han construido un chozo de palos y escoberas, donde duermen y mantienen lo necesario para el trabajo diario. Cualquiera que aparezca por allí, sacará la impresión de haber encontrado el campamento permanente de un equipo temporero.

La primera velada supone una novedad para Juan, poco acostumbrado en los últimos tiempos, a compartir nada. La lumbre juega a combatir las sombras de una noche sin luna, la brisa fresca del norte acaricia los rostros, el sonido del agua corre por ancestrales regueros; el piafar de las bestias y un sin fin de leyendas bailando en la palabra de los hombres, ponen en el ambiente un halo de misterio que encandila el ánimo y atempera la intención.

Juan ya está asumiendo que Poli, o alguno de los otros, ha estado en las últimas horas mucho más cerca de su propia tragedia de lo que se hubieran atrevido a pensar hasta este momento. La parsimoniosa narración de Poli, mientras hurga con un palo en el fuego, le proporciona un nuevo elemento para estrechar los vínculos emocionales que le unen a estos hombres: jamás se ha sentido tan cerca de alguien y tampoco recuerda haber puesto nunca tanta atención. Las chispas saltan al aire llenando de pavesas el cuerpo y las mantas sobre las que permanecen tumbados; los adjetivos, verbos, nombres, artículos..., el idioma entero brinca de sombra en sombra hasta deshacerse en los más profundos rincones del corazón:

“La tarde estaba fresca, pero no había ninguna razón para que Cipriano encendiera fuego. No había ninguna razón: él siempre atiende al ganado”. El humo de su hoguera se eleva en busca de los colores rojizos del horizonte y, ya bien anochecido, se puede observar en la majada un punto brillante que cambia de intensidad a capricho de las manipulaciones del hombre. No había ninguna razón lógica para prender una fogata tan temprano. “Fue una casualidad verla del mismo lado de la sierra, con todos los árboles de por medio y el sol poniente dándonos en los ojos, era casi imposible distinguir nada. Solo la sensación de “algo anormal” alertó a Pedro, ese larguirucho, y dio la voz de alarma. El resto es más largo de contar que lo que se tardó en hacer: Pedro y Tomás enfilaron rápidamente por la vereda de las Navas; yo, minutos más tarde, cogía la trocha de los Arroyos -es un trayecto mucho más corto- aunque la existencia de reses bravas que cornean todo lo que se mueve a su alrededor, nos obliga a evitarlo siempre que podemos-. Cele y Manuel buscan los

caballos, preparan las alforjas con lo imprescindible para un par de días, recogen todo propiciando una huida rápida y disponen la escena de tal forma que, en la distancia, no puedan observarse las ausencias. Aprovecho los preparativos para otear detenidamente los contornos en busca de cualquier actividad que suponga un cambio en la rutina diaria. A este lado del río resulta difícil ver los detalles: cencerros, balidos, polvaredas y voces sitúan a los rebaños camino de los rediles”.

Poli sigue hablando, se detiene en cada detalle, en cada huella del camino. Juan no acaba de comprender esa forma tan minuciosa de contar unos hechos que, según a él se le alcanza, debieron desarrollarse con una rapidez vertiginosa. Sin embargo, tiene la virtud de situarlo en cada centímetro de paisaje, exactamente como él lo ha visto unas horas antes; al otro lado de la Sierra del Tormanto, agachándose entre los riscos de La Serradilla para deshacerse en la Sierra de Santa Bárbara; el río cruzado y descruzado por la carretera sin asfaltar que se pierde en infinidad de revueltas por los Altos del Puerto; los pasos de la Gamella y Santa Elia abriendo hendiduras en horizontes perfectamente definidos contra el cielo; el pueblo y las majadas rompiendo -con sus blancos, rojos y grises-, los ocres otoñales... Un cambio en el tono de voz y en el ritmo de la palabra devolvió su atención al presente.

“Cuando llegué a la majada Pedro y Tomás estaban hablando con Cipri, el asunto era claro y parecía grave, debíamos ir a Berrocana lo antes posible, Pascual nos estaba esperando. El guarda de La Berroquilla nos prestó la bicicleta y, con Pedro como paquete, rodando por intransitables caminos perdidos en lo más hondo de las dehesas, nos presentamos en la Ciudad. El Asalto al Manicomio no era tarea fácil. Es un edificio muy antiguo, rodeado de un muro coronado con alambre espinoso, dividido en pabellones y celdas por siniestros corredores. Pascual lleva muchos años allí; un día se emborrachó, se dedicó a gritar cosas que aquí no se pueden decir, ni siquiera en voz baja y para evitar males mayores el alcalde alegó que estaba loco; lo encerraron en el manicomio, le sometieron a los tratamientos habituales y a las pocas semanas estaba hecho una piltrafa. Con el paso del tiempo le fueron dejando en paz, puede salir durante el día, lo emplean en diversos trabajos de la casa y duerme en las corralizas junto al ganado”.

Juan ya conocía a Pascual, son del mismo pueblo y después del reencontro, hace unos meses, los dos saben que los conocimientos y aptitudes de uno son necesarios para el otro. Juan sabe del poder, de las familias adineradas, de nobles (con nobleza y sin ella), de contactos en el exterior, de cómo sobrevivir en la cárcel. Pascual conoce la raza de los campesinos, leñadores, artesanos, contrabandistas y, por encima de todo, domina el arte del disimulo y la supervivencia en el ambiente más hostil que se pueda imaginar.

No solo el manicomio es un medio agresivo, la propia ciudad significa a veces la antesala de los horrores. Berrocana es el centro político, económico y administrativo en torno al cual gira la existencia de un centenar de pueblos; pero ellos son conscientes de que significa mucho más, significa lugar de encuentro, conspiraciones fascistas, represiones y, sobre todo, el poder de una Iglesia rancia y añeja acostumbrada a alquilar sus palios a los hombres y a algún Cristo que otro. Palacios con aromas de sotanas, e Iglesias con sabores mundanos, guardan entre sus muros ecos de engaños y traiciones perpetrados durante siglos.

“Pascual nos estaba esperando en uno de los portones laterales. Estaba más nervioso que de costumbre y nos urgía a actuar inmediatamente. Nos dijo que más de cincuenta guardias civiles habían partido hacia la frontera armados hasta los dientes. Nuestra tarea era, aparentemente, muy sencilla, avisar a todo el que encontráramos y vigilar todos los caminos que pudieran comprometer a alguien. Volvimos a la majada. Cipri mantuvo la lumbre encendida toda la noche. Otras fogatas le hacían guiños desde todos los cerros de las cercanías. Saben que los caminos representan situaciones peligrosas que es conveniente evitar. Cubiertos de sudor y con el cansancio hasta la médula volvimos al camino. Tomás al oeste, a los pasos de la frontera; Pedro al corazón de La Berroquilla y yo enderecé los pasos hacia los oteros que enfilan las sendas de la montaña. Sobre las cuatro de la madrugada había terminado todo: Pedro, con tu caballo, se encuentra conmigo en la majada y, Tomás se queda en las frondosidades del encinar con un tiro en la cabeza”.

“NOS JUIMOS PAL LINDAL”

Los días siguientes suponen para Juan, al margen de las numerosas revelaciones, un reencuentro: con la naturaleza y con el lenguaje.

Este lado de la montaña se le ofrece arisco, impenetrable y con halos de secretos durmiendo en cada rincón del paisaje. Aprende a respetar los territorios desde el punto de vista de los otros: los huertos bajos del campesino, las cimas de la Sierra -más arriba del Farallón del Duende-, de la cabra salvaje y de “los otros”, de los admirados pero innombrables habitantes clandestinos de la noche y del Régimen. El resto es suyo, los pequeños huertos altos, las “praderinas” y los inmensos robledales. Son suyos. En ellos trabaja durante el día (ayudando en la corta, transporte y cocido de la leña; en el cuidado de los animales y del campamento...), se pierde a la puesta de sol en sus rincones favoritos y disfruta de la conversación; cuando la noche y el cansancio no permiten mantener el cuerpo en pie. Siempre ha mantenido una estrecha relación con el terruño, pero nunca ha sufrido ampollas en las manos ni ha tenido la sensación de ser una cayada rota cuando intentaba enderezar la espalda, como le ocurre ahora. Muchas cosas han cambiado, unas de manera formal: de aceptación del medio, y otras son transformaciones más profundas que trastocan la mayoría de sus concepciones sobre el país y la vida que le ha tocado en suerte.

El cielo aparece sereno con miles de estrellas titilando contra la oscuridad. Por el este, encima de la mole del Tormanto, empiezan a vislumbrarse tonos azules, anuncio del amanecer. Poli es el primero que se levanta, hurga

en los rescoldos del fuego, echa encima unas ramas secas y sopla hasta que una incipiente llama prende en las serojas. El chisporroteo de la fogata provoca un rebullir de cuerpos que van asomando de entre el lío de mantas que les sirve de lecho. La madrugada se va llenando de sombras, unas junto a la lumbre, otras rompen la capa de hielo en los cubos de agua para lavarse, tímidamente, los ojos y la cara. Alguna esquila suena de cuando en cuando denunciando la existencia de las distintas majadas y el búho lanza sus últimos gritos perdiéndose de serrijón en serrijón. Unos minutos más tarde, el café recién hecho, les devuelve a los quehaceres habituales: Juan a por agua, Pedro atiende las bestias y Cele, Manuel y Poli se pierden por los senderos del monte para hacer una primera inspección de las carboneras encendidas.

A esa hora, la Fuente del Fresno, está sumida en la más profunda oscuridad. Robles centenarios desmadejan sus ramas semidesnudas cubriendo el contorno de la pared -un metro de alto, piedra sobre piedra-, que rodea el pastizal; unos cuantos castaños, tres higueras, la nogala que cobija el manantial; el cobertizo utilizado para guardar heno -ocasionalmente hombres-, completan el conjunto del Huerto de Tío Ambrosio, único atisbo de llanura en toda la serranía. El agua nace debajo del nogal, forma un charco diminuto, se desliza junto a la higuera vieja por el tramo más horizontal y desboca su incipiente bravura por la yerbosa ladera hasta perderse en las escabrosidades de La Marañososa.

Juan llega como todas las madrugadas, tanteando el terreno con los pies, asentando sus pasos en la senda abierta por el continuo ir y venir. Algunas sombras parecen más oscuras dando forma a los objetos más opacos. En ningún momento intuye peligro, a pesar de los bufidos que le parece oír y del ligero remover de hojarasca en algún lugar al frente, son sonidos bastante habituales que él no es capaz de situar en la distancia exacta. Cuando el jabalí salta sobre él apenas intenta esquivarlo, la enorme bestia se estrella contra su muslo izquierdo produciéndole un agudo dolor y dejándolo tirado sobre un rodal de zarzas y maleza. Carreras, gritos, ramas rotas, berridos, un disparo rebotando de roca en roca llenando el amanecer y una frase pronunciada por Pedro -“Nos juimos pal lindal”-, iba a mezclarse en sus recuerdos durante los próximos días, sin llegar a saber nunca qué fue realidad y donde empezaba la pesadilla alentada por la fiebre.

Un rápido intercambio de opiniones lleva a los carboneros a tomar decisiones que cambiaran el curso de sus vidas. Improvisaron una camilla a la que ataron fuertemente a Juan; Pedro, Poli y Cele caminan durante horas por senderos casi intransitables; se esconden en un chozo cercano a Berrocana, y, ya anochecido, depositan a Juan en su casa de la sierra lindante a la ciudad donde les espera Asunción, la curandera, y la mujer de Manuel, el quesero.

Un rumor de muerte envenena los despachos oficiales, pasea por los colmillos de un jabalí, y se entretiene en los umbrales de una alcoba donde resuenan los ecos de una frase pronunciada por Pedro, “Nos juimos pal lindal”, y la aclaración de Cele, “Las pasamos putas, compañero”.

EL CERCO

LOS acontecimientos de Fuente Fresno obligan a Poli a tomar decisiones que él sabe comprometidas para su futuro y, tal vez, el de otras personas. El encuentro con el jabalí ha provocado distintas situaciones peligrosas: destroza la pierna de Juan; obliga al uso de armas de fuego, pone en evidencia sus relaciones con personas perseguidas, o al menos mal vistas por el Régimen y hace peligrar la vigilancia de los senderos que abren puertas a la esperanza de mucha gente.

No le gusta decidir sobre la marcha. ¿Qué opinará Pascual? Su cabeza es un hervidero, pero los demás no deben intuir sus cavilaciones. Tiene que mostrarse frío, sereno y convencido. Sobre todo no puede equivocarse. No puede dejar ningún cabo suelto. Analizar por partes: primero Juan. Si le dejan en el monte morirá; si lo llevan a Berrocana también puede morir a causa de las heridas y; hasta es posible que lo maten, ya lo intentaron al menos una vez.

“¿Por qué disparé?”, -rumia constantemente Poli cargando sobre sí una responsabilidad mayor que la que le corresponde-. No había otra solución. Pedro no podía con el bicho solo con el puñal, habrían muerto los dos. El disparo atronó la sierra, debió oírse a muchos kilómetros de distancia. Mucha gente no habrá querido oír y, además, equivocarán a los curiosos. En cualquier caso pondrá en alerta a la Guardia Civil. Juan les molesta; pero no existe una persecución oficial contra él. Lo mejor es irse a la boca del lobo, delante de sus narices; que no pueda haber trampas, si quieren algo que lo hagan de frente. Las mujeres le cuidarán, Pedro y yo resolveremos cualquier emergencia. Los otros se ocuparán de las carboneras. Que recojan lo que puedan y el resto “pa” la próxima “temporá”..., si nos dejan.

No hay vacilación alguna. En unos minutos preparan una camilla con dos palos, torviscas y una manta; entablillan la pierna; Juan envuelto en otra manta y atado a la camilla; Manuel a la majada de Cipri, “pa que vengan los chicos”; después trocear el guarro, salarlo y esconderlo en la cueva; borrar los rastros. La sierra tiene que verse como todos los días, las bestias en los mismos sitios, los mismos hombres en el tajo, las mismas fogatas, idénticas voces y los mismos reniegos. Ojos expertos verán algo diferente: de una de las carboneras se eleva, a intervalos, una columna de humo distinta a las demás. Ciertas raíces, bien administradas, van a producir la diferencia.

Cuando sale el Sol ya llevan una hora de marcha. Están en El Cortijal, una dehesa donde la encina, en espesos matorrales, empieza a ganar terreno al roble. Poli se decide por el camino bajo, donde es más fácil transportar la camilla. El cruce de la Desesperá hubiera sido fácil por lo alto, por las crestas de La Marañosá; pero, en cambio, los senderos son muy visibles en la distancia y un cuerpo inerte muy difícil de manejar en los fuertes repechos de continuas subidas y bajadas. Al llegar a la garganta se detienen. Un enorme tronco permanece cruzado sobre la barranca uniendo las dos orillas. Quince metros por debajo rugen las violentas aguas del accidentado cauce, imposible de cruzar por otro sitio que no sean las Fuentes o la madera. No ven a nadie; pero ellos saben que Andrés, el porquero de El Cortijal, les ha facilitado el paso -lo volverá a hacer siempre que las señales lo indiquen-, y lo destruirá una vez que hayan cruzado.

Pasada la dehesa eligen otro camino alto, con la vegetación más espesa donde, en la majada de Anselmo, encontrarán cobijo hasta la noche siguiente. Poli no ha dejado de cavilar. Se siente seguro en la montaña, decenas de ojos invisibles vigilan para ellos veredas, sesteros, majadas, caseríos y cualquier lugar donde se pueda esconder una partida; decenas de señales le indican por donde deben o no deben ir.

La majada se les ofrece como un lujoso palacio. Son tres chozas cónicas asentadas sobre un círculo de piedra, una docena de palos como estructura de sujeción y escoberas formando la cubierta. La única puerta que poseen, tapada con una manta, da paso a un batiburrillo de objetos, con distintos fines y utilidades: cinchos, artesas, medidas de leche y de áridos, campanillos, herraduras, zahones... Una cuarta construcción, rectangular, con la pared de piedra

hasta el techo casi plano y cubierta de arcilla, contiene los camastros; en uno de ellos colocan a Juan mientras esperan poder seguir viaje. El aprisco para las cabras y la quesera produce un penetrante y desagradable olor que se les antoja nacido de sus propios cuerpos.

El camino ha sido un infierno. El sol sale débilmente para desaparecer cubierto por una espesa capa de nubes que dejan la humedad en los huesos y en la tierra, amenazando lluvia permanentemente. Restos de heladas, los terribles senderos y el esfuerzo, hacen casi imposible trasponer los cerros: la misma pregunta una y otra vez ¿podremos con éste? Pueden. El siguiente repecho se presentaba aún más difícil; pero lo peor son las bajadas: Pedro, más alto, delante; Cele y Poli detrás. El dolor encoge la espalda, agarrota las manos, entume los pies pegados al lodo y resbalando en el hielo. La pálida inmovilidad de Juan y la necesidad de ir vigilantes, hace más angustiosa una marcha que parece no acabar nunca. Cuando llegan al rústico puente están al límite de sus fuerzas. El tronco está convenientemente sujeto, pelado y astillado para evitar resbalones. Ninguno de los tres recuerda con claridad cómo llegaron a los dominios de Ambrosio. ¡La majada es un palacio!

Con pan y vino se anda el camino, suele decir Cele. En este caso al pan casero y al vino de pitarra, se añaden unas buenas lonchas de tocino y un bien curado queso que, junto al duermevela al calor del fuego, restauran las fuerzas y el ánimo. El peligro parece ahora lejano. Sobre las dos de la tarde reemprenden el viaje. El día se ha venido en agua y es imposible ver más allá de unos pocos metros. El barro va a ser compañero inseparable, pero no encuentran placas de hielo y, es poco probable que tengan encuentros inoportunos.

En el cruce de los Cuatro Caños les espera un chiquillo calado hasta los huesos, tiritando de frío, calzado con unas abarcas. Deben coger el Camino de los Tristes. Cele ajusta el capote que cubre al herido, echa el vuelo del suyo por encima del niño; continúan la marcha dejando a la izquierda las primeras huertas y, a la derecha, los arrabales de la ciudad. En el puente nuevo sufren el último sobresalto: el chiquillo advierte la presencia de alguien. Se ocultan bajo uno de los ojos con el agua a hasta las rodillas; poco después escuchan golpes de herraduras contra las piedras. Esperan unos minutos y retoman el camino con las pocas fuerzas que les quedan. Media hora más tarde, ya es noche cerrada, entran en los corralones de La Casona, propiedad de Juan Terrano.

Todo está preparado: chimeneas encendidas, ventanas y rendijas tapadas, un carburo prendido, la curandera esperando... Hay que atender al herido; pero no tienen ningún interés en demostrar, una actividad mayor a la que se viene realizando en los últimos meses. Ya aparecerán los problemas sin necesidad de provocarlos.

VII

LA BESTIA

La finca la Angostura se deshace en suaves colinas apoyadas en los caseríos de Almohacín y éste, asienta sus corralizas sobre la llanura entregada a las vegas del río. Almohacín enseña: paredes de adobe y madera, formas irregulares arracimadas bajo los rojos tejados, empinadas y retorcidas calles cubiertas de rollos por cuyo centro corre el agua, guedejas de humo sobrevolando las chimeneas y ciento cincuenta almas viviendo permanentes escaramuzas con la vida y la tierra.

Gervasio, el de la tía Ernestina, estudia las cabañuelas; pocas veces hace comentarios; este año se muestra mucho más remiso que de costumbre a dar explicaciones. Cuando la insistencia de sus vecinos empieza a resultarle molesta, se limita a contestar: “esti año train sangri”.

Por eso, cuando llega el dolor, el fatalismo está asentado en todas las conciencias y, si piensan que le tocará a otro, saben que toque a quien toque, no será posible escapar. El primer acto del drama lo viven como meros espectadores: se quedan con la rabia, las dudas, la impotencia... Todo lo demás son órdenes, recomendaciones, amenazas. Abelardo, el hijo mayor de Gloria y Sinforiano, que cumplía el servicio militar en Ifni, tuvo un “accidente” del que nadie ha aclarado las circunstancias. Lo trajeron en un ataúd de plomo sellado. No permitieron que nadie, ni siquiera sus padres, viera lo que contenía aquella caja.

El segundo acto fue protagonizado por los chiquillos del lugar. Los niños ayudaban en las labores livianas del campo y jugaban; jugaban con todo lo que caía en sus manos, no había balones ni juguetes. Un artefacto cargado de óxido y metralla les pareció un buen entretenimiento. Lo encontraron en una de

las barrancas cercanas al arroyo. Estalló a las doce en punto de un día soleado. Cinco niños ocuparían un espacio en el cementerio y otros siete arrastrarán graves lesiones durante el resto de sus vidas.

La escena cumbre del tercer acto se desarrolla dispersa en miles de pueblos y ciudades, presidida por el odio, representa la angustia y el horror de las cárceles, la sin razón de los paseillos, la masacre de las ideas, la venganza como cacique de la prepotencia... El odio, como única razón de Estado, traspasando todas las barreras de la dignidad humana.

Algunos hombres quisieron cambiar la Historia.

SEGUNDA PARTE

LAS FRONTERAS.

Algunos dioses tienen los pies de barro. El mío ostenta un corazón de Hierro. (Luigi Peri)

VIII

SULTÁN

El guarda conoce muy bien las instrucciones, las ha recibido esa misma mañana, apenas dos horas antes. Se dispone a cumplirlas. De mala gana orienta sus pasos hacia los corralones situados en la parte trasera de la casa; pero, piensa, “no hay ninguna prisa”. Apoya la garrota en el añoso tronco de una encina y se apresta a liar un cigarrillo. Un ligero disgusto se apodera de él: “¿por qué tienen que encargarme esas cosas?” Lleva cincuenta años en la dehesa contemplando amaneceres, ocasos, tormentas; miles de días cogiendo el pulso a las estaciones, desbravando las vegas recién roturadas para el regadío, rompiéndose los sueños contra las raíces del olvido. El disgusto aumenta. ¿Quién es aquel recién llegado para darle órdenes sobre lo que no sabe? Le dijeron que era el nuevo dueño. Llegó la noche anterior en un coche lujoso, embutido en prendas caras y acompañado de toda una legión de servidores. Ocuparon la Casa Grande. Nada volvería a ser igual.

Las órdenes fueron tajantes, conducir todo el ganado a las cercas de Llano Alto; trasladar su vivienda a la choza del pastor; talar las encinas en torno al caserío, árboles de setecientos años; contados brisa a brisa y vendaval a vendaval. Pero lo que más le indignó fue lo de los perros: ¡encerrar todos los perros para que no espanten la caza! Eran siete, además de Reya y su camada; habían ido llegando sin que nadie supiera cómo; se aposentaban en los alrededores de la casa y, poco a poco, se transformaron en parte viva de la hacienda. A Reya la trajo él, regalo de un colono y vivía en la leñera -una parte de su propia habitación-, donde acamaba dos hermosos cachorros: Sultán y Morros.

Con el pitillo colgado de los labios reanuda la marcha, intentando detectar la presencia de alguno de los animales. No ve ninguno y se dirige a los establos, prepara atajarres, albarda, cabezada y un serón y se dispone a aparejar uno de los caballos de carga. Horas más tarde se detiene en un calvero ligeramente elevado sobre la llanura. Reya corretea alrededor olisqueando setos y matorrales. Aprieta la cincha, comprueba que Sultán y Morros duermen plácidamente en los huecos del serón y se sienta sobre una piedra a contemplar los dominios que han sido su vida. La llanura se extiende en todas direcciones, cientos de kilómetros de encinas y alcornoques deshacen sus tonos verdes contra los azules de montañosos horizontes, algunas corrientes de agua cruzan la dehesa y un milano sostiene su negra silueta sobre los suaves rojos del atardecer. Mentalmente va nombrando cada una de las majadas y caseríos que salpican el paisaje: la Charca, Lagunilla, Llano Alto, Higuera, los Maillos..., hasta treinta pequeñas y desmadejadas construcciones que han servido de cobijo a pastores, jornaleros y aparceros y ahora solo sirven para guarecerse de algún chaparrón ocasional. No es fácil tomar la decisión de abandonar todo aquello; al menos no tendrá que dar explicaciones a nadie de que se marcha por dos cachorrillos, a los que no quiere ver crecer encerrados en una cerca.

Llegó al pueblo anochecido, unas cuantas bombillas de luz mortecina iluminan las calles y el olor a leña quemada impregna la fresca brisa de abril. Doscientas casas encaladas, dispuestas en líneas rectas, son el resultado de un plan de regadíos que dejó su antiguo pueblo bajo las aguas del pantano.

San Silvestre del Tiétar tiene el aspecto de todas las aldeas de colonización. Provisionalidad y desarraigos esparcidos en huertos y corrales, escondiéndose en la llanura entre las lejanas sierras del centro y las suaves estribaciones de los Montes de Toledo al sur. San Silvestre es polvo de atardeceres pariendo estrellas, blancura de cal en los resoles de plomizos mediodías veraniegos, olor a cabra y oveja mezclados en las transparencias del aire, herraduras y tractores jugando a la última despedida. San Silvestre es... San Silvestre.

Pedro, el guarda, se acostumbró pronto al nuevo discurrir de los días. La vivienda de dos plantas, el granero enfrente, un enorme patio con higueras, parras, flores, rosales en medio; aleros prendidos de un muro y una alta valla al norte, cerraban un considerable espacio concebido para ser disfrutado por familias numerosas. Debajo de los aleros colgaban herramientas suficientes para

una legión de jornaleros. Parecía un buen sitio para un hombre y tres canes, aunque estos fuesen mastines.

El hombre pasa su tiempo entre la casa y dos pequeñas huertas, situadas en las afueras, en la misma linde del encinar. Algunas visitas, al Ayuntamiento para legalizar su nueva situación y a la pequeña tienda de ultramarinos, son los únicos cambios en sus quehaceres habituales. Reya duerme la vida tumbada en distintos sitios del patio. Sultán desaparece durante horas y se entretiene viendo jugar a los pocos niños del lugar. Morros corretea o se tumba, siempre cerca de Pedro; cuando sale a la calle, estén donde estén, los tres aparecen detrás.

Una mañana del mes de junio, algo empezó a romperse: los cachorros no aparecen, Reya gimotea olisqueando los rincones y el aire se carga de angustia, mientras, Pedro, recorre las calles preguntando a quien encuentra. Los hechos se van conociendo poco a poco: llegó un coche desconocido, de algún viajante, dicen, y las sospechas indican que Sultán y Morros partieron en aquel coche.

Habrían de pasar casi dos años para que tuviera noticias de Sultán; pero, Morros apareció una semana más tarde, lleno de arañazos, escuálido, cubierto de lodo y con señales de haber hecho un difícil y agotador viaje.

Sultán volvió un atardecer de abril del segundo año. El ambiente estaba cargado de olor a cuadra, adelfa y leña quemada. Unas cuantas bombillas pelean contra las tenues sombras de una noche anunciada. Pedro, el guarda, alimenta un frágil fuego recién surgido en la chimenea y Morros, tumbado en un rincón sigue sus movimientos con la vista. Breves y profundos ladridos en el corral -donde Reya mantenía otra camada-, llamaron su atención; allí estaba él: enorme, flaco, con cierto aire de tristeza, moviendo la cola...,
¡Al fin estaban todos juntos!

LOS NEUTRALES

Al señor Obispo le gusta recibir el día en un pequeño despacho situado en la Torre Magna, la más alta de las cuatro que posee el Palacio Episcopal. Desde sus ventanas renacentistas ha contemplado miles de veces los testigos de una historia que se manifiesta en torreones, murallas, palacios, monasterios, conventos, iglesias...

Hoy, un día frío y lluvioso, intenta tranquilizar su ánimo. Un buen ejercicio es ir mirando cada uno de los rincones y precisar qué es lo que sabe de ellos. En un rincón, la Catedral Vieja, joya románica del siglo XIII, encogida bajo los enormes sillares de la inconclusa Catedral Nueva; una gigantesca construcción que, de haber tenido dinero para continuarla, habría acabado con el templo primitivo. Las dificultades, desde que llegó a la diócesis hace cuatro años, han aumentado día a día. La prepotencia del poder impregna la ideología y la actuación de amplios sectores de la Iglesia. ¡La diócesis más rica del país no puede combatir la miseria de sus diocesanos! Las estatuas de la fachada románica, enfrentada a la puerta de su residencia, proto-gótica, tienen brillo de agua en sus perfiles y las palomas han dejado otros brillos diferentes en la piedra. ¡Las piedras! ¿Qué le importan a él las piedras? ¡Tiene tantos problemas que bastarían para encanecer las sienes de una legión de sabios! Se esfuerza en realizar el ejercicio, es necesario pensar serenamente. La Catedral también es una preocupación. Desde su estudio puede contemplar, exactamente, todos y cada uno de los cortes en el edificio encima de los patios, del Claustro, de la Capilla de San Pablo. Poderosos jerarcas de la Iglesia están empeñados en terminar la titánica obra. La plaza, aunque irregular, es hermosa; los canteros medievales y renacentistas supieron hacer su trabajo en la Casa del Deán, en

el Hospital, en el Palacio de Justicia y en la Fuente Los Mayos. Debió ser patio de armas, utilizado por los obispos guerreros, cuando solo era una explanada. El Abad de Santa Eufemia está colérico contra él porque autorizó las excavaciones en la cripta. La tradición cuenta que Santa Eufemia fue construida para evitar que los Girón y los Paniagua se asietearan desde sus respectivas mansiones. El Abad... hasta dos veces le acusó de soberbia. ¿Tendría Razón? Enderezar una diócesis dirigida por los personalismos, las influencias externas y la burocracia no es tarea fácil. No se siente muy seguro en la Silla Episcopal. Ningún hombre puede mantener una guerra permanente contra todo el mundo; pero algunas cosas han cambiado. Han sido cuatro años de subterfugios, incomprendimientos, dudas y luchas internas, aparentemente resueltas, pero que subyacen en el corazón de todos aquellos que se sienten con más derechos que un advenedizo. Un nuevo esfuerzo para centrar su mente en el panorama. Cierta sensación de disgusto no le abandona, más tarde pensará en ello. Los tejados, irregulares, se rompen definitivamente en un enjambre de torres y campanarios hacia el oeste; el norte es impenetrable a través del bosque de agujas de la Catedral; por el sur el río inicia su abrazo a las murallas y, a sus pies, un claustro neoclásico cierra filas contra las habitaciones inferiores y se asienta en los ventanales de los cuartos dedicados al trabajo; al este... aquel torreón chato, debe ser el del Tormento, seguramente perteneció a los templarios, aunque todo el mundo niega la existencia de la Orden en estos lugares. ¡Tuvo siete castillos en los alrededores y, aquí, no le conceden ni una piedra! Es posible que los archivos demuestren otra cosa. ¡Los archivos! Casi cuatro años ha costado abrirlos; primero fueron excusas de todo tipo, hay que ordenarlos para su Ilustrísima, los legajos están en muy malas condiciones..., después fue una descarada oposición a entregar las llaves... Todo se resolvió con el despido del archivero. Ahora se pudre en un pequeño convento en las sierras de la Frontera. Concentrarse. Los días suelen ser duros y es conveniente estar sereno. Al este, el río, un entramado de huertas, la Sierra de Santa Bárbara, aquella casa... La sensación de disgusto se acrecienta obligándole a encauzar sus pensamientos en otra dirección. Al diablo el ejercicio. A pesar suyo, vuelve a dominar su cabeza la conversación mantenida el día anterior con... ¡con un loco! Se presentó sobre las nueve de la mañana. Se armó tal alboroto que no le quedó más remedio que acudir a ver qué pasaba. Sor Mer-

cedes, a pesar de su esfuerzo y del estruendo de su voz que atronaba todo el edificio, no podía convencerle. La legión de secretarios, clérigos y arcedianos había desaparecido perdida, con toda seguridad, en una de sus interminables y agotadoras conspiraciones. Parecía un poco ido, pero su conversación, aunque apenas si comprendió la mitad, no era la de un loco. Se llamaba Pascual, estaba encerrado en el Manicomio y habló de un tal Juan Terrano; le señaló la casona de la Sierra; le dijo que estaba en peligro; que tenía profundas heridas y, que habían intentado matarlo. Su disgusto no procedía de lo que Pascual le contó, ya tiene decidida una línea de actuación, no más muertes que se puedan evitar; lo que le molesta es la facilidad con la que disertó con un desconocido durante horas, sobre su vida y sus dificultades. Jamás había hablado en voz alta de sus tribulaciones como obispo. No le costó ningún esfuerzo analizar detenidamente conflictos que le enervaban el ánimo y le encendían la sangre hasta límites extremos. Unos golpes en la puerta dan al traste con sus meditaciones e inician la actividad pública de un nuevo día.

Al Secretario personal de Su Ilustrísima no le gusta el cariz que van tomando las cosas. Empieza a sospechar que la llegada del señor Obispo esa mañana traerá problemas, cuando entrevé un revuelo de sotana por los pasillos. Él siempre llegaba pausado, en calma, con un aire bobalicón que ocultaba su desmedida ambición. La recién adquirida energía -que al secretario le pareció agresividad-, va a sorprender a muchas más personas, al menos a las treinta destinatarias de la nota que le obligó a redactar. El secretario le fue impuesto por la Autoridad Eclesiástica y, en la práctica, había ordenado toda la actividad de la diócesis, hasta hoy. El desasosiego del secretario le sienta bien al obispo. Está dispuesto a aumentar su inquietud y, para ello, le obliga a hacer de mandadero, debe localizar, inmediatamente, a Luigi Peri su asesor de Derecho Canónico; le rescató de las misiones en Sierra Leona en cuanto comprobó que las leyes eclesiásticas eran una auténtica jungla, donde él, de convicciones puramente pastorales, no sabía moverse; después tendrá que convocar, con la nota redactada y sin ningún tipo de excusas, al Cabildo de la Catedral: abades y abadesas de las quince poderosas órdenes religiosas y a los párrocos más influyentes; y díscolos de Berrocana.

Sobre las once de la mañana, las bóvedas del claustro románico, devuelven los ecos de voces sosegadas mientras, la Fuente Cardosa, deshace su

murmullo en una tónica sinfonía de agua. El Prelado intenta aclarar con don Alberto, médico del hospital regentado por las Hermanas de la Caridad, y con Luigi Peri, lo que -con lo poco que recuerda de su conversación con Pascual-, pueden y deben hacer por Juan Terrano. El asunto tiene dos aspectos diferenciados: uno es la atención médica que pueda necesitar y, otro, cómo evitar riesgos intuidos que pueden enfrentarles a las poderosas fuerzas que dominan en la ciudad.

A don Alberto las implicaciones políticas que se deriven de este asunto le importan un rábano. Sus cuarenta años de profesión rozando constantemente los linderos de la existencia humana, en una brega absurda entre los medios materiales y sus propios conocimientos, entre injusticias, miserias e ignorancias, son demasiados para preocuparse ahora de las reacciones de unos cuantos caciques. Además, la actitud batalladora del Obispo le gusta. ¡Ya va siendo hora de que se implique en algo! Un hombre tan pasivo desentona demasiado con la tradición guerrera de sus antecesores.

Luigi Peri no ve las cosas tan claras. El ideario de la Iglesia se sustenta en un apoyo desmedido al poder y en la adoración a miles de nombres, escritos en placas conmemorativas colgadas de los templos, muertos por la ambición de unos cuantos que convirtieron la tierra en un campo de batalla y exterminio. Cualquier oposición es traición y se pagan precios muy altos por opinar. La Iglesia tendrá que cambiar, no puede ser, permanentemente, el brazo ideológico del poder; pero los cambios vendrán de fuera, tal vez de un Papa menos sometido a las consecuencias de sus propios errores; quizá de la influencia de los jesuitas o de alguna de las grandes órdenes religiosas.

Sin poder desecharlas del todo, al señor Obispo no acaban de gustarle las reflexiones de Luigi. Hace años que sus sueños cardenalicios parecen tener pocas posibilidades de cumplirse; aceptar como propias las ideas de su amigo supone olvidarse de llegar a ser cardenal; si las acepta le espera un futuro incierto y, acaso, consumir el resto de su vida en las lóbregas celdas de algún monasterio. Todavía no se siente preparado para eso, no tengo madera de mártir, se dice. Para evitar que le sigan provocando sensaciones incómodas, despide a ambos con distintos cometidos, Luigi organizará de inmediato el viaje a la Casa de la Sierra y Don Alberto ordenará lo necesario para acompañarles.

Al final de la tarde oscura y lluviosa, un extraño grupo de personas -un obispo, el médico del hospital, una monja con vocación de sargento, un misionero fracasado y Regino, el hijo menor del campanero, montados en las mulas del obispado, cruzan los corralones de la Casa de Juan Terrano. A pocos kilómetros de allí, en la ciudad, el secretario del obispo entrega, a distintos dignatarios de la Iglesia, una carta que provoca gestos de estupor e incredulidad.

LOS PARIAS

Luciano llegó a Berrocana en el año 42, procedente de una aldea donde apenas quedaban cardos para engañar ariscos paisajes. Su mujer, una hija y dos hijos, eran buena excusa para intentar una nueva vida. Se asentó en el cerro del oeste, fuera de la ciudad, junto a la colonia semi-estable de los gitanos. Las conversaciones con el Patriarca, el tío Prudencio, fueron tensas; pero consiguieron entenderse y, con el tiempo, la amistad iba a presidir las relaciones de las dos familias. Poco a poco fue construyendo una casa rodeada de cuadras y corrales que se fueron llenando de gallinas, cerdos, burros, mulos y varios selectos caballos que lo convierten en el contrabandista más famoso de toda la frontera. Nadie parece ocuparse mucho de ellos; el cerro había pertenecido a una familia republicana y los vencedores de la contienda no la consideraron una propiedad valiosa.

La muerte de Luciano en extrañas circunstancias, obliga al resto de la familia a ocuparse de unos negocios que, por la propia naturaleza de los mismos, entrañan numerosos peligros. María, la hija mayor, toma las decisiones, y Luciano hijo las secunda con entusiasmo. Deciden dejar al margen a la madre y a Rafael, el hermano pequeño.

Encontraron al padre al mediodía de un miércoles, una semana después de su partida. El Juez dictaminó suicidio. Las bestias aparecieron cargadas de tabaco, una mercancía que Luciano jamás había querido traer, no había rastros de café, bacalao, azúcar, aceite o especias y sobre todo, no había cartas. Cartas que iban y venían en manos de Luciano como una forma segura de transmitir información.

María estaba dispuesta a averiguar toda la verdad. Registró la frontera; visitó todos los puestos de aprovisionamiento de su padre; habló con los guardas de varias dehesas y, cuando ya estaba segura de su asesinato, se hizo la encontradiza con Pascual, un extraño amigo de su padre al que ella intuía que se podía acudir en cualquier circunstancia. Estuvo dos días buscando por la ciudad, acechando las puertas del manicomio, procurando no llamar la atención. Lo vio, la tarde del segundo día, avanzar despacio por la calle las Fuentes. La decepción la tuvo al borde de las lágrimas, Pascual miraba al vacío, babeaba y no la reconoció, siguió calle abajo hasta perderse por la puerta del sur, como una sombra, entre las sombras que representaban para ella todos los demás paseantes.

Aquella misma noche, oscura como boca de lobo, se presentó Pascual. María usaba una habitación de la parte alta de la casa, los desniveles del terreno hacían accesible una de las ventanas desde las rocas y, cuando sonaron los golpes en la madera, a pesar del vuelco en el corazón, de que estaba desnuda bajo las mantas y de no saber quién podía llamar a esas horas, abrió sin vacilar. El rostro grave pero sereno no le era desconocido, cuando consiguió identificarlo una desolada llantina se apoderó de ella; no sabía qué hacer con las manos, le cogía las suyas, le tocaba la cara, se cubría los pechos. María apenas sí se acordaba de Pascual, nunca significó nada más que una relación de su padre, no sabe bien por qué intentó hablar con él y no consigue explicarse el dolor provocado por el encuentro de esa tarde. A borbotones, mientras él le acuna su cabeza en el hombro, ella habla con una confianza que nunca había sentido. El “tranquila corazón” se va convirtiendo en un discurso suave que le arrulla el alma, siente su mano acariciándola el pelo y sus palabras serenando todas las fibras de su ser. Cuando toma conciencia de su desnudez el rubor le sube al rostro; pero, a pesar del fuego casi apagado en la chimenea, no siente ninguna necesidad de deshacer el abrazo. Pascual la coloca en la cama, mira su cuerpo totalmente desnudo, desliza las mantas hasta arroparla bien, pone un leño en la chimenea y se despide con un beso en la cabeza diciéndole que volverá al día siguiente.

La habitación de María es la parte más antigua de la casa. Sus padres, con la ayuda de la familia gitana, fueron levantando bastas y gruesas paredes de piedra. En la planta baja dos pequeñas habitaciones, que hacen las veces

de dormitorios; la cuadra y un espacio amplio en medio que se utiliza como leñera, henar y otros menesteres; en la parte alta la cocina, con una enorme chimenea y rústicos muebles de madera. Cuando la casa y los chicos fueron creciendo la cocina se convierte en la habitación de la moza, los viejos enseres ceden su sitio a baúles, sillas de enea, adornos en las paredes y una cama de madera ocupa el esquinazo norte, junto a la ventana; una nueva construcción adosada a la pared sur se emplea como cocina y, en la práctica, es el lugar de encuentro de toda la familia durante el día. Un falso techo de cañizo oculta el tejado y la cal blanquea las rudas paredes por dentro y por fuera. Después de la visita nocturna el cuarto le parece más hermoso. No recuerda casi nada de lo que hablaron, al menos nada de lo que habló Pascual. Pero en ella se ha instalado una sensación de ternura que no había sentido antes. No es que haya desaparecido la rabia de las últimas semanas. No. La rabia sigue ahí alimentando deseos de venganza. ¿Por qué abrió la ventana sin averiguar quién estaba del otro lado? ¡No más preguntas! Hay demasiadas cosas sin explicación aparente para entrar en más disquisiciones.

La segunda visita de Pascual tendrá que esperar unos días. El encargo parece importante y urgente, guiar a un hombre al otro lado de la Raya. El tío Prudencio lleva meses escondiéndole y ya es imposible mantener esa situación. Nadie le da explicaciones, a su padre tampoco se las daban, pero las redes de información son tan sutiles que no les resulta nada complicado averiguar lo que quieren saber. Un rumor, extendido en determinados ambientes hace pocos días, habla de disidencias y de trampas para disidentes. A pesar de ello acepta el encargo, cuatrocientos reales son un buen aporte económico, cotejar el estado de algunos contactos parece necesario, es conveniente comprobar las reacciones de su hermano en situaciones conflictivas y, sobre todo, le viene bien alejarse de las emociones del último día. La reacción entusiasta del joven Luciano la esperaba. Le insistió en los peligros de la expedición, guardias civiles, policía -a ambos lados de la frontera-, mal estado del tiempo y de los caminos. El joven parece tomárselo con seriedad aunque sus palabras le suenan a despreocupación.

Le dieron todas las instrucciones para el viaje, demasiadas instrucciones, pensó. Alguien que conoce tantos detalles no necesita un guía. A su padre le habrían dicho dónde recoger al viajero y dónde entregarlo. ¿No se fían de

ella? La idea se fue consolidando en su cabeza, era una trampa. ¿Contra quién? No adelantaría nada embotándose con preguntas.

Preparar el viaje. Elige tres burros, los que considera más fuertes, les ponen una albarda ligera y aparejan un equipaje liviano compuesto por impermeables, algo de comida, cuchillos de monte, ropa, mantas, un segurón, sogas y lonas para protegerse de imprevistos o preparar una posible carga de regreso. En las alforjas de mano guarda algo más de comida, una cantimplora, navajas, mecha, mechero, piedras de mechero, yesca y dos pasamontañas. El joven Luciano no necesita ninguna explicación; sabe perfectamente que habrían elegido caballos para huidas rápidas en trayectos cortos; que los mulos son adecuados para grandes cargas en caminos cómodos y, que los burros son un seguro de vida en senderos difíciles y jornadas largas. Conoce, también, el valor del fuego, de la ropa seca, o de una herramienta para hacer leña, preparar un bastón o abrir brechas en los matorrales de una senda poco transitada.

Salieron al mediodía, después de contar sus preocupaciones al gitano. Les tranquilizó, no debían preocuparse, todo saldría bien. El aguacero dificultaba los movimientos y la visibilidad. Eligió marchar campo a través, buscando los pedregales y tierras duras. Sobre las seis de la tarde, oscureciendo, llegaron al Hato del Risco, una covacha a caballo entre los alcornocales y las abruptas estribaciones de la Calzadilla. Allí tendrían que recibir al huésped. Prepararon la llegada con cuidado, Luciano se emboscó con los burros en un riscal desde donde podría ver las siluetas en una parte del claro y en la entrada a la cueva, la lluvia y la noche no le permitirían ver más; María encendió una fogata y se dispuso a esperar. El desasosiego le iba ganando, no podía evitar inquietarse por lo que iba a ser su primer viaje sin su padre a los confines de la Raya.

LA RAYA

No es algo tangible, es una expresión que produce, al menos, cierto temor. Temor a algo que no existe pero que se presenta lleno de peligros, es la frontera. Un intrincado paisaje de desfiladeros, montañas escarpadas, matorrales espinosos y guardias a ambos lados. Tierras en las que hasta los olivos se niegan a crecer, achaparrados sobre las lomas cultivadas por siglos de sudor. Las torrenteras arrastran las piedras monte abajo convirtiendo los caminos en algo móvil e inexistente. Varias colinas, hacia el interior, van cambiando su aspecto ofreciendo una vegetación exuberante de robles, castaños y todo tipo de arbustos, salpicando un enjambre de cimas redondeadas donde parece que nunca hubiera pisado un hombre. Su presencia es fácil de contar, pastores, madereros, guardas forestales y guardias durante el día, y por la noche el despertar de un mundo de innumbrables que reptan en dirección a todas partes y a ninguna. Las balas son moneda de curso legal y los muertos nunca son de nadie, aunque hasta las piedras griten por los collados.

Sin embargo, la Raya es vida, sustento y libertad para mucha gente. Los contrabandistas son los que ejercen mayor dominio sobre ella. Tienen sus propios refugios, docenas de sendas abiertas por ellos y para ellos y un código de señales y de comportamiento no escrito en ningún manual, pero que les garantiza la supervivencia en un medio donde la muerte está siempre en el filo de la existencia.

El Hato del Risco es tierra de nadie, no es un drama en sí mismo; pero es el punto donde se inician los recorridos por la clandestinidad del estraperlo y de las escapadas a otros países. Aquí termina la dehesa, la civilización, medieval en su economía y en sus relaciones humanas, y empieza la barbarie de

unas tierras libres que los poderes establecidos pretenden sojuzgar en contra de los poderes reales. Este es el sitio elegido para el encuentro entre el viajero y sus guías. Llega sobre las siete de la tarde acompañado por Germán, uno de los sobrinos del tío Prudencio. Germán advierte a María que el tipo no le parece trigo limpio, que no lleva armas y que tenga mucho cuidado. Puede acompañarla si lo cree conveniente. Germán se marcha con los dos caballos y María se queda a solas con el desconocido, que dijo llamarse Alfonso. El primer conato de pelea -Alfonso insiste en viajar de día y utilizar los caminos que se le han señalado- lo resuelve Luciano apareciendo de pronto en la puerta de la cueva, recortada su silueta entre la fogata y las sombras del exterior, soltando un escueto ¿ti vienis u ti queas? El camino hasta el Alto de La Galiana lo hacen en absoluta oscuridad, con un burro delante, el ramal recogido sobre la albarda y ellos agarrados cada uno a la cola de un asno. Los animales conocen el camino y no hay ni un solo mal paso, ni una vacilación. Descansan unas horas en una cabaña abandonada, al llegar el día reemprenden el viaje. Sigue lloviendo, ahora caminan por un frondoso robledal sin ninguna referencia de caminos o de presencia humana. El nerviosismo del que dice llamarse Alfonso aumenta: ¿por qué vamos a campo traviesa?, ¿dónde está la cabaña del Griego?, ¿y el arroyo Medieros, y los pastores? Cree habérselas con dos mozalbetes y se envalentona. Le explican que hay que evitar las patrullas, que ésta es una vía segura, que al amanecer estarán en la cabaña del Griego. Ninguno de los tres olvidará la escena, María intranquila, intentando seguir pareciendo un chico; el hombre cada vez más agresivo y Luciano apoyado en un árbol, con parsimonia mete una mano en la alforja, como quien busca tabaco; el cuchillo pasa rozando el cuello del hombre y se queda oscilando, clavado en el tronco de un roble. Nadie habla, pero los tres saben que el próximo se clavará en el corazón del alborotador. El chico se mueve despacio, como si con él no fuese nada, se dirige al cuchillo desclavándolo con el primer movimiento enérgico que le ven hacer, limpia ambos filos en su pernera y lo vuelve a soltar en las alforjas. Retoman la andadura sin más sobresaltos.

No utilizan ni un solo tramo de senda marcada. No hay veredas, ni rastro aparentes de ningún tipo. El hombre se desconcierta cada vez más; pero los chicos no están dispuestos a enseñarle un solo detalle que le permita moverse en aquel medio; no van a llevarle a ninguno de los refugios empleados

por otras personas y no le van a permitir que conozca a nadie. María, que desconoce los parajes tanto como los otros, sí tiene las referencias suficientes como para encontrar su destino cuando quiera. Cuando el supuesto Alfonso esté tan desorientado que no pueda calcular espacios ni tiempos. A pesar de la lluvia persistente, las señales, de las que María solo ha oído hablar, muestran la dirección correcta; la Peña de las Dos Hermanas, el viejo roble del Prao, un castaño centenario carcomido por el tiempo, los avellanos de la Umbrosa, La Fuente de los Alisos, el Peñón de la Ubre, el Tomillar del Silencio...

Al amanecer del día siguiente, con una señal convenida, llaman a un portalón; los dos chicos se han colgado las alforjas al cuello, cruzadas por delante, tres hombres salen a recibirles, entregan unos paquetes a María, 'para Juan Terrano', advierte uno de ellos en voz baja, y desaparecen llevándose al viajero. Ellos sabrán qué hacer con el espía. Ahora volverán a cruzar la raya, pero tendrán un enemigo menos.

La vuelta es un paseo por sitios conocidos. Una primera etapa al Refugio del Lobo, dormitan unas horas, y ya de noche, cruzan por entre los puestos fronterizos donde, dicen, suelen estar los guardias. Antes del amanecer descansan en la Poza del Alemán, una fuente de la que salen dos regueras, por una corre el agua. Con las manos cortan el curso de la corriente y la desvían por el cauce seco, media hora más tarde aparecerá Anselmo, un viejo maestro de escuela que se quedó a vivir en estos bosques; recoge plantas y raíces para farmacéuticos y curanderos, corta varas destinadas a escobas y bastones y caza todos los bichos que se mueven por los alrededores.

Anselmo les conduce por un laberinto de veredas hasta una extraña construcción de piedra, adosada contra las rocas: mitad casa, mitad cueva. Un enorme castaño cobija la habitación. Dentro una chimenea, varios asientos hechos con troncos de roble, una mesa, dos escaños, algunas estanterías llenas de pieles y un camastro, son los únicos muebles que adornan el cuarto. La ventana ofrece la vista de las pinas laderas, de un vallezuelo cruzado por un arroyo y de un sinfín de líneas onduladas, pertenecientes a elevaciones menores. Mientras el aroma del café se expande, Anselmo provoca la sorpresa de los chicos con un monólogo inesperado, cargado de silencios y con revelaciones que van mucho más lejos de lo que ellos podían intuir.

“Los guardias vendrán dentro de unas dos horas, es la ronda habitual, yo les ofrezco café y alguna otra cosa, charlan unos minutos y se pierden por los vericuetos de la montaña; si es necesario, el humo de distintos tonos y lugares, irá indicando donde están; cuando vengan vosotros ya estaréis en el Castro Verde por lo menos. La otra tarde vino un gitano, conocía bien los signos y consiguió encontrarme, le mandaba Prudencio, aunque habló de un tal Pascual, sin que yo entendiera qué relación podía tener con el asunto. En resumen, dijo que los dos hijos mayores de Luciano iban a cruzar la Raya, que acompañabais a un tipo sospechoso, que en el último momento habíais intuido que podía ser un espía; enviado para descubrir los pasos y los contactos; que conducíais tres burros, que ellos ya os habían perdido y no podían hacer nada. No esperó ninguna respuesta y se marchó. La verdad es que no tenía nada que hacer aquí, él ya había cumplido con su parte, ahora me tocaba a mí. Actuar rápidamente, pero sin improvisaciones inútiles, era primordial. La lluvia fue un problema añadido; subí al Otero del Buitre, pero era imposible ver nada. Si ibais a viajar de noche, con mal tiempo y con burros, lo lógico era que utilizarais el camino hasta el Alto de La Galiana, era difícil que os vieran y a partir de allí, si conocíais el terreno, no habría nadie que os pudiera seguir la pista. Sin impedimento alguno se pueden cubrir amplias distancias en poco tiempo y yo solo llevaba una escopeta sujeta debajo del impermeable; elegí el atajo de los desfiladeros, peligroso incluso de día, pero más rápido y además me permitía detenerme en la choza del Portu, contarle lo que pasaba y recabar ayuda si fuese necesario. Nos pusimos de acuerdo, una vez localizados yo os seguiría de cerca y él se instalaría en el Otero del Buitre para controlar los movimientos de los guardias. Nos dirigimos a La Galiana, nos metimos en el castaño hueco y esperamos. No tardasteis mucho. Portu se marchó a cumplir su parte y yo dormí como pude hasta que escuché vuestros movimientos de marcha. Si no había problemas nuestro hombre nunca sabría que no estabais solos. En el Robledal de la Hiedra se complicaron las cosas, no fue vuestra pelea lo más importante -bien resuelta, demostró que podéis defenderos-, pero una partida de hombres armados -tal vez falangistas- estaba demasiado cerca; una columna de humo sobre mi propia cabaña, así lo venía pregonando desde hacía unos minutos. Me alejé de allí. A la salida del bosque, en unos escarpados ro-

quedales, provoqué una avalancha de piedras que atrajo la atención del grupo. El resto ya lo conocéis”.

María se siente aturdida. Pascual no se le ha ido de la cabeza, pero ¿qué pinta él en todo esto?, ¿volverá a visitarla como prometió? Anselmo da por terminado el monólogo, les ayuda a cargar los burros con pieles y les indica los sitios que tienen que evitar para eludir a los guardias. El resto del viaje es un apresurado paseo por preguntas sin respuestas. Aquella misma noche, mientras duerme desnuda en su alcoba, unos golpes en la ventana van a darle algunas respuestas.

LA SOMBRA DEL PODER

Ser el Jefe Local del Movimiento no cubre todas sus aspiraciones. El Régimen le ha traicionado, piensa él. De todas formas ya se darán cuenta de cuánto vale y no tendrán más remedio que reconocerle sus méritos. La mayoría de los ministros son unos inútiles, les ofrecen la posibilidad de construir un imperio y lo único que hacen es tirar por la borda lo que él, y otros como él, levantan día a día. ¡Si él le conociera! Habría tenido su oportunidad si el maldito Terrano, y unos cuantos como él, no hubieran abortado la visita que tanto le había costado conseguir. De todas formas ya se las pagarán. Dicen que se está muriendo. Habrá que ayudarle, para que no sufra. Cuando vuelva Alfonso con las claves de la red estarán todos en mis manos. Alfonso parece más capaz que los demás. ¡Son todos unos idiotas, tienen la oportunidad de pertenecer al estado más democrático y justo que haya visto la humanidad y apenas saben decir sí señor! Le molestan las dos fotografías colgadas en la pared, la del Generalísimo porque parece pedirle cuentas y la del Fundador porque fue un imbécil, el único mérito que tuvo, morirse a tiempo, ni siquiera se lo puede atribuir él. No se atreve a quitarlas, pero a las visitas las recibe en otro cuarto. El Obispo le está tocando las narices. Hasta hoy mismo no se había metido en nada y, en la práctica, su Secretario Personal y el Chantre dirigían la Diócesis. Habrá que hacer algo. Si no consigue resolverlo pronto tendrá que dar parte a la superioridad demostrando que hay asuntos demasiado grandes para este Padre de la Iglesia. Dirigir, dirige él, el Jefe Local del Movimiento, es verdad que bien asesorado por los Maristas y por el Rector del Seminario. La carta del Obispo. ¿Qué pretenderá con esa idiotez? Viene a decir que en la homilía del próximo domingo deben leer una declaración de intenciones, con-

traría a la voluntad de la jerarquía y del poder político. ¿Se habrá vuelto loco? ¿Qué es eso de no poder entrar en las iglesias a detener a los subversivos? Hablará con la Guardia Civil. Un accidente bien preparado les quitaría muchos problemas. ¿Qué será eso de reunión de la curia en el sitio que se les indique? El excelentísimo Jefe del Movimiento, como le gusta hacerse llamar, deja su mente desbarrar en tétricos planes, mientras hace esperar al Jefe de la policía local, cerebro gris de una siniestra red de espías que controla todos los movimientos de cualquier persona que se cruce, o él crea que se puede cruzar, en las intenciones del Jefe Local del Movimiento Nacional.

Los hilos del poder en Berrocana son tenues y sutiles, se reparten en centros teóricos que aparentan tomar las decisiones que, en realidad, si no son impuestas desde arriba, emanan del oportunismo de trescientos barones, con b y con v, que se consideran, y algunos los tienen, con derechos de horca y cuchillo. Las conspiraciones, contra todo lo que no sean los valores del Régimen, son permanentes. Sacristías, celdas conventuales, casonas de rancio abolen-go, cuartelillos y confesionarios, son centros de rumores, noticias y planes que socavan, en nombre de sagrados valores, todo lo que atente contra las ambiciones personales de las distintas camarillas.

El Jefe de la Policía Local le trae distintas noticias que no ayudan a mejorar su humor. De todas formas se las hace repetir despacio y las analizan una a una. Empiezan por la desaparición de Alfonso, los contrabandistas han vuelto, pero los que tenían que traerlo de regreso no lo encontraron en el sitio con-venido. Deciden que no pueden hacer nada, de momento. Les preocupa más la desaparición del Obispo, hace varios días que nadie sabe nada de él, las fuentes de información que poseen en el obispado son tan variadas y numerosas que nunca se han preocupado de introducir una persona de confianza, una persona que pudiera dar información y, sobre todo, orientar actuaciones encaminadas a socavar, más aún, la deteriorada autoridad del Prelado. ¡Estaría bueno que se les fuera de las manos esa casa de grillos! El asunto de Juan Terrano es más espinoso, hay demasiadas cosas oscuras. En dos ocasiones vino a hablar con él, es un tipo preocupante. Posee mucha información, habla como un dirigente falangista, ha estado en la cárcel, tiene documentos firmados por varios ministros, dinero no le falta, se sabe amenazado y regresa a su mansión de la sierra. ¡Hay que hacer algo definitivo! La ira se apodera de ellos.

Del uno porque es su carácter y del otro, en parte, por un extraño sentimiento de solidaridad que le lleva a la adulación. Si lo de la frontera hubiera salido bien, seguramente, tendrían algo contra él. Una duda se les mete en la cabeza, ¿lo de Alfonso es tan sencillo como habían pensado? ¿Y si han conseguido que hable? El miedo les obliga a tomar una decisión, detener a los contrabandistas. Los rumores relativos a Pascual el Loco los desecharon por imposibles. ¿Ese hombre estaba siendo utilizado por alguien para cuestiones importantes? Los dos habían intentado hablar con él sin ningún resultado positivo. Tiene mirada de loco, babea y no comprende nada de lo que se le dice; en el manicomio opinan que no tiene ninguna voluntad y que es incapaz de desarrollar actividades lógicas que requieran algún esfuerzo mental. Tampoco estaría de sobra estrechar la vigilancia. Otros asuntos sobre la moral, las influencias, las opiniones y la seguridad fueron objeto de su atención.

Cuando se queda a solas, una llamada telefónica le devuelve a una realidad todavía más cruda de lo que él ha imaginado. El Jefe Provincial del Movimiento, al otro lado del teléfono, le informa de que un falangista local que responde al nombre de Alfonso, ha sido apresado en el país vecino acusado de contrabando. El Ministerio de Asuntos Exteriores no quiere saber nada del asunto y será abandonado a su suerte. La mente del excelentísimo vuelve a desbarrar sobre la estupidez de los que tienen un imperio en sus manos y no sirven para mantenerlo. ¡Él sí es un patriota! ¡Su sangre sirvió para construir el Nuevo Orden! Su cinismo le lleva hasta el punto de engañarse a sí mismo; su única participación en hechos de sangre fue en su casa, desde un desván situado frente a los cuarteles, disparaba contra los soldados de guardia escondiéndose después en un cajón situado entre las vigas del techo. Nunca pudieron encontrarle. Este hecho, convenientemente maquillado, susurrado al oído de las personas adecuadas, convierte el asesinato en heroicidad y lo llevan, años más tarde, al cargo que ocupa actualmente.

PERROS VIEJOS

Las sagradas instituciones hervían de rumores y de indignación, las sacristías son los cuarteles de la Santa Cruzada contra el obispo y, en dos días, los púlpitos y confesionarios se desatan en alabanzas sin precedentes al Generalísimo y al poder establecido como reserva espiritual de Occidente. Los rezos se salpican de críticas veladas a los malos representantes de la jerarquía y cada rosario es un arma de combate para una guerra no declarada, pero que alimenta las ambiciones y enmascara la frustración de muchos votos de humildad. Beatas de confesión diaria y misa de doce afilan sus lenguas dispuestas a servir fielmente a la calumnia peor urdida, al chismorreo más insostenible y a cualquier estandarte que lave sus pecadillos veniales, los otros ya se encargan ellas de que no los conozca nadie.

Martín, el Abad de la orden más antigua de la ciudad, se creyó obligado a dar el primer paso; abrió una discreta ronda de consultas con otros dignatarios y cuando consideró que había sembrado suficiente, convocó una reunión de personas escogidas. El abad critica la opulencia de una Iglesia que, según él, se aparta de los mandatos de Cristo; sin embargo, su orden posee las tierras más ricas de los alrededores, guarda el tesoro más importante de la ciudad, tiene derechos sobre iglesias no monacales (Santa Eufemia, entre otras) y dispone de acciones en distintas sociedades especulativas. Preparó la reunión con cuidado: un salón acogedor, sillas cómodas, los oradores de confianza distribuidos en los sitios estratégicos, el discurso de apertura a cargo del Secretario Personal del Obispo, y su Orden, en un discreto segundo plano. El Secretario, como uno de los miembros más exaltados de la comunidad religiosa, presentará la cuestión en los términos más radicales posibles. Ya llegará el mo-

mento de equilibrar y aparecer como hombre justo y moderado. Satisfecho con los preparativos se dirige a las cocinas: cuarenta cerdos engordados en las dehesas de la Orden van a rellenar las bien surtidas despensas. ¡No descuidar el equilibrio interno!

La elección del lugar donde se desarrollará la reunión, le pareció un asunto importante. Se decide por sus propias instalaciones por consideraciones de distinta índole: el criterio de orden más antigua será aceptado por los demás; la amplitud de las mismas permite asistir a la reunión con toda la discreción que quiera cada uno y, sobre todo, asumir el riesgo de las iras jerárquicas concede cierta autoridad moral que, bien administrada, dará sus frutos. La Casa de San Ildefonso es una edificación compuesta de distintas construcciones y de diferentes estilos. Desde el exterior, además del muro pétreo que la rodea, pueden observarse la fachada de la Iglesia del Santo y la entrada al Monasterio. La primera es de estilo neoclásico, con aires barrocos en su portada y paredones indefinibles en el resto; la entrada tiene aspecto herreriano, como corresponde a la moda imperante, en estas latitudes, a finales del siglo XVII. El interior es mucho más complejo: seis claustros, ocho patios, más de trescientas habitaciones, dieciséis capillas, cuarenta aulas de estudio, dos cocinas, celdas, comedores, bodegas, jardines, huertos... A pesar de su eclecticismo existe una considerable armonía entre la cárcel que representa una parte del complejo y los palacios que son la realidad aprehensible del resto.

Recibió a los invitados personalmente, llevando a cada uno a su sitio, tratando de que no se sentaran juntos quienes tuvieran posiciones consensuadas con las que él pudiera no estar de acuerdo. A las siete de la tarde cuarenta Padres de la Iglesia entonan una solemne oración, la farsa estaba en marcha. Al señor Abad le satisfacen los discursos, algunos -como el del señor Secretario- un poco flojos, pero se ha esbozado el tipo de Iglesia que tienen y que quieren. Repasó mentalmente los aspectos esenciales, un estado fuerte que oriente la actuación de la Iglesia; el Jefe del Estado debe ser cabeza visible del catolicismo español, puede ser nombrado cardenal o simplemente optar por la solución inglesa. Sus reflexiones fueron interrumpidas por una voz fuerte y templada. No le quedó otro remedio que prestar atención, esa voz puede significar el final de su carrera. Es otro Martín, de la Orden más antigua de la ciudad, no representa nada; pero fue Principal no hace mucho tiempo y su opinión

ha corregido el destino de muchas vidas. Aunque los reunidos no contaban con su asistencia, ninguno de ellos impedirá que hable.

“Todos los que habéis intervenido empezasteis vuestro discurso con un ‘queridísimos hermanos en Cristo’ que no os corresponde utilizar, recordad que yo tengo ochenta años y sé de vuestras ambiciones tanto como de las mías, y por tanto, hay muchas cosas que no va a ser necesario explicar; yo no debería estar aquí y vosotros tampoco, admitamos que ambas partes cometemos, en este mismo momento, una ilegalidad; tendréis que admitir también que las intenciones que albergáis con respecto a nuestro Obispo -vosotros mismos no sabéis lo que pretendéis, algunos sí; decía, que las intenciones que albergáis no pueden incluirse en ningún código de hermandad y menos aún de hermandad en Cristo”.

Martín, el Abad, sigue escuchando las palabras del otro Martín, también de la Orden más antigua. Entre la rabia y el miedo, se va haciendo a la idea de otra batalla perdida. Los invitados empiezan a marcharse uno a uno. Frase a frase va convenciendo a los presentes, salen con la cabeza gacha sin despedirse de nadie; hora y media después, los últimos vocablos son pronunciados exclusivamente para el señor Abad: “No podemos permitir que los cainitas del mundo se apoderen de los nombres de Cristo”. Se marchó pensando en el equilibrio interno -no en el de la Orden, sí en el suyo propio- con un gesto altivo que expresa mucho más de lo que hubiera sabido decir con palabras. De la despensa coge una buena provisión de carne y se dirige a los corrales para dar de comer a su reala mientras alimenta su odio contra los que no quieren doblegarse ante el poder de Dios y de la Revolución Nacional Sindicalista.

LOS CACHORROS DEL ORDEN

La fortuna del Jefe Local del Movimiento es uno de los grandes secretos de Berrocana. Su madre, viuda, solo poseía un viejo caserón y una pequeña renta, herencia de las andanzas de su marido por el Nuevo Mundo. El nombramiento para cargos públicos, según la propaganda del Partido no significa enriquecerse a costa del pueblo. ¿Encontró un tesoro? Algunos opinan, desde luego no en voz alta, que ser alcalde, Jefe de los Sindicatos y Jefe Local del Movimiento, da mucho de sí. En pocos años ha conseguido diez edificios, algunas huertas y una dehesa; el dinero que se le calcula supera, incluso, las suposiciones que se hacen para Isaac, el prestamista. Los mal intencionados se atreven a sospechar que los negocios le salen redondos gracias a la presión violenta que ejercen, sobre algunas personas, las bandas fascistas dirigidas por él.

Gustavo, el Legionario, entre irónico y dolido rechaza estas cavilaciones, mientras espera al Jefe para iniciar la reunión prevista con los jóvenes. El rictus de su cara no augura nada bueno. Tatuajes en los brazos y en el pecho, excesivo apego por el vino, enigmática vida anterior y actitudes pendencieras le han dado el apodo que ostenta con cierto orgullo. Nunca estuvo en la legión y no participó en ninguna guerra, pero con no negar ni asentir se proporciona una imagen que, a los intereses de su jefe y a él mismo, le viene muy bien. Los beneficios, de lo que él considera una estrecha colaboración, no son suficientes para cargar con la responsabilidad de todo el trabajo sucio. Tendrá que hablar de ello. Este mismo palacio, sede de todas las actividades del Partido, es propiedad suya, y el Legionario, brazo armado de la Ley, no tiene donde caerse muerto. ¡Tendrá que hablar de ello! A las siete aparece su jefe, como siempre,

acompañado del insigne Jefe de la Policía Local. Pocos minutos después ya sabe que va a ser una noche muy larga para algunos.

Dar palizas, amenazar, quemar alguna casa, hacer desaparecer a cualquiera que suponga una molestia, es su trabajo; para eso le pagan y se siente un profesional haciéndolo bien, sin fallos; no le pagan por pensar; pero ¿qué pintan esos mocosos en estos asuntos? Los críos deben estar con sus madres. Lo estropean todo. Cuando huelen sangre no tienen ningún control. ¿No quedan hombres en este país?

El Legionario es solo un eslabón de la cadena, un elemento necesario para intimidar a unos y dar confianza a otros. Los jóvenes tienen que construir el futuro, su futuro. No pueden ser débiles, tienen que forjarse en el acero de la acción permanente, han de poner el alma y la vida en el ideario fascista... El ideario del odio sale agazapado en las quince sombras que cruzan las calles.

Los preparativos están impregnados de cierto aburrimiento, de cierta rutina. Se sienten importantes, disponen de las vidas ajenas con más libertad que de las propias, tocan la gloria del poder; pero es siempre lo mismo. ¿Por qué no pueden hacerlo a pleno día? ¿No son los amos? Libran al mundo de la escoria ¡La Patria lo agradecerá! Se cansan de utilizar siempre porras, las pistolas del Legionario son más deseables. Prácticas de tiro, artes marciales y marchas de supervivencia son un buen entretenimiento. Las primeras salidas intimidatorias resultaron más divertidas, prolongaban la emoción del juego; ahora ya no saben dónde está el límite y buscan ir más lejos, un poco más lejos, agotar los instintos y usar toda la fuerza contra los enemigos del poder.

Quince sombras cruzan retorcidas callejuelas guiadas por un rítmico golpear de botas contra el suelo. Un, dos, un, dos..., marciales resonancias contra los balcones cerrados. Tras la oscuridad de corridos cortinajes atisban temerosos corazones y la noche se vuelve más fría, más terrible, más dueña de las tinieblas; la crueldad se pasea por los ecos de las pisadas. En el Palacio Episcopal pintan una leyenda 'ha desaparecido el burro, se alquila cuadra'. A don Alberto le sorprenden a la salida del hospital.

La visita a Juan Terrano fue conveniente desde el punto de vista médico, otra cosa es el oportunismo político de la presencia de un obispo en un lugar donde lo que se está cociendo son asuntos mundanos, muy peligrosos, pero terriblemente mundanos; la llegada de dos estraperlistas con documentos que

el herido no estaba en condiciones de recibir, añade complejidad a la situación, a don Alberto no se le va de la cabeza que uno de ellos parece una chica. No creyó necesario continuar allí, las heridas fueron importantes, está bien atendido y no puede hacer nada que ya no hubieran hecho. No comprende la actitud del Obispo, tendrá sus razones, se dice. Las cavilaciones del médico se rompieron con un zarandeo. Las sombras lo vapulean, no comprende nada, hablan muy fuerte ¿Qué quieren? Si hablaran más despacio... ¿Que dónde está quién? No averiguó lo que querían saber. Despertó varias horas más tarde en una cama del hospital con el cuerpo lleno de moratones y varias costillas rotas.

El Legionario pensó que lo habían matado, cabeza ensangrentada, brazos y piernas retorcidos contra el suelo, cuerpo desmadejado..., parecía un muñeco roto. Le da igual que esté vivo o muerto. Si hubieran averiguado algo, pero no le dieron tiempo ni para enterarse. La rabia, contra los estúpidos que le obligan a depender de unos críos, va en aumento. Es igual, ¡aún queda mucho trabajo! Alguien pagará los platos rotos. Se dirigen al cerro, fuera de las murallas, es un barrio abandonado de la mano de Dios, no hay luces, las construcciones no guardan ningún tipo de orden, el barro se pega a las botas y está empezando a llover. Eligen un portalón y empiezan a dar golpes, luego en otro y en otro. Nadie responde. Arrojan una improvisada antorcha por la ventana de lo que parece un pajar, el fuego crepita y las sombras se retuercen en fantasmales imprecisiones. Un grito inunda la noche. La piedra encontró una espalda en su trayectoria, la sorpresa les deja paralizados y cientos de piedras caen sobre ellos, proceden de sombras que se mueven en las esquinas, en las ventanas, en los tejados. Cuando intentan salir de allí las sombras se les vienen encima armadas de estacas; el Legionario cree reconocer a un loco, pero desecha la idea por imposible. Algo más tarde en el hospital, mientras las monjas de la Caridad lo curan, vislumbra la imagen vendada e inerte del médico tendido en una cama. Al salir va pensando que las casas del cerro no tienen velatas.

LA CURANDERA

Hace algunos años tuvo nombre, familia, estado civil, pueblo. Hace algunos años se llamó Asunción, coqueteó con los chicos, se casó con uno -si no un gran amor, al menos compartían un hacer juntos, una lucha común por la ternura-, se sentía hermosa, participó en todas las fiestas y, en Almohacín, su pueblo, tenía una familia y quiso procrear otra. Luego hubo una guerra y millones de larguísimas posguerras, ya no tuvo nombre, olvidó estado, familia y pueblo. Fue la Curandera. No recuerda bien, no quiere recordar. Los recuerdos vienen a sembrar desesperanzas y ella no precisa más siembras en su alma. Una vida es fácil de reconstruir: nacer, morir. Llenar lo del medio no depende siempre de nosotros, a ella se lo llenaron. Empezaron a llegar pacientes, no sabe cómo: primero pequeñas heridas, catarros, ligeras infecciones; intentaba ser lógica, si no los curaba ella nadie los iba a curar. Los remedios tradicionales ayudaban. Le fueron llenando y vaciando la vida. El padre murió en la guerra. Luego vinieron los asuntos serios, con un hospital a más de sesenta kilómetros, curar lesiones causadas por accidentes -heridos de bala rescatados de las sacas fascistas-. Le vaciaron la vida. Su marido y dos hermanos desaparecieron la misma noche, dicen que están enterrados en la mina abandonada.

Poli sabe cómo encontrarla, son de la misma edad, se conocieron en Berrocana y aprendieron a llorar juntos el llanto de los mayores. Pascual, el loco, suele hacer de enlace. Dicen que Poli está enamorado de ella pero...¡se dicen tantas cosas! En La Casona sentó sus reales el primer día y nadie se atreve a discutirle las decisiones. Cuando llegaron con Juan Terrano se asustó, un cuerpo roto, con huesos astillados, heridas a medio curar, mojado y tiritando de

fiebre; esperaba algo grave, pero una sensación parecida a la desesperanza empezó a rondarle las entrañas. El grito desesperado de Poli resonó en toda la casa ¿es que no piensas hacer nada? Sí pensaba, pensaba que ese hombre estaba más muerto que vivo, pensaba... se puso en marcha.

La habitación está caldeada, las sábanas limpias, lo desnudan, tienen que cortar la ropa, limpiar las heridas, recomponer los huesos; le dan masajes de alcohol en todo el cuerpo. Dos horas más tarde Juan duerme plácidamente. Poli y Cele dormitaban en los escaños de la cocina, la curandera sentada en una silla de anea cavila, la mujer del quesero atiende los calderos con la cena y Pedro, escondido en las profundidades de la noche, vigila los caminos de acceso a la Casona.

¡Ya vienen! Lo dijo en un tono suave, con una voz extraña, como si no fuese suya. Los demás la interrogan con la mirada, pero ya ha dicho todo lo que sabe; a veces conoce situaciones que se están produciendo en otros lugares, sin ninguna aproximación física, sin nada aparente que la relacione con ellas. Sorprendidos despabilan los restos del sueño, Cele corre al escondite de Pedro, no ven nada. Pasaron más de quince minutos antes de que aparecieran tres sombras moviéndose con cautela. Poli apoya el cañón de la escopeta en el alféizar de una ventana. Otra cuarta sombra resuelve la situación dejando fuera de combate a las primeras. Las encuentran inconscientes, deciden trasladarlas al vertedero cercano a la ciudad y regresan a la casa pensando que Pascual ha vuelto a hacer de las suyas.

Cierta tranquilidad se instala en La Casona, la curandera ayudó, su 'no volverán' después del anuncio anterior inspira confianza. El agotamiento físico es una buena razón para dormir a pierna suelta. Catorce horas más tarde unas voces extrañas despiertan a Poli, detrás de él aparecen Cele y Pedro intentando espantar los últimos vestigios del sueño. ¿Qué dicen de un obispo? La gausa se pinta en los ojos de los tres hombres. No existen tragedias capaces de obligarles a no disfrutar de estos momentos. Las bromas quedan suspendidas por la voz y el tono de otra pregunta hecha por una monja: ¿les sobran los amigos? No. No les sobran. En realidad se sienten acorralados e indefensos en una jungla de conspiraciones.

La Casona se convierte definitivamente en una especie de cuartel con el arribo de dos nuevos personajes, María y Luciano, hijos de un contrabandista

que están intentando emular los negocios del padre. Han pasado tres días desde la llegada de Juan, la vida ha girado entre la habitación del enfermo y la confusión creada en su entorno por la llegada de los visitantes y el cruce de distintas historias que parecen destinadas a confluir, si no lo han hecho ya.

Asunción, la curandera, -Poli la llama Chon- es la única que está en condiciones de valorar, con cierta imparcialidad, todos los detalles y de organizar el presente, tal vez el futuro, de las doce personas reunidas en los amplios espacios del caserón; está tan asustada como los otros, las heridas de Juan no le preocupan, ella sabe que volverá a andar aunque arrastrará durante toda su vida las secuelas de una pierna retorcida. Tiene miedo a los de afuera, a los poderosos, a los caciques de un régimen que se instauró sin su permiso y sin su participación, a los “correveidile” que ostentan el privilegio de meterse en todas las vidas, a los jefes de una Iglesia todopoderosa dispuestos a convertir el país en un gran Auto de Fe. Organiza el presente pero no deja de pensar en el futuro: sitúa a Pedro, Poli y Luciano en una habitación cercana al enfermo, desde la que se controlan las entradas de la hacienda; a Cele lo instala con el hijo del campanero en la habitación más alta, el chico posee buena vista y desde allí se divisan todos los caminos de acceso; a los curas les destina dos enormes habitaciones en la planta baja -que recen o hagan lo que les dé la gana a solas-, el señor Obispo parece interesante, su pretensión de llevarse a Juan al Palacio Episcopal podría ser una tabla de salvación, su sola presencia ya supone cierta garantía, dadas las influencias de la Iglesia en la vida política y en las declaraciones ideológicas del poder. ¿Será de fiar? Algo le dice que sí, tampoco tienen muchas opciones. Organizar el presente. Las mujeres en la planta baja, en la parte de la cocina, las sacas llenas de heno servirán de colchón. El médico parecía un buen tipo, se quedó sorprendido por la evolución de las heridas, lástima que se marchara. Organizar el presente. Habrá que encender alguna chimenea más, hay mucha leña pero pocas mantas, la comida es suficiente y no será difícil conseguir la necesaria. Los chicos traen documentos para Juan Terrano, ¿de qué nos van a servir?, tal vez mañana o pasado esté en condiciones de leerlos. Organizar el presente. Vigilar. De eso se encarga Poli. Chon, como la llama él, le encuentra cambiado, con más confianza en sí mismo, con una capacidad de acción que no le había supuesto y con una entereza increíble en los momentos críticos. La mayor sorpresa se la provocan

dos mujeres, la mujer del quesero y la monja. ¿Cómo se llama la mujer del quesero? No lo sabe, no cree que lo sepa nadie; es como una sombra, trabaja constantemente, parece no enterarse de nada, no tener opiniones..., pero siempre está en el sitio justo, en la labor necesaria, en el silencio preciso. La monja, ¿Sor Mercedes?. Se entiende bien con ella, muestra un carácter de mil demonios, distribuye tareas domésticas entre todos y, en el fondo, es un alma cándida tan muerta de angustia como las demás; vive para el Obispo y está permanentemente al tanto de sus mínimas necesidades.

Regino, el hijo menor del campanero, descubre indicios de una nueva tragedia. Sus dieciocho años le obligan a orinar de madrugada los tragos de vino ingeridos durante la cena; se viste con calma, asoma su cabeza a la habitación del herido -Poli lo mira con chispas de sueño en los ojos desde su puesto de vigilancia-, baja despacio las escaleras para no hacer ruido y sale a la noche, al corralón trasero situado frente a la ciudad. El ambiente es húmedo y frío, la reciente lluvia permanece en los charcos del suelo, algunos claros permiten vislumbrar trozos aislados de cielo estrellado. Se acerca al extremo sur, contra un montón de leña deja fluir su orina con un suspiro de alivio, una mirada distraída por encima de la tapia siembra la alarma en su cabeza; conatos de imposibles y precipitados atardeceres se asientan sobre los cerros del suroeste. Minutos más tarde once pares de ojos atisban en la misma dirección, el incendio es en el cerro. Un 'allí no pasa na' pronunciado por la curandera les devuelve, poco a poco, a las tareas del sueño; pero ella se queda mirando la oscura silueta de la catedral tras la cual se esconde, en las profundidades del hospital, el sufrimiento de un hombre brutalmente apaleado.

TERCERA PARTE

EL RUBICÓN

“El miedo no es el mejor antídoto para salvar la vida.”

(Asunción, la curandera)

VOLVER A EMPEZAR

Aún no son las seis de la mañana del cuarto día cuando Juan Terrano abre los ojos consciente de estar despierto. Su cabeza es un rebullir de imágenes inconexas, lluvia, sangre, sierra, muerte, sotanas..., pugna por concretar ideas. Una frase sí está clara en su memoria: “nos juimos pal linda”; y la sensación de hambre, está desfallecido. ¿Quién está en la habitación? Un muchacho se le acerca solícito. No entiende nada de lo que dice: “soy yo, señor Terrano... no soy yo... bueno, quiero decir que soy yo pero que usted no me conoce”. Chon y Poli entran rápidamente en la habitación, con una sonrisa cómplice bailándole en los labios; los dos han intuido el momento. Regino se desespera intentando hacerse entender. Las voces atraen al resto. ¿Quiere comer? ¡Qué coma!, sentencia la mujer del quesero. ¿Quiere levantarse? ¡Levantadle! ordena la curandera.

Cuando consiguieron sentarlo en la mecedora de la cocina, con un pie apoyado en un escabel, el fuego crepitaba en el fogón de piedra y los pucheros humeaban burbujeantes. Dos carburos, estratégicamente situados, pugnaban por combatir las sombras de la noche. Robustas sillas y escaños de madera maciza sirvieron de asiento a los demás. Le dieron de comer y fueron contándole, someramente, algunos de los últimos acontecimientos. Dos horas más tarde Juan se siente perdido en una nebulosa de recuerdos y de información; los rostros se le desdibujan en una maraña de sombras y deciden devolverlo a la cama.

La Casona es una enorme construcción de campo o de labor rodeada por corralizas y construcciones menores; levantada a principios de siglo ostenta piedra, barro cocido y madera como signos evidentes de permanencia en el

tiempo; puertas, ventanas, escaleras, balcones, vigas, ripias y suelos de las plantas altas, madera; planta baja, losas de piedra y tierra apisonada; los anchos muros exteriores, de piedra; los tabiques de adobe y el tejado de barro cocido arrancado, golpe a golpe, a las ocre y ariscas cuevas de "La Encantá". Juan siempre piensa en ella como en algo vivo, algo que tiene su vida propia: su existencia al margen de los pobladores ocasionales, sus misterios y, sobre todo, sus voces, voces que entonan una melodía armónica o estridente según quieran manifestar sentimientos..., sus voces y sus silencios. Le gusta seguir sus silencios, ¿cuánto durarán? Adivinar dónde y qué los rompe, ubicarlos, descubrir sus intenciones. Es consciente de estar tumbado en la cama, sabe que está jugando con los ojos cerrados para retrasar el enfrentamiento con una realidad que se le antoja injusta; el juego pierde protagonismo y realidades más concretas van instalándose en sus pensamientos. Concentrarse, no más vacilaciones, ya se levantó por la mañana y podrá hacerlo ahora. No tiene confianza en volver a andar, a pesar de las optimistas palabras de la curandera. Cuando intenta retirar las mantas un Poli vigilante -un ojo en la cama y otro en el exterior a través de los cristales- se abalanza sobre él para impedirle movimientos bruscos. Palabras amistosas susurradas en la semioscuridad del anochecer le devuelven la tranquilidad y el sueño.

Al amanecer del quinto día son Poli y Chon los que despiertan a Juan, opinan que ya debe estar en condiciones de asimilar información y hay que tomar decisiones sobre asuntos que no pueden esperar más. El caldo recién hecho estimula su organismo y se siente con ánimos suficientes. Hablar de todo, despacio, inquiriendo los detalles más nimios, buscar la intención en cada palabra y en cada suceso. Hablar de todos, desmenuzar los hechos, analizar el gesto amistoso o las agresiones... Preparar el porvenir.

A Juan Terrano se le enciende la sangre, considera que no se merece la actitud agresiva que está sufriendo por parte del poder. Decide que 'hasta aquí hemos llegado'. Los apoyos inesperados que recibe los considera suficientes para contraatacar. ¿Son apoyos? Sus cavilaciones le llevan a decidir que los demás están siendo tan agredidos como él mismo, que están en una situación tan comprometida unos como otros y que lo que le están ofreciendo es algo mucho más importante que un simple apoyo, están ofreciendo solidaridad, hoy por ti, mañana por mí. Ir paso a paso. Hay que buscar información de la ciudad,

averiguar qué pretenden los del exilio. ¿Qué pinta en todo esto el señor Obispo? En fin, hay que ponerse al trabajo. La lectura de los papeles supone una nueva preocupación, pero eso ya lo analizará más tarde.

Comieron todos juntos en la cocina; la sobremesa es el momento de las confidencias, reflexiones y compromisos. Monseñor es el primero en hablar. Explica la conversación con Pascual, las dificultades que provoca la Diócesis, su relación con las personas que le acompañan y con don Alberto, el médico del hospital; relata las intrigas y conspiraciones que se producen en su entorno, su empeño en construir una comunidad cristiana humana y solidaria y su intención de convocar una reunión, en esta misma casa, en el convencimiento de que mientras la Iglesia esté presente podrá suponer un freno para los agresores. Odia la violencia. No está dispuesto a ver 'correr más sangre por los ríos de España'. La reciente firma del Concordato con la Santa Sede -27 de Agosto de 1953-, puede dar otra dimensión a las relaciones de la Iglesia con el Estado y con la sociedad; y la próxima firma de los acuerdos con los Estados Unidos debe obligar, opina él, a una moderación en las medidas represoras del Régimen.

La mayoría de los presentes no saben lo que es un concordato y de los acuerdos con los yanquis han escuchado la propaganda del gobierno; pero no están en condiciones de decidir si la situación les beneficia o, por el contrario, les aleja de la posibilidad de un cambio avalado por la comunidad internacional. Juan, como "quien no sabe pero sabe", introduce un nuevo elemento en lo que ya es una discusión abierta, habla de la sucesión monárquica.

Un gesto brusco de la curandera interrumpe todas las voces, 'ya vuelven'. Volvían. Pero esta vez eran guardias civiles; una pareja envuelta en lluvia y oscuros capotes se acerca por el Camino de los Tristes; su presencia enciende miedos, sospechas y precauciones. 'Irán de paso, parece una ronda normal por los caseríos' opina alguien. Avanzan despacio pero inexorablemente en dirección a ellos, los árboles los ocultan por momentos, reaparecen siempre más cerca y en los linderos de la finca abandonan el camino y se dirigen de forma inequívoca hacia la casa; pero no es una visita de rutina, vienen a detener a Juan Terrano. Sor Mercedes sale a recibirles, el hábito les desconcierta y las manifestaciones de la monja 'esto es propiedad de la Iglesia, el señor Obis-

po estará encantado en recibirles' les confunde lo suficiente como para que se marchen, al menos de momento.

La intuición les dice que las cosas se están complicando, que las reacciones son imprevisibles y que solo puede salvarles una actuación rápida y acertada. La impotencia encierra a Juan en un mutismo inesperado y Monseñor, Poli y la curandera inician una actividad frenética de la que esperan frutos a corto y medio plazo.

El anochecer encuentra al señor Obispo, a la luz de un candil, escribiendo la siguiente nota: "El portador de la presente le indicará la hora y el lugar donde celebraremos un acto de acción de gracias, le sugiero la máxima discreción". Al mismo tiempo, por uno de los senderos que cruzan la finca en dirección a la ciudad, caminan Chon y María, en busca de la información de sobre los últimos acontecimientos. Más tarde saldrá Regino para entregar el recado del señor Obispo y Poli intentará acercarse al manicomio.

AIRES DE GUERRA

Asunción camina con cierta rapidez, cruza veredas que atraviesan los huertos de la vega. Va pensando en la lluvia, la maldita lluvia que no deja de caer; de noche es un incordio, durante el día, al menos, puedes contemplar el brillo del agua en los árboles, en la tierra, en las rocas... es hermoso ver resbalar el agua por las tejas y escuchar el ruido de las canales; pero la noche desvirtúa todo y solo queda el frío, la humedad y una monótona canción; su marido decía que así bramaba el mar. Ella nunca vio el mar. La radio habla constantemente de la “pertinaz sequía”, ¿de qué país estarán hablando? Las dos Españas de las que ha oído contar, están claras: la de la radio es una, en la que ella no se reconoce, y la otra es la suya, la que vive día a día entre el sudor y la miseria de campesinos sin patria. Sus pensamientos se quiebran por la presión de la mano de María en su hombro, va tan distraída que no se acuerda de ella, aunque han salido juntas. Están muy cerca de la población.

María piensa en Pascual, pero eso no le impide oír un sonido diferente, algo que no es lluvia y que traspasa los rumores del agua. Salen del camino y se agazapan detrás de unos arbustos. Una escuadra de soldados patrulla por las afueras. ¿Qué está sucediendo? deciden no entrar en la ciudad, rodearla y dirigirse directamente al barrio de María. Cuando llegan al cerro han descubierto numerosas patrullas militares; los han visto ir y venir durante todo el trayecto, entran y salen de la ciudad, vigilan los caminos de acceso y detienen a todas las personas que encuentran en su camino. El arrabal no ha merecido su atención, al menos de momento. A pesar de la oscuridad los restos de un incendio son patentes en uno de los pajares.

Encuentran una actividad inusual. Los gitanos preparan la marcha, algunos ya partieron, entre ellos Rafael, el hermano pequeño de Luciano y María; 'esti lugar es peligrosu y paeci buenu escondersi un tiempu', les explica el tío Prudencio. La madre de María estará más segura en el pueblo y ellos se trasladan a las provincias del sur. Se sientan en la cocina, al lado de la chimenea. Las ropas humean secándose al calor del fuego y el gitano hilvana un monólogo con trozos de historias recientes. Les cuenta con muchos detalles la visita nocturna de los fascistas. Pascual les advirtió y el resto lo hicieron ellos. Con socarronería habla de pedradas, palos, carreras, incendios. No pudieron evitar el incendio, pero lo dan por 'bien empleao'. El gitano habla de rumores y certezas, habla de la desaparición del Obispo, de pintadas en el Palacio Episcopal, de la paliza al médico, de un espía que no volverá en mucho tiempo. Sabe lo que sucede en la ciudad, ha visto las tropas en la calle y un grupo especial de la Guardia Civil vigila el Ayuntamiento y otros edificios. ¡Hay tantos rumores! El tío Prudencio desgrana las posibilidades de las distintas informaciones que tiene. La versión oficial viene a decir que un grupo de mercenarios comunistas, con apoyos en el otro lado de la frontera, asaltó la sede de Falange; esto podría ser la guerra con el país vecino. Versiones menos oficiales denuncian una pelea entre falangistas y tradicionalistas que acabó con el estallido de una granada y varios muertos de ambas facciones. María, Asunción y el tío Prudencio llegan a una dolorosa conclusión, 'pioris tiempos pal probi'

Dejan al tío Prudencio preparando la marcha y se dirigen a la casa de María. Su madre aparece con entereza, ya tiene todo preparado para la partida, al siguiente mediodía estará en su pueblo y en cuanto la prudencia lo aconseje volverá, aquí enterró a su marido y aquí la enterraran a ella. Mientras habla va abriendo alacenas de donde saca quesos, chorizo, morcilla, lomo, pan y varios cuchillos que coloca sobre la mesa. Las tres mujeres cenan en un ambiente plácido y sereno hasta que un chiquillo asoma su cabeza por el portón anunciando 'vienin los guardias'. Venían los guardias. Están cruzando el puente del sur y enfilan las primeras cuestas del cerro. El tío Prudencio les tranquiliza. Saldrán por el camino de la dehesa, la noche les cubrirá; cuando lleguen aquí, los fugitivos ya habrán cruzado las lomas. Pueden ir con ellos. No, no quieren ir a ningún sitio que no sea la Casona, para bueno o para malo aquel

es su hogar y aquellas personas, algunas prácticamente desconocidas, su familia.

Salieron a la noche, otra vez a la oscuridad, a la lluvia, al frío, al barro. La vuelta fue muy complicada, tuvieron que atravesar media docena de olivares a campo través, los arroyos llevaban más agua de la prevista y el cansancio tiraba de sus cuerpos poniendo plomo y angustia en cada uno de los pasos. Pasadas las once entraban en la cocina. Allí estaban todos. Poli y Regino, ante la imposibilidad de andar libremente por la ciudad, regresaron temprano. Estaban todos allí y consumían la espera repitiéndose unos a otros que no pasaba nada, que estarían escondidas en algún sitio, que... ¡Estaban todos allí! La algarada les impide atenderlas, todos quieren tocarlas, besarlas, abrazarlas. Juan observa desde su mecedora con el dolor y la rabia royéndole las entrañas.

De las llares cuelgan dos enormes calderos de cobre, de los que usan para la matanza, llenos de agua hirviendo. La mujer del quesero enciende la chimenea en la habitación de al lado y vierte varios cubos de agua fría en dos artesas. La monja da órdenes: Regino, un caldero de agua hirviendo a una artesa; Luciano, otro caldero a la otra. Entre las dos las ayudan a desnudarse, las meten en el agua caliente y les proporcionan ropa seca.

En la cocina Pedro coloca una parrilla sobre las brasas y va echando trozos de magro encima; el olor a carne asada se esparce por la habitación y los tragos de vino de pitarra animan las explicaciones. Regino no se atrevió a entrar en la ciudad, las cartas del señor Obispo permanecen en su poder; Poli tuvo que abandonar su intento de localizar a Pascual y las dos mujeres cumplieron su objetivo fuera de Berrocana.

LA NOCHE SE MUEVE

Asunción, cuenta los resultados de la expedición con detenimiento; cada detalle, cada impresión, cada gesto, las palabras empleadas, los vuelcos de corazón cada vez que veían las sombras recortadas de hombres y fusiles. María apostilla matices y resalta la vena cómica de la historia: ¿podéis imaginarnos con esta noche, metidas en el barro hasta las rodillas, agachadas y preocupadas por no mancharnos? Las carcajadas no sirven para ocultar la preocupación.

Cele y Pedro trasladan al herido a su habitación, es tiempo y hora de descanso, los demás fuman el último cigarrillo y consumen los restos de una conversación que no conduce a ningún sitio. Poli se echa un enorme capote encima y sale al exterior. Una noche de perros, piensa, caminando colina arriba en dirección al estanque. Es una construcción de cemento que recoge las aguas de una fuente, un rudimentario sistema de canales y tubos enterrados permite tener agua en la casa y regar huertos y praderas. El agua rebosa por los bordes y decide destapararlo para aliviar la presión y evitar un accidente que podría inundar las cuadras. Vuelve a las corralizas, un ligero movimiento detrás de un montón de leña denuncia la presencia de algo o de alguien; puede ser un gato montés, un perro. Sin darle tiempo a empuñar su cuchillo, una silueta se recorta contra las sombras, el susto desaparece al susurro de una voz reconocible: es Pascual. Entran los dos en la cuadra, charlan unos minutos, dan un último vistazo a los animales y se dirigen a la casa.

Las mujeres están recogiendo los restos de la cena, Pedro fuma tranquilamente en un rincón y Regino hurga en el fuego con unas tenazas. Les miran distraídamente hasta que advierten la presencia de otra persona. María se

abraza a Pascual olvidándose del agua y del mundo. Vuelta a empezar. Más leña al fuego. Vuelta al corro y a la conversación. Poco a Poco van llegando los demás, excepto el herido y la monja que lo atiende. Por distintas razones, está siendo una noche muy larga.

“Esta tardí juimos...”, el carraspeo del señor Obispo indica a Pascual que le pide la intervención en castellano. No lo hace aposta, a veces le salen las frases como aprendió a hablar; pero no tiene ningún interés en dejar a dos ve-las a nadie. Continúa hablando en castellano, despacio, escogiendo las pala-bras. “Yo no puedo estar aquí y vuestras vidas y la mía pueden depender de que recordéis, siempre, que yo no he estado aquí, que no me conocéis y que, en cualquier caso, solo soy un loco. Hasta ahora todos me habéis visto por se-parado y en distintas circunstancias; pero, para bien o para mal, la suerte de todos nosotros está unida a unos acontecimientos lo suficientemente graves como para que ninguno paremos mientes en los riesgos. Supongo que no es nuevo que os hable de dictadores locales con un poder casi absoluto sobre personas y cosas. Algunos conocéis la ambición del Jefe Local del Movimiento, la falta de escrúpulos del Jefe de Policía, la corrupción e influencia de algunos Ministros de Dios. En otras circunstancias jamás habrías sabido de mí, pero estamos en una situación límite, estamos llegando al final de algo y se trata de impedir que ese final sea el nuestro, si hacemos caso a la atención que me prestan estos últimos días, pueden estar muy cerca de descubrir que no estoy tan loco como algunos creen”.

Desmenuzó, uno por uno, todos los hechos en los que habían participa-do cada uno de ellos y su papel en los mismos. María observa embelesada pensando ‘qué guapo es’. Uno de los carburos se apaga sin que nadie se mo-lesté en preparar otro, es una operación demasiado engorrosa para distraerse con ella. Las sombras aumentan movidas de un sitio a otro por las oscilaciones del fuego. El crepitar de la lumbre, la voz de Pascual, el rumor de la lluvia y las pavesas son elementos inseparables de la escena y de la atención con que le escuchan.

“El poder fáctico de algunos jefarcas de la Iglesia, su influencia real so-bre los caciques y su participación en sucesos violentos y represivos me alentó a dirigirme al señor Obispo. No tenía nada que perder y mucho que ganar, al-

guien tenía que abrirle los ojos. Yo no esperaba un compromiso tan decidido y, supongo que Monseñor es consciente, ha metido la mano en un avispero.”

“Además de la Iglesia, al poder franquista lo sustentan en Berrocana dos familias políticas: falangistas y requetés. Creado por decreto el partido único, nadie pudo suprimir las motivaciones ideológicas alimentadas por prosaicos intereses económicos. Durante años han mantenido un ten con ten que les permitía sobrevivir al amparo del Régimen, pero en los últimos días, al señor Jefe de..., de eso, le han salido demasiadas chinas, dicho de otra forma, ha fracasado estrepitosamente en diferentes asuntos, que yo sepa en cuatro: ha perdido un espía, no encuentra al Obispo, encontró tres esbirros en un basurreo y su cuadrilla de asesinos más cualificada recibió una soberana paliza. Éstas y otras cuestiones de diferente índole envalentonan a la oposición interna, reabrieron viejos agravios y terminaron con un cruel enfrentamiento en el que salieron a relucir cuchillos, pistolas y granadas de mano”.

“De los datos que poseo se desprende lo siguiente: esta mañana, sobre las nueve, el Jefe Local ha celebrado una reunión en la que estaban presentes el Rector del Seminario, el Comandante de puesto de la Guardia Civil y el Jefe de la Policía como representantes de una parte; el Jefe de los sindicatos; Martín, el abad de la Orden más antigua; un empresario del transporte, un terrateniente y el Coronel Jefe del acuartelamiento Santa Bárbara como responsables de la otra facción. Los desacuerdos son aireados tan violentamente que las voces y los puñetazos en la mesa atraen al Legionario y su grupo, dando como resultado la muerte del terrateniente por heridas de bala y dos heridos por arma blanca, el Jefe de los sindicatos y el empresario. Media hora más tarde dos granadas de mano entran por una ventana de la sede falangista matando a tres mozalbetes del Legionario. Los soldados ocupan la ciudad y la Guardia Civil, merced a un pacto ‘entre caballeros’, apoya los movimientos de tropas”.

Ninguno de los presentes osa interrumpir el relato; alguno se acerca de vez en cuando a echar leña a la chimenea y el carburo hace mucho rato que dejó de lucir; lo sustituyen por candiles de aceite. La incertidumbre se adueña de ellos y un sinfín de preguntas les ronda la cabeza. Ha dejado de llover y el viento silba contra las paredes colándose por las rendijas de la puerta.

“A las tres de la tarde entran en la ciudad dos compañías motorizadas del Ejército y un grupo especial de la Guardia Civil. Al frente un general que se declara con mando en plaza destituye al coronel, encarcela a más de treinta personas y confirma en sus puestos, provisionalmente, al resto de los cargos anteriores”.

“Son hechos muy graves para analizarlos inmediatamente, es prudente asimilar la información, descansar -el día ha sido muy largo-, reflexionar y tomar las decisiones marcando cierta distancia con las emociones provocadas. Algunas preguntas y conclusiones son inevitables. No han detenido a ningún participante directo en los sucesos. Las tropas de refuerzo no proceden de sus lugares de origen, no habrían tenido tiempo de llegar, salvo que alguien tuviera previstos los acontecimientos y hubieran salido de sus cuarteles el día anterior. La Guardia Civil, cuyo Jefe participa en una facción, se alía con la contraria en los movimientos de tropas. Las intenciones bastardas del Comandante del puesto de la Guardia Civil están claras, al calor de la confusión ordena la detención de Juan Terrano; nadie se va a preocupar por un detenido más o menos. Él se lo ofrece en bandeja al excelentísimo Jefe local del Movimiento. Si consigue demostrar la implicación de Juan en actividades conspirativas en el extranjero, (y él se encargará de demostrarla), aumentará sus méritos en el mercado de compra-venta de espacios de poder. Pero Monseñor ha estropeado la operación, Aunque supongo yo que hacen falta más de dos guardias para llevarse a nadie de esta casa”.

El horror ha puesto su zarpa en los presentes y apenas sí son capaces de contestar con un susurro a las buenas noches de despedida que les dedica Pascual. No se saben derrotados, pero hay demasiados enemigos invisibles, demasiadas traiciones y todo el terror del mundo galopando por corazones sin freno y sin medida. “¡Qué Dios nos coja confesados!”, murmura el señor Obispo. “Con el puño cerrado contra el fusil, señor Obispo” contesta Poli entre dientes, mascando las palabras.

XIX

LA MISIÓN

El sexto día va a tener tres aspectos determinantes: la marcha de algunos habitantes de la Casona, la salida del sol y el desánimo de Juan Terrano. Tiene otra característica menos aprehensible pero no menos real: la perplejidad. La mujer del queso lleva mucho rato enredando con los cacharros de la cocina, cuando los demás se levanten estará preparado el desayuno. Estuvo presente en toda la conversación del día anterior. No le preocupa casi nada, esas son cosas de hombres y no tiene ninguna razón para dudar de ellos: nos sacarán de ésta. Ahora debe marcharse, habrá que preparar La Serradilla por si hubiera que llevarse a Juan y, además, tiene ganas de ver a su marido. No, no está preocupada. Es, solo, que a veces es mejor no saber nada, dejar que los otros jueguen a corregir la existencia. ¿Por qué tuvo que quedarse en la cocina? Era ese hombre, solo la influencia de ese hombre; habla como los ángeles y la niña está enamorada de él, recuerda sus ojos y el mimo con que se trataban; es mejor no saber nada, ahora es imposible olvidar y la inquina se le va colando al alma. Se está resabiando, que diría su marido. Se está ahogando de angustia, que diría ella. ¡Parir hijos para que ellos jueguen a la guerra! Pasar desapercibida, que nadie le pregunte, que no le hablen, que no le miren a los ojos, que la dejen en paz con su ignorancia y sus miedos.

El señor Obispo ve los suelos mojados, recién fregados, la lumbre rodeada de un sinfín de pucheros y calderos humeantes, las ventanas abiertas a la oscuridad y al aire fresco, un brasero en el que la mujer ha puesto brasas y sopla con un fuelle para extender la zona encendida; el aroma de café reciente es el único que sobresale de entre los penetrantes olores a sosa y lejía. Del exterior llegan los reflejos de un carburo moviéndose en dirección a las cuadras

donde Poli y Luciano van a aparejar las bestias para los viajeros. Monseñor ha decidido volver a la catedral, a su palacio prestado, a las conspiraciones domésticas, a la vorágine de una Iglesia sostén ideológico del terror. Nada volverá a ser igual. Luigi y Regino se quedan, han encontrado un sentido a su futuro. La mujer cierra las ventanas, pone un café al señor Obispo y se sienta a su lado saboreando otro; de pronto el silencio se rompe hecho trizas por los reniegos de Pedro, Monseñor no consigue interpretar las palabras dichas con fuerza, en dialecto y entre dientes, pero se comprende claramente el enfado. No quiere volver a las carboneras abandonando a Poli en este sitio. Cele tampoco quiere marcharse y apostilla sus quejas con algún insulto cariñoso.

Pedro entra en la cuadra a trompicones seguido de Cele. En una esquina, junto a los pesebres, Poli y Luciano están colocando la albarda sobre un asno, hará el trayecto hasta La Serradilla; al lado, dos mulas están preparadas para sor Mercedes y el señor Obispo. El resto de los animales piafa tranquilamente, repartido por una veintena de comederos. Comprenden las decisiones de Poli, saben que la Casona puede convertirse en un infierno y las vidas que dejarán atrás son tan suyas como las propias. Los argumentos se suceden hasta que Poli expone uno que resulta demoledor para ellos: “si las cosas se complican tendremos que trasladar a Juan, si su salud mejora, las carboneras es el mejor sitio para esconderlo y vosotros tendréis que tenerlo todo listo”. En silencio, los dos, se disponen a enjaezar sendos caballos. Al mediodía comerán en Fuente Fresno. Las estimaciones reales de Poli van por otro lado, está pensando que la situación de zona ocupada puede provocar una masacre -cuantos menos muertos mejor- y que con menos personas es más fácil una evacuación rápida.

Desayunar, preparar las alforjas, coger mantas e impermeables. Despedirse. En la perplejidad del sexto día va a acomodarse la congoja, instalada sobre el miedo recorre los oscuros corredores del corazón y se asienta en las neuronas. Algo parecido piensa Asunción, la curandera, intentando sujetar los delirios de Juan. Todo vuelve a ir mal: Juan tiene fiebre, Poli está histérico - algunas veces hasta los hombres se ponen histéricos-, la mujer sin nombre se marcha, sor Sargento también se va y sus vidas se quedan un poco más solas, un poco más abandonadas.

La salida del sol hace del sexto un día diferente. El agua permanece en matinales neblinas, en la tierra empapada, en los regueros, en las hojas de los árboles... Los tibios rayos de un sol incipiente entran por las ventanas, cruzan leves espacios de polvo y se aposentan en las raíces del pavor: en la cama de Juan Terrano. A su lado Chon y Poli luchan por combatir el desánimo y la desesperanza. Chon se afana en las heridas y Poli habla sin descanso buscando la palabra precisa, la expresión que toque la fibra sensible del enfermo. El extraño artefacto de arcilla blanca y cuero, que la curandera puso para sujetar los huesos rotos, deja a la vista llagas tumefactas impregnadas de unturas cubiertas por un amasijo de yerbas.

Las horas derraman una letanía de esfuerzos a media voz y traen la calma y cierta serenidad. No sucede nada nuevo y el enfermo se tranquiliza hasta niveles tolerables. Los demás aprovechan para reorganizar la vida en la hacienda: preparar leña, limpiar las cuadras, repasar el estanque, llenar la despensa y el henal. Chon, por impaciencia o por necesidad de saber en qué están metidos, lee los papeles que los contrabandistas trajeron del exilio. Encuentra abundante información sobre política interna y externa, relacionada con el régimen y la sucesión monárquica, y una carta en la que, entre otras cosas, se lee lo siguiente:

“Las relaciones mantenidas con el Generalísimo hacen necesaria una reunión de trabajo entre las dos partes que permita aclarar determinadas situaciones. Hemos pensado que usted busque un sitio adecuado para celebrarla, que reúna las máximas condiciones de seguridad posibles, cercana a la frontera y en un clima imprescindible de discreción. Los resultados de su gestión debe comunicarlos por los medios habituales. En lo que a nosotros concierne, estamos haciendo la labor diplomática necesaria para que se le dé trato de representante oficial de la Corona.”

Asunción prefiere no entender de política, se ha pasado la mitad de la vida intentando ignorarla y todos sus años sufriendola, pero esto le parece algo serio, no tan serio como lo de Poli o Pascual, pero serio. Sus conclusiones se resumen en pocas palabras, por esto quieren matar a Juan. El enfado le lleva a decidir que tiene que hablar seriamente con los hombres, hay demasiada gente jugando con la muerte. En la perplejidad y la congoja del sexto día se abre una brecha a la intuición de una mujer.

LOS VISITANTES

El estanque tiene adosada una pequeña pileta de cemento, recoge el agua del rebosadero y, en esta ocasión, le sirve a María para colocar una tabla de lavar; arrodillada sobre la tajuela va deshaciendo el montón de ropa sucia y frota con jabón pieza a pieza, restriega la tela contra la tabla, la retuerce para escurrirla y va llenando el barreño. Agua, esfuerzo y jabón. Manos ateridas y rodillas entumidas son el resultado de un trabajo al que no está acostumbrada, pero le gusta hacerlo, es una aportación al bienestar común y se siente satisfecha con los dolores que provoca el trabajo físico; cansada hasta el agotamiento es más fácil olvidar la sensación de estar en capilla, de esperar no se sabe qué, algo que depende, en cualquier caso, de oscuras, siniestras e inconfesables intenciones. La notable mejoría de Juan alivia un tanto la situación, pero sigue siendo terrible no ver la cara al enemigo, no saber, aunque lo intuya, quiénes son y qué demonios quieren de ellos. Pascual significa algo nuevo, diferente, y su presencia, o su simple recuerdo, empieza a ser un bálsamo para los ratos negros, los suyos y los de los otros.

Esta mañana, la número quince desde la llegada de Juan lesionado, le pareció oír a Chon salir de la habitación de Poli. Ojalá existiera algo entre ellos, razona María para sus adentros. Merecen ser felices y los tiempos que corren aconsejan agarrar la ocasión por los pelos. Es muy temprano, la oscuridad es casi absoluta; el silencio, de campo santo. El ligero chasquido de unas bisagras reclama su atención, se levanta semidesnuda y observa, en ambas direcciones, las profundidades del pasillo. A su izquierda, en la habitación de Poli, una rendija luminosa denuncia la existencia de un candil encendido; a su derecha, mientras mira la luz, otra puerta se cierra con menos cuidado que la vez ante-

rior; desde hace unos días aquel es el cuarto de Asunción. La complicidad asomó a sus ojos durante el desayuno.

María permaneció un buen rato dedicada a la doble tarea de lavar la ropa y deambular por un sinfín de pensamientos; la mayoría de ellos, incoherentes, pasan por su cabeza sin que sea capaz de atraparlos. En realidad es su propio inconsciente quien los expulsa pretendiendo que ninguna idea le robe la imagen de Pascual y los sueños que pretende compartir con él. Es bonito pensar en alguien en quien poder depositar la esperanza. Cuando termina su labor se endereza desentumiendo los músculos como puede; el barreño al cuadril y enfilarse el camino de la Casona, donde tenderá la ropa. El día es bueno, pero los posibles chubascos impedirán que la ropa se seque en condiciones, prefiere tenderla en el interior, donde el calor de las chimeneas dará su fruto con más seguridad. Su mirada se posa distraída en un grupo de personas que se acerca a los límites de la finca. Un grito se ahoga en su garganta, deja caer el barreño y corre hacia la casa.

La presencia de los extraños ya ha sido descubierta y la actividad se advierte en distintos lugares: en las cuadras, Regino y Luciano preparan varios caballos con sillas de montar; en la habitación de Juan, la curandera y Luigi Peri se afanan en vestirle para una casi inevitable huida; la cocina es el escenario donde Poli se “pelea” con las alforjas, intentando guardar lo imprescindible para una galopada por los vericuetos de la sierra. María entra corriendo en la cocina, se apoya en una ventana, y minutos más tarde observa a un hombre acercándose confiadamente. ‘El General quiere hablar con Juan Terrano, no deben tener ningún temor, no alberga ninguna intención que pueda perjudicarles, hablará con él en la casa o en cualquier otro lugar que el señor Terrano proponga’. Estas consideraciones y el convencimiento de que los caminos están vigilados, les lleva a aceptar la presencia del visitante.

El General es apuesto, es amable, tiene un aire de suficiencia que a María le hace compararle con una víbora. No sabe por qué no le gusta, pero la sensación está ahí, inquietante, pulsando todos los resortes de la más profunda alarma y obligándola, tampoco sabe por qué, a esconderse en la leñera, donde podrá escuchar todo lo que se hable en la cocina. Allí, en la mecedora, junto a la lumbre, han colocado a Juan, a solas con el General. Un muestrario de medallas y sonrisas se sienta enfrente, el brillante uniforme parece representar la

capacidad de los niños para jugar a la guerra, para jugar a la muerte. Desde su escondite, María escucha los saludos y las zalemas del visitante, las palabras le llegan con claridad y, corriendo algún riesgo, puede ver casi toda la escena. Una idea abstracta le ronda la cabeza, la inquietud sube de tono; se obliga a concentrarse; sabe que algo no funciona, no está en su sitio. Concentrarse. Juan y el General. ¡Eso es! ¿Dónde están los demás? ¿Por qué los han dejado solos?

Concentrarse. ¿Qué están diciendo? El discurso se le escapa por momentos anulado por sus pensamientos. El General habla de los acontecimientos de las últimas semanas, pero a María le parece que la historia es diferente, ella la conoce bien, Pascual la contó con detalle. El General debe estar hablando de otra cosa, habla de rojos, de masones, de hordas extranjeras... ¿A quién pretende engañar? Concentrarse. Otra parte de la conversación va a captarla mejor, años más tarde repetirá la mentira mejor urdida y argumentada del régimen. Según María el militar dijo: “estamos construyendo el sistema más perfecto y democrático del mundo, hemos eliminado los elementos podridos de la sociedad y vamos a edificar desde abajo, desde el pueblo. Nuestra democracia se basa en los tres pilares esenciales de la organización humana: familia, sindicato y municipio. La Iglesia garantiza con su participación activa, que todo se hace en nombre de Dios y su santísima voluntad. Por otro lado, los grandes logros internos y los éxitos conseguidos en las relaciones internacionales, nos permiten asegurar que estamos en el buen camino y que el mundo nos necesita. Nosotros somos el último bastión contra el anticristo. Para continuar con el camino emprendido necesitamos contar con los mejores hombres de esta tierra y, no oculto nada, usted entra en los planes del Generalísimo para formar parte del bloque dirigente; se ha pensado en proponerle como Procurador en Cortes, donde podrá defender sus legítimas ideas monárquicas”. De lo que María no suele hablar es de la despedida. No se atreve a mirar, pero el taconazo y las palabras “Por Dios, España y su Revolución Nacional Sindicalista” le llegan con nitidez, el brazo en alto con la mano extendida es fácil de imaginar y el resto son mil demonios de rabia, miedo y dolor corriéndole por las entrañas y aumentando el odio y la desesperanza.

Cuando la contrabandista abandona su escondite Juan permanece con la barbilla apoyada en su mano abierta y el codo en el brazo de la mecedora,

ensimismado. De la despensa sale Luciano guardando un cuchillo en la funda y a través de la ventana, contra las luces del mediodía, se recorta la silueta de Poli con un fusil en las manos. María se dice mentalmente “no le teníamos tan abandonado”. Juan parece volver de lejanas y perdidas regiones de la mente. Se hace preguntas que no esperan respuesta: ¿dónde estamos? ¿Qué país es éste?

Este día, el número quince desde la llegada del herido, va a ser testigo de otros dos acontecimientos que enervan los ánimos de todos los habitantes de la Casona: la muerte de don Alberto y la vuelta de Pascual.

Comieron con cierta calma. La visita del General, piensan, puede suponer que les dejaran en paz, al menos hasta que Juan dé una contestación a la propuesta que le han hecho, una contestación que nadie le ha pedido: las decisiones de la jerarquía se acatan y no hay nada que discutir. María se encuentra especialmente observadora y concluye que la calma está solo en las palabras, es demasiado evidente para que sea real. ¿Dónde está la anormalidad?, se pregunta. Concentrarse. Todo está bien. Juan se defiende con las muletas, Luigi se ocupa de las labores domésticas que realizaba la mujer del queso; Poli ostenta un aire soñador que aumenta su encanto, los chicos gastan bromas y ríen constantemente; la curandera..., ¡ahí está la diferencia! A Chon se la ve a ratos irascible, a ratos ausente. Por eso la solemne declaración de la curandera no la sorprende: “güelvin los demonios” dice, y no hubo tiempo para las reacciones; por las corralizas se acerca un desconocido sujetando una bicicleta por el manillar. El recadero del señor Obispo explica con entrecortadas frases: “don Alberto, el médicu, morió anoche, lo terraron esta madrugá, hay revolera en la ciudá, don Luigi debe golver”. Luigi Peri parte inmediatamente prometiendo transmitirles información en cuanto sea posible.

La visita de Pascual se les presenta con unos tintes dramáticos mucho más profundos de lo que cualquiera de ellos hubiera podido imaginar. Llega anocheado, con la mirada perdida, como buscando enemigos que no ve, un rictus de dolor cruza su cara, no articula una sola palabra y la saliva se le escapa por la comisura de los labios; incapaz de hablar, Poli se abraza a él con lágrimas en los ojos y los demás permanecen en sus sitios paralizados por el terror. Pasados los primeros instantes de estupor, María se acerca a los dos hombres, separa con delicadeza a Poli y se abraza a Pascual intentando dulci-

ficar sus pesares. Han de pasar varios días de cuidados antes de que consiga que cuente su experiencia, y muchas semanas para que vuelva a ser el mismo. ¿Qué hay que hacer?, se pregunta María. Las respuestas, inesperadamente, las da Juan. “Alguien tiene que ir a Berrocana, debe hablar con el señor Obispo, él está en mejores condiciones que nosotros para saber lo que ha pasado en el manicomio y en el hospital, a Pascual hay que llevárselo de aquí inmediatamente, es posible que lo estén buscando, las carboneras de la Marañosá podría ser el sitio más seguro pero, por su estado, estará mejor en la Serradilla, Manuel el quesero y su mujer lo cuidarán bien”. Ahora es Juan el que pregunta, siguiendo el hilo de su discurso, dirigiéndose a la curandera ¿Se pondrá bien? ¡Se pondrá!, contesta ésta con determinación, mientras atiende a la mezcla de yerbas que prepara en un puchero con agua hirviendo. María también ha encontrado una respuesta: ‘donde vaya Pascual, ~~va ella~~ voy yo’.

Aquella noche, si alguien hubiera vigilado la Casona, habría observado con extrañeza que dos sombras desafiaban el toque de queda moviéndose en dirección a la ciudad. Más normal le habría parecido la luz que, a largos intervalos, se encendía y se apagaba en la habitación más alta, como si alguien entrara y saliera de la habitación con un carburo en la mano, pero esa luz va a anunciar otras luces, otras señales, y largas caminatas nocturnas para garantizar que determinados caminos serán seguros el próximo amanecer.

AGRAVIOS

Regino , a pesar de la proximidad de tantos días, no está acostumbrado al trato directo con Poli, por eso, camino de la ciudad, se le nota cierto retraimiento, como encogido, buscando la manera de salvar las distancias generacionales sin faltar al respeto que le tiene y sin correr el riesgo de parecer un crío. La edad le juega malas pasadas, no se admite fácilmente que él pueda dar opiniones maduras y responsables, y cuando a los mayores no les queda más remedio que aceptar que algunas veces tiene razón, lo achacan a la casualidad. No es que a sus dieciocho años tenga trabas distintas a las que tienen otras personas de su entorno, no es exactamente eso, pero cuando le dicen cosas como “eso es de la edad, a tu edad qué vas a saber, ya te enseñaré la vida, cuando seas mayor”, se rebela; hasta su familia, nada conservadora, mantiene que un muchacho no se convierte en hombre hasta que no va a la mili, qué quieres..., le da rabia. Uno de esos recuerdos machacones, que aparecen constantemente sin que venga a cuento, es el del día que su padre le pilló fumando, hace unas cuantas semanas, la bofetada le escuece cada vez que lo piensa, y sus palabras ‘cuando vayas a la mili podrás fumar’, las tiene grabadas en lo más hondo. No es que a Poli le tenga ese respeto miedoso que le produce su padre, no; él nunca ha dado muestras de esa autoridad, sin ton ni son, de que hacen gala casi todos los mayores; pero no es como con los demás, piensa Regino, bueno..., con las mujeres tampoco es lo mismo.

Su familia vive en los alrededores de la Catedral, en un viejo torreón habilitado para viviendas de mala calidad: dos estrechos ventanucos apenas si permiten leves anuncios de luz natural y una destartada escalera, de carcomidos tablones, produce más sensación de hacinamientos prehistóricos que de habitáculo del siglo XX. Allí pasa Regino algunas veladas, aunque, desde hace varios años, su vida transcurre en el Palacio Episcopal como chico para todo. Con la llegada del nuevo Obispo su vida cambió. Sigue comiendo, durmiendo y

soñando entre los enormes espacios del conjunto catedralicio, pero le obligan a estudiar. Una monja le enseña “las letras” y un fraile de San Agustín se empeña en demostrarle la bonanza de los números y otras manifestaciones científicas.

Cuando oyó hablar de ir a Berrocana se ofreció voluntario, nadie conocía la población mejor que él, y podría saber la opinión de su padre sobre su marcha, si es que se ha dado cuenta, nueve hijos son una buena razón para no preocuparse de los que sobreviven sin su ayuda.

Poli no lo duda, el chico necesita que se le demuestre confianza y esta es una ocasión tan buena como otra cualquiera. Eludir la ronda no entraña ninguna dificultad, más difícil le parece a Poli entrar en el Obispado. Sin embargo, el chico demuestra lo que se aprende deambulando por la soledad de muchas vidas, incluyendo, posiblemente, la suya. No tiene vacilaciones: llega a un portón lateral situado en las murallas, introduce una vara de olivo entre el marco y la puerta, levanta la trinqueta, y en menos que se tarda en contarlo, pisan las losetas de un patio trasero de las dependencias episcopales. Dos minutos más tarde están sentados junto al señor Obispo.

La tristeza impregna cada uno de los rasgos, gestos y palabras del Prelado. “Hace mucho tiempo que perdí la cuenta de los amigos que dejé en el camino”. Poli y Regino no piensan en interrumpirlo, están impresionados y después de los saludos y de contarle la vuelta de Pascual dejan la iniciativa al señor Obispo, que desaparece unos minutos y luego sigue hablando “He pedido a sor Mercedes que vaya al manicomio y averigüe lo que ha sucedido. A través de conventos, iglesias, pasadizos y otras dependencias eclesiásticas, puede llegar casi sin pisar las calles. Las Hermanas de la Caridad dedican su vida al cuidado de los enfermos, aliviando sus pesares con dedicación cristiana, en silencio, sin hacerse notar y sin participar en las decisiones médicas o políticas”. Si Pascual pudiera escucharle, seguramente tendría una opinión bastante diferente; pero eso, por ahora, no lo sabe el señor Obispo, y Poli o Regino tampoco están en condiciones de contradecirle. “En cualquier caso es casi imposible que ellas ignoren algo que acontezca en su reducido mundo de influencias. Mientras la hermana regresa les pondré al tanto de otros asuntos”.

Los ‘otros asuntos’ son la muerte de don Alberto. Otros asuntos que a Regino le parecen uno solo, y no acaba de comprender el plural a pesar de

seguir atentamente toda la explicación. La historia le parece lineal y sencilla, terriblemente sencilla. Al principio se sentía algo nervioso entre los dos hombres, aunque le trataban como a un igual, o precisamente por eso. No distraerse. ¿Dónde está el plural? ¿Tendrán razón algunos mayores y todavía no es capaz de comprenderlo todo? No es que Regino no comprendiera, es que, en este caso al menos, no interpretó los aspectos colaterales que pueden surgir de una cuestión tan simple como una muerte, algo que él, en los tiempos que corren, ya debería estar en condiciones de saber. Estar atento, no distraerse. Ha dicho que el médico murió de las secuelas de una paliza, once días después de recibirla; que los fascistas se llevaron su cadáver y lo enterraron en secreto, sin duelo, capilla ardiente ni actos religiosos que dignifiquen el final de una existencia. ¿Qué puede importar eso? Todo, se dice el hijo del campanero, es fácil, ¿no dice la Biblia que ojo por ojo y diente por diente?

Regino no, pero Poli y el señor Obispo sí conocen las implicaciones de un acto tan previsible como morir de una paliza. Implicados están el Jefe Local del Movimiento y el Legionario con su banda de fascistas; implicados, ambos, en la muerte y en el entierro clandestino; también están implicadas la desazón y la rabia que va calando en la impotencia de cientos de personas necesitadas de acabar con la barbarie. Por eso Regino no da ninguna importancia a la declaración del prelado “mañana celebraremos una misa solemne por el alma de don Alberto”; pero Poli sí, a Poli se le ponen los pelos de punta, él sabe que esa misa es la protesta de la Iglesia contra la injusticia de unas autoridades intocables, que, además, se da en un momento especialmente delicado: toque de queda, ejército en las calles y mandatarios locales consolidados en el poder como premio por sus actuaciones en las últimas reyertas. Las consecuencias de una acción tan simple como que un obispo celebre una misa son imprevisibles dentro y fuera de las instancias religiosas. Si por fin alguien va a hacer algo, bienvenido sea, razona el carbonero.

Mientras esperan a sor Mercedes y el señor Obispo se ausenta de la habitación, Poli, inesperadamente, empieza a hablar de todo y de todos. Fechas, nombres, hechos centrales y detalles mínimos, consecuencias inmediatas y posteriores, participación del poder en hechos delictivos, persecuciones... A Regino se le aparece por primera vez, con cientos de aspectos, la crudeza de una realidad mucho más profunda y compleja de lo que nunca se había

atrevido a imaginar. Un escalofrío le recorre la columna vertebral al mismo tiempo que se rompen todas las distancias, generacionales o no, entre el hombre y el muchacho. El joven acaba de aprender a reconocer el miedo propio en la experiencia de otros miedos.

La llegada del Obispo, acompañado por la monja, interrumpe el monólogo que, por otra parte, ya había agotado todas las emociones posibles. La tristeza del primero y la agitación de sor Mercedes explican por sí mismas la indignación que provoca la nueva página escrita en la historia del horror. La monja cuenta que sobre las diez de la mañana el Jefe Local del Movimiento se ha presentado en las oficinas del manicomio: habla durante diez minutos con el médico responsable y se marcha; poco después dos cuidadores psiquiátricos colocan una camisa de fuerza a Pascual y lo conducen a la sala de sesiones donde le aplican un tratamiento de choque con “corrientes” hasta dejarlo totalmente idiotizado y atado en una cama. La parte que peor conoce es la relativa a la fuga, parece que dos internos con fuertes desequilibrios mentales forzaron la puerta de la celda donde se encontraba Pascual, lo desatan, lo conducen al exterior y provocan tal caos que nadie piensa en perseguir al huido hasta muchas horas más tarde, cuando éste ya hace mucho tiempo que abandonó la ciudad. Todavía están intentando apagar uno de los fuegos provocados. Ninguno de los dos internos hizo esfuerzos por escaparse.

El hijo del campanero ahora se siente seguro, capaz de sacar sus propias conclusiones sin temor a que nadie descubra inmadurez en sus comportamientos. Se queda con dos ideas centrales: el Jefe del Movimiento está detrás de todo esto, y, el jefe del Movimiento, ‘ha colmado la lista de los agravios que le vamos a permitir’. Este pensamiento, inconscientemente expresado en voz alta, provoca una sonrisa cómplice de Poli, un rictus doloroso en la cara del Prelado y un rápido movimiento de la mano derecha de sor Mercedes trazando la señal de la cruz sobre la parte superior de su cuerpo.

De regreso a la Casona, -para informar a los demás, dormir un rato, preparar la marcha de Pascual y regresar a la ciudad- el carbonero va pensando que ha hecho falta un obispo y otras muchas cosas para obligarle a pisar una iglesia, y que harán falta muchos obispos para impedirle que mate al Jefe Local del Movimiento.

LA REVUELTA.

El día número dieciséis de la estancia en La casona podría parecer un día vulgar para cualquier observador que pase por alto los preparativos que se están haciendo desde mucho antes del amanecer y para alguien que no conozca la opinión de Juan: *la vulgaridad solo existe en el corazón de los débiles*. Opinión avalada por la azarosa existencia que se ha visto obligado a llevar en los últimos años. Hoy, con un estado de ánimo rayano en la ira, se tira de la cama dispuesto a comerse el mundo y, si se pone a tiro, a alguno de los asesinos que pululan a la poderosa sombra del Régimen. Baja las escaleras sujeto trabajosamente a dos muletas guiado por la luz que sale de la cocina, detrás de él entran Poli y Luciano, soplan sobre los rescoldos de la chimenea y pocos minutos más tarde arde la leña provocando un baile de sombras. El piafar de los caballos, atados en el corral, les anuncia la inminencia de otra despedida, y el canto de los gallos permite sospechar que la negrura de la noche puede convertirse en un nuevo amanecer. Preparar el desayuno, alforjas, mantas para el viaje, no son tareas difíciles, lo difícil es asumir la imagen de Pascual conducido por María como si fuese un niño; lo difícil es contemplar el llanto sordo de María, lo difícil es..., 'maldita sea'. La maldición de un reniego no sosiega el ánimo, pero 'espabila' la intención.

El camino de las lomas altas es seguro hasta La Serradilla y no es aconsejable el del río, pregona la luz encendida en la majada de Ambrosio. Mucho antes de que salga el sol el pastor enciende todos los días un carburo que se mueve de una choza a la otra, de una ocupación a otra. Hoy, la luz está más quieta que de costumbre y es más roja que de costumbre; pero nadie tiene motivos para preocuparse de por qué Ambrosio, en lugar de un carburo, ha en-

cendido un farol de aceite, y Juan tampoco se preocupa, ahora sabe que Luciano, María y Pascual, pueden llegar a su destino sin ningún tropiezo. De todas formas, el chico, sigue vigilando la serranía; podría aparecer otra luz en la majada de Casiano, o en las porquerizas del Cortijal, o apagarse la de las carboneras las posibilidades son numerosas y cada una de ellas dirá lo que se necesita saber.

La cautelosa partida de los viajeros, silenciada por retales sujetos a los cascos de los caballos, que no hay que tentar al diablo, no sirve para aplacar la ira de Juan; su mal disimulado enfado le conduce a una actividad frenética: tira las muletas, las recoge, anda con las dos, con una sola, corta la caña de una bota, improvisa un bastón. No está dispuesto a quedarse enclaustrado ni un minuto más, pero tampoco le parece la mejor opción que lo tengan que llevar a cuestas. Cree que con el bastón podrá andar, el dolor de los primeros momentos se calma poco a poco y, cuando Luciano y Poli se disponen a marchar a Berrocana, se considera listo para acompañarles. Como a pesar de los riesgos que entraña su actitud no encuentran la forma de disuadirle, deciden un ligero cambio de planes, se llevarán un burro para que, al menos, pueda ir montado la mayor parte del trayecto.

El tímido anuncio de la amanecida les sorprende junto a las murallas, dejan el asno suelto en la vega y se cuelan por el portón que le enseñó Regino a Juan; cruzan descaradamente las dependencias del obispo y se acercan por la plaza a las puertas de la catedral que permanecen abiertas, a pesar de lo intempestivo de la hora. Dentro encuentran a Luigi Peri colocando flores y velas en el altar mayor, les acompaña al Palacio Episcopal, esta vez por un dédalo de pasillos, donde esperan a que llegue la hora de la misa anunciada por el señor Obispo y les hace partícipe de su principal inquietud: las presiones y veladas amenazas ejercidas por las autoridades locales para que no se celebre el acto.

Juan no se siente especialmente culpable de las desgracias que han ido acumulándose en su entorno, pero a veces piensa que hubiera sido mejor abandonar el país, ir a engrosar las filas de los miles de paisanos que pisan los inhóspitos senderos del mundo y no tener que ser testigo de las indignidades que se están cometiendo. En estas horas de espera obligada está empeñado

en repasar mentalmente los momentos críticos de su existencia para buscar los errores cometidos. La estancia en la Serradilla, su etapa de alcalde, ocho años de cárcel, quince días de cárcel después, dos muertos cerca de la Raya, huida a la sierra, embestida del jabalí, ahora otro muerto y Pascual destrozado quizá para toda la vida, dos contrabandistas perseguidos, los monárquicos empeñados en hacerle partícipe de una política en la que no acaba de creer y los jefes del Régimen porfiando por una colaboración que ya le costó bastante cara y que socava todos sus principios morales e ideológicos. Demasiadas cosas en juego, demasiadas vidas para cargar a sus espaldas y en su conciencia. Le consuela la amistad de los que ayer eran unos desconocidos y hoy, son parte esencial de sus vivencias. 'Lo hecho, hecho está'. 'Si no fuese por este maldito dolor....' El recio sonido de una campana atrae su atención; uno, dos... interminables segundos y se repite el sonido de bronce, pero ahora son varias campanas al mismo tiempo, al tercero se suman algunas más y al cuarto toque -provocado al desaparecer el eco del anterior- todas las campanas de la ciudad están tocando a muerto: están doblando en memoria de don Alberto.

A punto de dar las diez entran en la Catedral, la gran nave aparece casi llena de personas, la mayoría mujeres. Mujeres a las que ayudó a parir don Alberto, curó las enfermedades de sus hijos, de sus maridos y, de alguna forma, puso remedio a pequeñas y grandes miserias tranquilizando la ignorancia. Mujeres, y algunos hombres, que representan la indignación de familias pobres y ricas, poderosas y abatidas; mujeres, y algunos hombres, a los que les gustaría redimir el letargo de un grito que dijera ¡basta ya! Poli y Luciano ayudan a Juan, lo sientan en el primer banco y se sitúan uno a cada lado. A las diez en punto, el silencio, el más absoluto de los silencios, segundos de angustioso silencio, hasta que el roce de las ropas talaras va extendiendo un rumor desde la sacristía hasta el altar mayor; una docena de sacerdotes sigue al señor Obispo, todos vestidos con los ornamentos de los grandes rituales festivos.

El inicio de la misa no calma la inquietud de los presentes. Juan intuye que el desafío lanzado por el Prelado va a enconar muchas voluntades, al menos unas cuantas, lo suficientemente influyentes como para que - las reacciones- sean terribles. Si se hubiera limitado a un acto íntimo en la Iglesia lo hubieran tolerado; pero que doblen todas las campanas, en un momento como

este, no es fácil que lo digieran. La voz fuerte y serena del señor Obispo apaga el eco de las plegarias y los cantos, sube desde el púlpito a las estilizadas bóvedas góticas y colma de fervor el corazón de los presentes. Ahora sí ha desaparecido la inquietud, ahora sí, en este momento, medidos por las indignadas palabras hay seguridad, piensa Juan, mientras intenta retener y analizar las vibrantes frases que van surgiendo de la tribuna: “Nos han hurtado el derecho a enterrar dignamente a nuestros muertos y quieren hurtarnos la justicia terrenal permitiendo que los asesinos pisen libremente las calles de este país. Hemos elegido una celebración de fiesta patronal para que nadie equivoque nuestras intenciones, estamos aquí para protestar, para reclamar justicia y, también, para rendir nuestro tributo cristiano al recuerdo de un amigo vilmente asesinado”. Quince minutos le bastan al orador para contar lo que todos los presentes saben o sospechan e inicia una oración por el eterno descanso de su alma.

¿No ha habido un cambio brusco en su expresión? Se pregunta Juan cuando el señor Obispo abandona el púlpito y se dirige hacia el pasillo central. Un ligero murmullo de conversaciones le obliga a volver la cabeza, marciales y aguerridos soldados y guardias civiles armados toman posiciones alrededor de los bancos ocupados por los feligreses. La inquietud y el miedo vuelven a Juan. ¿Cuándo acabará esto? ¿Qué va a pasar ahora? ¿Están cantando? ¡Están cantando! Las melodiosas voces del coro entonan un salmo de alabanzas. La palabra ‘alabanzas’ le sugiere venganza y la musita entre labios, la segunda vez un poco más fuerte, la tercera..., la tercera es un grito de cientos de gargantas atronando la Catedral. Culatazos y empujones, entre órdenes chilladas y alaridos, convierten la escena en un infierno.

Venga a nosotros tu reino... La oración va acallando el tumulto. *El pan nuestro de...* los militares se detienen. *Dánosle hoy...* Las miradas se vuelven al púlpito, a Juan Terrano, sujeto contra la balaustrada, contra el bastón y contra el dolor de su pierna. *Así como nosotros...* Todas las voces en la oración, los fusiles quietos y el señor Obispo sujeta a Juan Terrano que se derrumba. *Amén.* Juan, sentado en la escalera, observa al Prelado hablar dirigiéndose a la desafiante figura del General, situada al fondo. “Este no es lugar para las armas, es un sitio de oración. Les conmino a que salgan inmediatamente del

recinto sagrado”. Comprende lo crítico de la situación y cierra los ojos murmurando una plegaria. Al abrirlos ve a los soldados y guardias civiles desfilando hacia la puerta.

Hasta su pierna parece suspirar de alivio.

Juan Terrano, semiconsciente, es conducido por una serie interminable de pasillos y corredores, le parece oír doblar las campanas y no sabe si está sucediendo, o son los recuerdos azuzados por el dolor físico y por el otro, el dolor del miedo. Entre Poli y Luciano le contarán luego: “Salimos del edificio por un portillo del Palacio, en la Plaza de la Catedral estaban los soldados dejando salir a las mujeres y maltratando a los hombres, a culatazos y empujones los iban metiendo en camiones. Nos dirigimos a las mujeres, algunas agachan la cabeza y se van sin escuchar, otras deciden actuar con nosotros. Pocos minutos más tarde vuelven a doblar las campanas de todos los campanarios. Una orden resuena por las esquinas ‘que callen esas campanas’, y callaron, dos soldados en cada torre son un buen argumento; casi al mismo tiempo, doscientas personas se manifiestan en la Plaza Mayor. Los soldados reciben la orden de disolver la manifestación y detener a los cabecillas, pero no tienen suficientes efectivos. Cuando llegan a la plaza no hay nadie y las campanas doblan de nuevo. Esto se fue repitiendo a lo largo del día, los chiquillos se encargan de las campanas y las mujeres de la protesta en las calles. Al caer la noche los rebeldes son miles, las macetas se descuelgan de los balcones, las piedras vuelan por las esquinas y los militares se ven obligados a recluirse en el Cuartel. Las campanas..., siguen doblando. Nos llegaban comentarios de negociaciones con el General de las que nada sabemos, ni quienes las sostienen ni lo que hablaron; pero a las doce de la noche, todos los detenidos, se presentan en las puertas del Ayuntamiento. Media hora más tarde las calles aparecen solitarias y, por ahora, fin de la revuelta y estrepitoso fracaso de los defensores del Nuevo Orden. Falta saber si son capaces de digerirlo y cuáles van a ser las consecuencias futuras”.

Al tercer día el Ejército se marcha, la Guardia Civil, reforzada, mantiene una vigilancia cautelosa y discreta, las autoridades locales confirmadas en sus cargos y las bandas fascistas armadas y en sus puestos.

CUARTA PARTE

LA DEHESA

‘Jici lu que quisi jacer, jeché la bulla y me la jecharon a mí’

(Pedro, el larguirucho)

CONFIDENCIAS

Las semanas pasan en la Casona. dejando cierta idea de normalidad en la vida de sus habitantes, sus pocos habitantes. Luciano efectúa frecuentes viajes a la Raya, a la Marañososa, a la Serradilla. Poli atiende la hacienda, Juan se ocupa de su propia recuperación y hablan, sería imposible no hacerlo, viven juntos durante el día y la noche, compartiendo el pan, la sal y las noticias que les llegan del exterior. Hablan de la normalidad en Berrocana: palizas, incendios, amenazas, enriquecimiento del Jefe del Movimiento. Juan cuenta sus extrañas relaciones con la Corona y con la Dictadura; sus dudas a la hora de aceptar compromisos mayores, cree que, en cualquiera de los casos, puede estar ayudando a perpetuar la misma barbarie. Tampoco está dispuesto a no hacer nada. Poli explica su apoyo a una guerrilla que se extingue poco a poco, acosada por el Régimen y por el hambre, atrapada entre el fascismo y el exilio, un exilio que no tiene sitio para ellos; una guerrilla compuesta de hombres y mujeres que ya no amenazan nada y solo pretenden vivir en paz y en libertad, gozando de territorios donde solo llegan el águila y la cabra. El tiempo y las explicaciones les va haciendo cómplices de las mismas ideas; comparten sin ninguna diferencia es la necesidad de vengarse, al menos, de las jerarquías locales.

Los primeros días de abril traen la exuberancia de una primavera lluviosa y la presencia de los carboneros. Manuel, Cele y Pedro llegan alegres y

cansados, “renegríos” por el contacto salvaje con la tierra, el aire y el fuego. Ansiosos de saber y ansiosos de contar. La temporada ha terminado hasta el otoño, ya solo queda vender el carbón y retener la memoria. No olvidar. Los pequeños incidentes cobran una dimensión enorme vistos así, desde lejos. Manuel los narra con cierto tono dramático, lo intenta al menos, porque Pedro siempre encuentra la chispa que convierte cualquier asunto, por serio que sea, en una juerga, destrozando las buenas intenciones de Manuel que, al final, acaba desternillado de risa como los demás. Durante la velada cuentan los malos momentos vividos en la Marañosá, las escenas de caza furtiva, la limpieza en la cueva y el duro aprendizaje de los chicos de Cipri. Para Pedro los malos pasos son los de Manuel que se dio una culada. La caza fue de una zorra que les robó la cena, limpieza en la cueva tuvieron que hacer por culpa de una mofeta que lo apestó todo y la dureza del aprendizaje son las bromas que gastaron a los muchachos, para terminar embromados ellos mismos.

Juan y Poli hablan de sus planes sin ningún tipo de reserva, han decidido aceptar el encargo del exilio -buscar un sitio seguro para una reunión-, y matar al Jefe Local del Movimiento, cuando la ocasión sea propicia . “A esi lo apiolu yo”, es la respuesta de Pedro mientras los demás asienten con la cabeza. Pedro, el Larguirucho, tiene otras respuestas que pueden solucionarles una parte del primer problema. Conoce las Cabezas, una dehesa situada en el corazón de las Vegas Altas, bien comunicada; el ferrocarril pasa por su término y en tiempos, cuando treinta colonos atendían los regadíos de tabaco, pimiento y algodón, funcionaba un apeadero; la calzada romana, todavía transitable, conduce directamente a la frontera sin cruzar ningún pueblo, con buenos caballos unas cuatro horas de marcha; desde el este llega una pista utilizable por coches, conecta con las grandes carreteras y termina en la puerta del caserío. El bosque es inmenso a pesar de las sucesivas ampliaciones del regadío, miles de encinas centenarias cubren una tierra fértil, llana y limpia de abrojos y maleza; por el norte es diferente, a unos cinco kilómetros de la casa termina la gran encina y empieza el bosque cerrado, con árboles más jóvenes rodeados de jara, brezo y carrascos que hacen difícil caminar por esos andurriales, metidos ya en las primeras insinuaciones montañosas de la Cordillera Central. Al sur, junto al río, está la zona regable, una cruel y desierta herida salpicada de ver-

de. En ella vivió Pedro una primavera y su verano, va para tres años, trabajando para un mediero; allí conoce a otro Pedro, el guarda, al que le regala una hermosa perra, Reya, de la que se desprende por que 'el campo abierto es el único sitio bueno para un perro'. Del dueño no sabe mucho, procede de las Vascongadas, compró la dehesa hará unos dos años, mantiene poco regadío, alfalfa y algo de huerta y una ganadería más bien exigua. Da la impresión de que haya comprado la heredad exclusivamente para la caza; corzo, gamo, liebre, conejo y jabalí son piezas abundantes.

Establecen un plan. No un plan concienzudo, trazado detalle a detalle; pero sí un plan genérico, para explorar, para ver qué pasa. Tampoco pueden hacer mucho más. De la puesta en marcha se encargan Poli, Juan y Pedro. El Larguirucho hace lo que casi todos los años por estas fechas, pedir trabajo para la temporada en una de las explotaciones agrícolas; las Cabezas es un sitio tan bueno o tan malo como otro cualquiera. Se presenta una mañana, el amo no está, pero lo esperan esa misma tarde. Conoce y no conoce al dueño. Pienso que es un terrateniente como los demás y, por lo tanto, ya le conoce; pero no le ha visto nunca y es claro que no le conoce ¡y qué más da! No le cuesta mucho obtener trabajo; hay tres empleados que hacen las veces de vaqueros y agricultores ¡Una finca que puede mantener a cuarenta ó cincuenta familias! Aún no lleva quince días trabajando, cuando riñe con los tres imprecándoles por el abandono de la dehesa, por el estado de abandono general en que están las instalaciones. El dueño se presenta para hablar con él. Pedro parece el hombre que necesita esta finca.

Pedro está en los Maillos, levanta una cerca derribada por la desidia y cavila, ¿se ha equivocado y no habrá reacción? Lo ve venir, endereza su cuerpo estirándose para desprenderse del dolor y el entumecimiento y espera; un cigarrillo es apropiado para entretener la espera, quitarse los olores a sudor y pensar sin que parezca que se piensa. Nunca le ha gustado relacionarse con cierta gente, conocer a Juan Terrano le ha dado otra visión de muchas cosas, por ejemplo que los hombres no se miden por su dinero ni por su linajura, que pueden ser dueños pero no amos, que uno puede servirles pero no es un siervo. Que... Él no ha dependido de ningún amo, "por suerti". Carbonero es un buen oficio y la temporada da para vivir todo el año.

Los amos no le impresionan, no le gusta que sean los amos, pero no le impresionan. Prefiere pensar en ellos como en los dueños, es una palabra mucho más adecuada, menos servil, aunque, en el fondo sabe que es mentira, que son los amos, los amos de todo: de la hacienda, de las voluntades, de la vida y de la muerte, de la miseria, de la bonanza... No tener familia y asegura el trabajo durante medio año, no le obliga a depender de nadie y pedirlo en primavera es más costumbre que necesidad, al menos no necesidad económica; otras necesidades sí tiene: rodearse de gente, participar en las charlas nocturnas tumbado en un jergón a la luz de las estrellas, flirtear con las hijas de los colonos y, sobre todo, regar y ver crecer las plantas. Este dueño no parece como otros, ni mejor ni peor..., no es como los otros; no parece importarle el dialecto, no se preocupa por los peones, no parece avaro y demuestra cierto respeto por las personas.

No hubo saludos, pero la pregunta ¿Qué quiere usted de mí?, no contenía hostilidad en su tono, más bien, cierta perplejidad. Pedro se lo dijo, con vacilaciones al principio y con vehemencia después, se lo dijo. Más de dos horas duró la conversación. Pedro vino a decir que es una vergüenza el abandono en que está la tierra, que no es justa la miseria de un pueblo con las inmensas posibilidades que hay en las Cabezas; que si no necesita dinero otros necesitan comer... ¿Qué haría usted? Ahora sí, ahora las palabras de Pedro vibran en el aire confiadas y seguras en un perfecto castellano, “es mi homenaje a la oportunidad”, pensó mientras dice “buscaré a Pedro el guarda, es una especie de mayoral, nadie conoce mejor que él estos contornos y sus posibilidades; le encargaré levantar los regadíos, aún estamos a tiempo; la ganadería necesita una cuidadosa selección y, hay que reparar los cortijos y las cercas. La zona norte puede aprovecharse, limpiándola, para pastos y caza...” Cuando Pedro calla, el dueño extrae una petaca del bolsillo, le ofrece tabaco en el cuenco de la mano y lían un cigarrillo. El caballo pasta en los alrededores y un corzo cruza confiado en busca del agua. Las primeras bocanadas de humo, diluyéndose en el ambiente fresco y soleado de la mañana, fueron testigos de la cavilación del amo -este es el hombre que necesita esta finca- y de la respuesta “¡Hágalo!” Pedro lo hizo, no acaba de entender qué pretenden Juan y Poli pero lo hace. Empieza por San Silvestre del Tiétar. El Guarda está en la huerta, un semillero de tomatas y pimientos reclama su atención y su esfuer-

zo, ceniza y retamas protegerán las plantas de las heladas nocturnas. Una bicicleta apoyada en la pared, un hombre saludando por encima de la portera con los codos apoyados en el palo más alto y una rodilla en el de abajo, otro hombre y varios perros mirando perplejos ante el saludo, decenas de pájaros alborotando el aire del límpido atardecer, detrás cien rústicas paredes de piedra delimitando otras tantas huertas, al fondo guedejas de humo suspendidas sobre los blancos y rojos del pueblo y, cerrando azulados y rojizos horizontes, las grises aristas de la montaña. Si se pasa por alto las emociones del inmediato reencuentro, las muestras de reconocimiento de Reya y la voluntad de un hombre por cambiar los destinos de un país, estaríamos hablando de una escena corriente, eso podría parecerle a Pedro el guarda si se hubiera detenido a pensarlo, al menos hasta que Pedro, el larguirucho, terminó de hablar, ya anochecido, sentados frente a la chimenea en la casa del pueblo y trasegando el buen vino de una jarra de barro.

A la mañana siguiente en la explanada del caserío, la aseveración de Pedro, el guarda, al amo: “mis perros son tan libres como yo y tan dueños de esta finca como usted”, el asentimiento y, el apretón de manos entre los dos hombres, sella un trato de colaboración que va a durar lo suficiente para construir silencios a la historia oficial del reino.

LA SIEMBRA

A los quince días la hacienda rebosa actividad. Seis medieros se están instalando con sus familias en los caseríos desperdigados por el encinar, en la cabecera de las zonas regables. Pedro el guarda opta por acuerdos “de medias” que suele ser una opción más ventajosa para los campesinos; estos aportan yuntas, herramientas y el trabajo de toda la familia; adquieren el compromiso de cultivar un mínimo de nueve hectáreas de tabaco o algodón; pueden sembrar todo lo que quieran para el consumo familiar y tener animales domésticos, cerdos, gallinas, pavos... El dueño aporta las semillas, las plantas, los abonos y los insecticidas. La cosecha se reparte a medias.

El trabajo será intenso y un tanto precipitado por lo avanzado de la estación, para la siembra hay tiempo y las plantas las proporciona el Servicio Nacional del Tabaco -la clase y la cantidad que ellos determinen-, el algodón tampoco crea problemas; el pimiento tendrá que esperar para otro año, los semilleros, a estas alturas, ya deberían tener las plantas listas para el trasplante y nadie lo había previsto; pero las canalizaciones no pueden esperar, hay que limpiarlas de yerbas y matojos, repararlas y darles la profundidad que requieren. Las tareas se reparten entre todos los miembros de la familia: los hombres adultos las faenas del campo y las reparaciones de la casa, corrales y cuadras; mujeres y adolescentes atender el ganado doméstico, acarrear agua, recoger leña.

Pedro, el guarda, además, ha contratado a Poli y sus carboneros, les encarga de la zona norte, la abrupta, la de las quebradas. Se instalan en una choza en la zona más inaccesible, eso les permitirá traerse a Juan Terrano sin que nadie lo descubra. Su labor es ardua: desbrozar cortafuegos, abrir caminos, eliminar toda la maleza y, en el otoño, cortar los árboles que sobren para hacer carbón. Se ponen a la tarea con entusiasmo, trabajar y esperar es lo único que pueden hacer. Además cazan. Se han traído los alimentos suficientes para vivir varios meses, pero la carne de corzo se les antoja un manjar, aunque, la mayor parte, la tienen que hacer tasajos y la primavera no es la mejor

época para conservarlos. El acuerdo con el guarda les parece justo: cobrarán quince pesetas diarias cada uno hasta el mes de septiembre, luego se quedarán con la mitad del carbón. Edifican la cabaña en la ladera de una loma, orientada a la salida del sol, resguardada de los vientos del norte por una sucesión de ondulaciones más altas, con una considerable hondonada debajo, relativamente llana. Abundante vegetación cubre los alrededores y la propia choza es casi imposible de descubrir hasta que no estás delante. Aprovechan la vieja estructura de un cobijo de pastor, ampliándola en todas direcciones con formas bastante irregulares para sacar el máximo rendimiento al calvero. Rimeros de leña seca, alrededor, le dan cierto aire de fuerte indio. No ganarán un concurso de arquitectura pero pueden dormir dentro, guarecerse de la lluvia, protegerse de las alimañas y guardar sus cosas. A pocos metros tienen la fuente -Fuente Albilla-, que proporciona agua abundante y una amplia zona de yerba fresca para las caballerías; en una angostura del regato, remansando el agua sobrante, construyen la poza que les servirá para lavarse y aliviar los calores del verano. La puerta de la cabaña se abre frente al tronco de una gran encina a cuyo resguardo yacen media construcción y una enorme roca, alisada en su parte superior, que les sirve de mesa. Como asientos troncos de árboles convenientemente aserrados, cumplen bien su función, y sacas de hojarasca y helechos, son un buen sustituto para cualquier cama.

A mediados de mayo llega Juan montado en un burro, acompañado de Pedro, el larguirucho, y dos mulas cargadas de provisiones. El bastón le permite andar, pero no montar con comodidad, aun así, prefiere la marcha cansina del asno, más tolerable y más fácil de manejar. El día es soleado y caluroso, los rigores de la siesta se dejan sentir en el paisaje y en el ánimo, los arañazos del matorral y el cansancio le tienen tan agotado que la humilde choza se le antoja un palacio. Descargan y desaparejan las bestias, las amanean, las sueltan en el llano y se sirven queso, jamón y vino en la mesa de piedra, a la sombra de la encina. La cuadrilla está lejos, se marcharon al amanecer y no volverán hasta anochecido, cuando hayan abierto otra brecha al bosque, a modo de cortafuegos. “Se está bien aquí”, piensa Juan. ¿Por qué hay tantas moscas? Otras mil preguntas se agolpan en su cabeza: ¿Qué hacemos aquí? ¿No hubiera sido mejor ir directamente a ver al dueño? ¿Estamos perdiendo el tiempo?... Le tranquiliza pensar que no pueden correr riesgos, un paso en falso

daría al traste con el secreto y con la misión, tampoco tienen muchas opciones. La charla de Pedro consigue distraerle, hasta cierto punto... . Echa de menos a Pascual y a Poli y de eso no consigue olvidarse. Al primero no lo ha visto desde que lo enviaron a la Serradilla y, para hablar con el segundo ha cruzado este infierno de zarza, espino y carrasco.

La marcha de Pedro, le deja con una sensación de estar solo en la Tierra, de vivir en un mundo donde, solo los animales, pueden disfrutar de la existencia cotidiana. No se lo explica bien, pero no hay pena, angustia o dolor en esta soledad, al contrario, cierta alegría, serena alegría, es el sentimiento que predomina en sus cavilaciones. Desde su asiento observa la vida salvaje que bulle constantemente, un somormujo por encima de su cabeza, en la encina; varios corzos ostentan su color gris rojizo y las pequeñas cuernas verrugosas y ahorquilladas hacia las puntas, bebiendo en el rebosadero de la poza; una pareja de gamos, a pocos metros, le sobresalta y arriba, colgados de nítidos azules, los milanos vuelan en círculos. Lo que a simple vista puede parecer quietud, es un hervidero de intereses primarios moviéndose en todas direcciones. Mediada la tarde abandona la sombra, demasiado fresca, para otear los senderos; en la hondonada descubre huellas de jabalí y un escalofrío le recorre la espalda, no es fácil olvidar un encuentro cuyas consecuencias todavía arrastra.

Antes de la puesta de sol, regresan los carboneros. La presencia de Juan es una razón, tan buena como otra cualquiera, para acortar la jornada y buscar el "bujío". Son seis: Pedro, fresco y lozano tras la jornada de viaje; Cele, Manuel, Poli y los dos hijos de Cipri, el pastor, negros de sudor y polvo, derrotados por las zarzas y el esfuerzo; pero alegres. Trabajan con largueza y con largueza disfrutan de la amistad, de la comida y del vino. Poli, Cipri y Manuel se abrazan a Juan, los dos chicos observan retraídos y, Pedro, el larguirucho, permanece apartado con una sonrisa de orgullo "lo truji yo", dice su expresión. Esa noche cenan asado, tras el asado la conversación, de la conversación al descanso, del descanso otra vez al trabajo.

Pero hubo dos conversaciones: una, todos juntos y otra entre Poli y Juan, sentados junto a la fuente, con la noche rebullendo a la luz de las estrellas, la fresca brisa acariciándoles la cara y el agua acompañando el rumor de las voces. La charla les lleva, inevitablemente, a unas cuantas conclusiones:

están haciendo lo correcto; la finca es adecuada para el objetivo propuesto; entre medieros y carboneros cuentan con quince personas de absoluta confianza distribuidas por toda la dehesa, no se moverá ni una paja sin que ellos lo sepan, ya solo falta el consentimiento del dueño y estarán en condiciones de celebrar cualquier reunión, con las máximas garantías de discreción y seguridad. La frase de Poli, sin meditar, lanzada medio en broma medio en serio “podemos controlar y matar cualquier cosa o persona que se mueva”, termina la conversación y abre nuevas vías al pensamiento en direcciones contradictorias, prevalecen el miedo y la inquietud. Una vida, la del Jefe del Estado, estará en sus manos si se celebra la reunión, una sola muerte, en sus balas, puede cambiar la Historia de España.

La siembra no estaba completa, faltaba la última semilla, la de Pedro el larguirucho. Fue de madrugada, cuando las estrellas titilan todavía en el firmamento, ligeramente pálidas y los hombres se disponen a desayunar, el tajo les espera; adormilados, se despabilan como pueden respirando los aromas del café recién hecho, trasiegan un sorbo de aguardiente, se lavan la cara; las palabras se limitan a monosílabos y los actos resultan torpes, por eso la frase de Pedro, “podriemus matar a Franco”, resuena como un tiro en la consciencia.

LA CACERÍA

La cuadrilla se marcha. Juan los mira partir desde la puerta de la vivienda, cruzan la loma de enfrente como sombras arrastrándose en la noche moribunda, aparecen y desaparecen movidos por el capricho del sendero y el encinar se interpone hasta que se los traga, perdidos en la inmensidad de negruras arropadas por silencios incompletos en los que se adivina la presencia del búho, la lechuza y el mochuelo. Tiene un largo día por delante, sin ocupación definida. Se sienta oteando el horizonte, embebido en pensamientos sombríos. El cielo clarea lentamente, azulando el negro, empalideciendo el azul, enrojeciendo..., alumbra una mañana esplendorosa y soleada cargada de connotaciones veraniegas.

Su pierna no es la mejor ayuda para desarrollar una actividad frenética, pero no está dispuesto a la pasividad, al menos la física; la pasividad mental tampoco es posible, sus pensamientos están desbocados y se le presentan probabilidades grandiosas, todas ellas con tintes siniestros ribeteadas de angustia. Decidir ser activo es fácil, serlo es más complicado. Permanece en cierto estado de ensoñación contemplando las reacciones del entorno hasta que el sol le obliga a ponerse a cubierto. Los pensamientos enredados en una sola idea, la muerte de alguien; sabe que pueden hacerlo, se siente capaz de mover el mundo con las manos y es noble que los responsables de la injusticia paguen por ella. Ojo por ojo..., pero, ¿y las consecuencias? ¿Qué reacciones habrá? Sabe que las habrá. Una nueva ola de represión podría desatarse contra los indefensos, más purgas, más muros ensangrentados al amanecer, más paseos sin retorno, más generales jugando a ser dioses. ¿Está fabricándose una coartada para encubrir el miedo? Una pareja de gamos le distrae; rojizos,

con motas blancas, engallan la cabeza, desafiantes y se dirigen pausadamente a la frescura de la hondonada. Se obliga al trabajo. Con una retama en forma de escoba barre el suelo, de un cubo esparce agua con la mano para evitar la polvareda, retira la ceniza de los restos de una hoguera, todavía con rescoldos; cuelga las mantas y los jergones al sol. No le resulta difícil encontrar las bestias, pacen tranquilamente en las zonas herbosas; comprueba las maniotas y se vuelve a la choza. Saca 'recado de escribir' y con letra pulcra y cuidada redacta un amplio informe que, por medio de Luciano, cruzará la frontera explicando la situación actual. Los detalles precisos, impersonales, fríos, sin sentimientos, sin análisis, sin opiniones, van cubriendo las cuartillas en blanco de fechas, distancias, accidentes geográficos, tipos de terreno; hasta conformar las características de un mapa perfectamente dibujado sobre el papel. Antes de acabar se levanta, enciende la hoguera, prepara el puchero y lo arrima a la lumbre. 'Que perro tan hermoso'. Sigue escribiendo. De vez en cuando atiende el puchero, añade agua, mueve el contenido, atiza el fuego. Al mediodía da por terminados el escrito y la comida está lista para disfrutarla. El ambiente se ha vuelto caluroso, refresca su cara en la fuente, vuelca el cocido en un plato de hojalata y se dispone a comer. 'Que perro tan hermoso'. La alarma surge abrumadora y le obliga a situarse en una realidad inmediata ¿cuanto tiempo lleva ahí? No sabe, puede llevar segundos, horas..., lo estaba contemplando sin ser consciente que era un elemento ajeno al paisaje, ajeno a lo cotidiano.

Plácidamente tumbado en el suelo, el mastín, mira a Juan como si llevara siglos haciéndolo, sin mostrar agresividad o recelo alguno. Le llama y se acerca sin desconfianza, se deja acariciar, reacciona sin aspavientos, con algún lametazo en las manos de Juan y vuelve a tumbarse en el mismo sitio. El hombre come despacio, deja los huesos al lado, en el suelo; el perro los coge sin prisa alguna y se los lleva, royéndolos con parsimonia. Se pasan la tarde jugando 'a estrechar lazos', el hombre camina y el perro le sigue a cierta distancia; el animal se detiene a olisquear en los matorrales y Juan se para a observarle; uno se sienta, el otro se tumba cada vez más cerca. Cuando la oscuridad inicia su ronda nocturna, los dos caminan juntos, uno al lado del otro. Así salen al encuentro de los leñadores, que vuelven tan derrotados, cansados, sucios, sudorosos y alegres como el día anterior.

Si Juan Terrano espera sorprender a los hombres se va a llevar un buen fiasco. El perro hace un extraño ruido, no es un gruñido, ni un ladrido, ni una queja; es un saludo, una especie de saludo que los demás reciben con naturalidad, respondiéndole con carantoñas. “Es sultán”, le cuentan, “es el hijo de Reya, una perra que Pedro, el larguirucho, regaló a Pedro, el guarda hace algunos años y, si Sultán tiene dueño, el más cercano es el guardés. La opinión más generalizada es que Sultán es totalmente libre, recorre el territorio en todas direcciones, desaparece durante semanas, elige la compañía humana que le parece oportuna y muy pocas veces acepta comida que el no haya cazado. No se sabe que haya atacado a ninguna persona, pero nadie se atreve a acercarse si él no manifiesta voluntad de aceptarlo. Le han visto acosar a una manada de lobos y sestear con un grupo de gamos. Es, dicen, la prueba viviente de todas las leyendas que recorren los rincones del país, pronto se marchará”. Pero no se marchó y, a la leyenda, le faltan algunos enigmáticos episodios.

La mañana siguiente se muestra tan radiante y calurosa como la anterior presagiando un tórrido verano. Juan recoge ramas secas y menudas de los alrededores para prender la lumbre cuando vuelve Sultán con una actuación que, en principio, le resulta extraña; el perro da ladridos cortos y seguidos en tono bajo, se acerca y se retira hacia el camino pretendiendo que el hombre lo siga. Juan decide seguirle y el perro, ahora en silencio, se dirige a lo alto de la colina, allí se sienta mirando hacia el oeste. Juan le imita y no tarda mucho tiempo en descubrir lo que el perro quería mostrarle, o lo que él intuye que el perro quería que viese; seis guardias civiles a caballo avanzan en fila, despacio, siguiendo la abrupta senda que desemboca en Fuente Albilla. El miedo vuelve a rondar por sus entrañas. No hay ninguna razón para que lo busquen, al menos ninguna razón lógica; pero sus enemigos han demostrado bastante saña e irracionalidad, por eso decide esconderse. Arregla cierto desorden en la cabaña para no delatar su presencia, recoge los utensilios de escribir que desentonan en un medio como este, los guarda con algo de comida en unas alforjas y se dirige a la loma de enfrente, boscosa y algo más elevada, desde donde podrá observar, sin ser visto, lo que suceda en la vivienda y en una parte importante del camino y la hondonada.

En media hora se halla tumbado en el suelo rodeado de maleza y en un observatorio inmejorable. Con el perro echado junto a él se decide a esperar.

El miedo sigue haciendo estragos en sus entrañas y no le queda más remedio que abandonar el escondite y aliviar inoportunas necesidades primarias. Un gruñido le obliga a apresurarse. Los guardias ya están en la choza, desmontados recorren el recinto sin mucho entusiasmo; los ve pararse en corro, pasarse una petaca de mano en mano y liar un cigarrillo. No parecen inquietos ni especialmente interesados. El panorama que se le ofrece no es demasiado amplio pero le provoca cierta sensación de seguridad y, al menor indicio de peligro, puede desaparecer rápidamente en dirección a las quebradas donde es fácil perderse y muy difícil que alguien lo encuentre. Otro gruñido y la mirada de Sultán en dirección sur, le permite descubrir a otro hombre acercándose, sigilosamente, a la choza. Ahora todo transcurre con inusitada rapidez; intenta levantarse y la actitud del perro se lo impide; mientras tanto, el desconocido, llega junto a los guardias, no le han visto hasta que no estaba junto a ellos, se sobresaltan, dialogan unos instantes y se dirigen a los caballos; pocos minutos más tarde desaparecen por donde han venido dejando al hombre solo, y una nueva sensación de paz se apodera del paisaje y del ánimo de Juan.

Sultán salta de su escondite y poco después está recibiendo las caricias del recién llegado. Juan no sabe por qué la escena le ofrece confianza, se dice 'ese perro sabe más que le han enseñado' y se va detrás de él. El otro ya le ha visto y espera recostado contra la piedra, a la sombra de la encina. 'Parecía más joven' piensa Juan. No es joven, ya ha cumplido 68 años, pero aún conserva agilidad y desenvoltura suficiente para ser el mayoral de estas latitudes. Antes que lo diga él, Juan ya sabe que se trata de Pedro, el guarda. Han hablado de él muchas veces y forma parte de un plan, todavía bastante indefinido, que les llevó en su momento a propiciar la vuelta del guardés a la dehesa. No se conocían pero no son dos extraños, la conversación fluye con facilidad y comparten vino, comida y confidencias.

Pedro viene una vez a la semana, les trae el pan y cualquier otra cosa que necesiten. Podría mandar a algún chico de los colonos, pero le parece más seguro hacerlo él y, además, le gusta dar esos largos paseos por la soledad del encinar. Esta mañana, después de ordenar los trabajos habituales, apareja un burro, carga unas alforjas con el pan y algo de vino, que nunca está de más y se dirige al corte de los leñadores; habla con ellos, le cuentan de su existencia y decide venir a conocerlo; en la Llanada de los Campillos observa los movi-

mientos de los guardias y apresura el paso, deja el burro atado en un rodal de yerba fresca y enfila el medio kilómetro que lo separa de la cabaña; se inquieta al ver allí a los guardias, pero unos matorrales se mueven en la loma de enfrente y le parece descubrir a Sultán, eso le tranquiliza; ahora se trata de conseguir que los guardias abandonen la zona lo antes posible; consigue pasar desapercibido hasta que les saluda, justo en la puerta, recuerda a tres de ellos, han visitado el caserío en varias ocasiones; están buscando un evadido del penal que podría andar por los alrededores, es un comunista muy peligroso. “En las Cabezas no es probable, cualquiera de las cuadrillas lo habría visto y lo hubieran comunicado a las autoridades; deben buscar en Sierra Porquera. Ese sitio es bueno para esconderse y bueno para perder el tiempo” - les dice el guardés-. Se lo creen. Encaminan sus pasos en esa dirección evitando encontrarse con lo que no iban buscando. “El preso hace muchas horas que cruzó la Raya” piensan.

A Juan le parecieron guardias especialmente descuidados, nada marciales y, él mismo, desde su escondite, podría haberlos matado a todos sin ninguna dificultad. En ningún momento pensó en ello, no es muy buena la opinión que tiene de la institución, pero ya ha habido demasiados muertos, al menos demasiados muertos que solo eran culpables de vivir en este país. Pedro opina que las venganzas, en tierra de cazadores como ésta, deben ventilarse en una cacería donde las balas no tienen dueño y la muerte solo alcanza a los imbéciles.

Esa tercera noche, aparentemente, es una repetición de las anteriores; una idea de Juan la hace diferente. Los hombres vuelven igual de cansados, sucios y alegres, se lavan con la misma algarabía, beben y comen con largueza y se sienten libres y confiados en el futuro. Al principio no pueden o no quieren entender lo que propone Juan y, en cualquier caso, les parece una locura. ¿Qué sentido tiene organizar una cacería? Ellos cazan siempre que quieren y eligen a sus compañeros. ¿Qué pintan en todo esto los mandamás de Berrocana?, lo van asumiendo uno a uno y se van callando, valoran las posibilidades reales del asunto, hasta que se hace el silencio; Pedro, el larguirucho es el primero en romperlo “Puedi jacersi”, dice, y Poli, apostilla “Puede hacerse y se hará”.

Las siguientes veladas nocturnas las dedican a ultimar un plan que les permita vengarse de las afrentas recibidas. Lo que no han decidido es quién, o quiénes, van a ser las víctimas.

PREPARATIVOS

Luciano llega a primeros de junio acompañado de Chon, la curandera. Los oscuros nubarrones y el agobiante calor vislumbran los tímidos signos de un atardecer tormentoso. Vienen de la Serradilla y el calor, el polvo, los espinos y el sudor han hecho estragos en su aspecto exterior. El ánimo tampoco es bueno, el de Luciano está influido por las noticias que trae de Berrocana y en el de Asunción pesa el recuerdo de la lenta recuperación de Pascual y una extraña sensación de peligro instalada en lo más profundo de su ser. Uno viene a contar y la otra a advertir. Contar es fácil, unas pocas frases que hablan de asesinos, extorsiones e incendios y está todo dicho. Pero advertir... ¿Advertir de qué ? ¿De misteriosas intuiciones que, en esta ocasión, no tienen ninguna fiabilidad, incluso para ella? Ha llegado a pensar que se está fabricando una excusa para ver a Poli, pero ella sabe que no es cierto; el problema es cómo advertir de algo que no responde a la lógica del pensamiento humano.

Encontraron la choza siguiendo el rastro verde del arroyo, ahora sin agua, pero con una vegetación en sus riberas que contrasta, notablemente, con la sequedad de la yerba en el encinar. Fuente Albilla sigue manando y la poza deja escapar por el rebosadero una pequeña cantidad de agua, filtrándose antes de bajar al llano. No encuentran a Juan, como habían previsto y, después de refrescarse se sientan bajo la gran encina a esperar su regreso. La tarde se aborrasca con el paso de las horas y lo que eran amenazadores nubarrones, se convierten en los únicos colores del cielo. Cuando la tormenta es inminente y los relámpagos se deshacen en mil culebrillas, aparece Juan, sudoroso y renqueante, seguido por un llamativo perro; deciden que es mucho más seguro

ver los rayos desde el calvero de la hondonada; para entonces el ambiente huele a azufre y a tierra mojada y varios conatos de incendios desprenden sendas columnas de humo. A pesar del chaparrón que se les viene encima no abandonan el claro, los árboles son peligrosos. La oscuridad es tan absoluta que no notan el anochecer. Cuando desaparece el temporal, el cielo clarea y algunas estrellas se dejan ver, se afanan en preparar una fogata para ellos y para la cuadrilla retrasada por el mal tiempo, que no tardará.

Poli, Cele, Manuel, Pedro y los dos jóvenes, arriban al campamento más cansados, sucios y derrotados que de costumbre, chorreando agua irrumpen en el cerco alumbrado por el fuego, se abrazan a los otros cuyas ropas humean al secárseles encima por efecto del calor y quedan, otra vez, tan empapados como al principio. La humedad se vuelve molesta y camisas, pantalones y calzoncillos van siendo sustituidos por mantas y, después de varios chapuzones en la poza, por ropa limpia. Los últimos en completar el aseo son Poli y Asunción, se marchan juntos, tardan bastante más que los otros y tienen que soportar bromas y pícaras insinuaciones, a las que responden en el mismo tono de chanza y picardía.

La cena se prolonga más de lo habitual y la conversación, a veces en clave de humor, a ratos en serio, se apagará con la presencia del amanecer. La tardanza en acostarse se explica, en parte, porque al día siguiente es domingo; los domingos son complejos para el trabajo, es obligatorio ir a misa y tener el permiso del cura o de la Guardia Civil para poder trabajar y, además, cualquiera de los dos puede decidir si son tareas imprescindibles o se pueden dejar para el lunes; ellos no lo han tenido en cuenta nunca, pero la visita de hace unos días, el suelo embarrado por la tormenta y la necesidad de no buscarse más líos de los que ya tienen, les decide a no trabajar por la mañana; por la tarde, después de la siesta y aprovechando la humedad que dificultará la extensión de un posible incendio, prenderán fuego a algunos zarzales especialmente difíciles de cortar. Es momento, también, de tomar decisiones. No son conscientes de que las estén tomando, simplemente hablan, discuten e intercambian opiniones que, al final, darán como consecuencia lógica una serie de actuaciones de alguno de ellos, o de todos; pero solamente como resultado del razonamiento y de la puesta en escena de sus propios valores y conceptos sobre la vida. Sus valores sí responden a un deseo de venganza y por lo tanto

conforman un plan no explícito, pero que les conduce en una dirección concreta e inevitable, la muerte de los responsables.

Nadie da órdenes, pero en la mañana del domingo cada uno orienta sus pasos en direcciones distintas, con misiones distintas. Luciano ensilla su caballo y se dirige a la Raya, solo llevará un sobre y la mejor montura que encuentre para garantizar que nadie pueda detenerlo en el camino. Poli y Juan se encaminan a la casa de las Cabezas, es hora de hablar con el dueño ; Pedro el guarda ha preparado el terreno y la ocasión y no les será difícil entablar una relación satisfactoria. Pedro, el larguirucho, el más mañoso de todos, ayudado por los hijos del pastor, se dedica a construir un chozo para Asunción, en realidad una especie de habitación adicional con entrada por el exterior. La curandera se entretiene cogiendo orégano, en esta época la hoja es tierna y la flor todavía no ha granado, más adelante, cuando la hoja esté hecha y la pequeña flor se abra, volverá a recolectar para otros usos y finalidades. Manuel y Cele salen de caza; en estas fechas es una labor delicada, no puede cazarse cualquier cosa, tienen que ser machos para no dejar camadas abandonadas y hay que cazar lo imprescindible, lo que se pueda consumir en poco tiempo para que el calor no lo estropee.

Poli y Juan salen de la entrevista con el dueño llevándose el consentimiento para utilizar la finca en cacerías, reuniones u otras actividades..., siempre y cuando Pedro, el guarda lo sepa, esté de acuerdo y fije las condiciones de uso. Es mucho más de lo que habían esperado. El dueño de las Cabezas demuestra saber mucho más sobre Juan Terrano de lo que ellos podían imaginar, mucho más de lo que cualquiera de los Pedro pueda haberle contado ; sabe que puede ocupar un cargo importante en el Régimen, que mantiene buenas relaciones con la Corona y malas con las autoridades locales; en fin, que sabe demasiado, aunque no están en condiciones de decidir si eso es bueno o malo para ellos.

Quien sí decide que es un mal asunto es Chon. En cuanto regresan les mira detenidamente y sus músculos se agarrotan impidiéndole hablar; cuando lo hace su voz es serena pero con un aire de trascendencia que los demás no pueden ignorar; su expresión en dialecto “esi hombri e` un muertu”, anuncia todos los horrores del mundo puestos en boca de una mujer. Esa misma tarde preparan un segundo campamento para dormir, más escondido, más inaccesi-

ble y, por tanto, más seguro; en la madrugada siguiente, Juan, parte hacia Berrocana y, los hombres, van a trabajar con una escopeta al alcance de la mano.

“LAS REVOLVIURAS”

La Casona sigue siendo un edificio imponente y la mujer del queso, nuevamente, se encarga de conservarla en perfecto estado de habitabilidad. Regino, el hijo del campanero, ha atendido cuerdas, porquerizas, huertos. La mujer lo recibe en la puerta, secándose las manos con un delantal y al chico le encuentra en la corraliza trasera, empujando una carretilla de estiércol. Las once de la mañana es un buen momento para reponer fuerzas, se sientan los tres en la cocina, sobre la mesa tocino, queso, chorizo, jamón, pan, la inevitable jarra de vino y la charla, en este caso la de Juan, les cuenta todos sus miedos inquietudes y preocupaciones, sin omitir nada; no espera que ellos le resuelvan ningún problema pero, a veces, la confesión es buena y la actitud de los dos oyentes le descarga una parte importante de su tensión. La única frase pronunciada por la mujer “buscali las revolviuras” le obliga a un estudio minucioso de todos sus planes. ¿Qué ha querido decir? La interpretación más aproximada es algo así como buscarles las vueltas. ¿A quién? No se atreve a preguntar, pero es evidente que su futuro depende de muchas voluntades, de demasiadas voluntades y de que carboneros, contrabandistas, colonos, guardas, mujeres, curas y chiquillos -conscientes de ser una sola voluntad-, no cometan errores irreparables.

El último viaje de Luciano a la Raya ha supuesto una experiencia peligrosa y, a su regreso, aún conserva una rozadura de bala en el costado y una nota para Juan que dice: “ha sido un buen trabajo, doy por concluida su misión satisfactoriamente. Nosotros nos encargaremos del resto, cuya conclusión esperamos para fin de año. Seguiremos en contacto por los cauces habituales”. Ahora se plantea un único objetivo, organizar varias partidas de caza, escal-

nadas, con las mismas personas “Buscali las revolviuras”, ya sabe lo que la mujer quiso decir, que ‘los demás cumplan nuestros designios creyendo que son los suyos’. Ahora está todo claro. Se ponen a ello. El dueño encarga al guarda la organización de la primera cacería para mediados de septiembre.

El caluroso verano transcurre en la casona con cierta expectación y con una actividad frenética. Luciano sustituye a Pasual, cruza muchas puertas sin llamar a ninguna. Juan se ve con el señor Obispo y tiene una entrevista con el Jefe Local del Movimiento. En realidad, más que de una entrevista, se trata de un monólogo. Juan se presenta una mañana en el despacho del fascista, saluda socarronamente, entre otras cosas deja caer que tiene apoyos importantes y que, o ‘le dejan en paz de una vez o va a haber más que palabras’. Debió creerle, porque no hubo más incidentes.

El mes de septiembre representa un punto de inflexión en las previsiones de Juan, no es que se produzcan cambios radicales; pero la desconfianza en el dueño de la dehesa les induce a analizar más detenidamente la situación. Los primeros síntomas se producen a finales de agosto, con invitaciones a participar en la ‘limpia de exceso de caza’, dice la nota textualmente. Esto parece implicar una matanza indiscriminada de animales que no cuadra con la imagen que Juan tiene del terrateniente; pero encaja perfectamente con los miedos y prevenciones de la curandera. Los invitados sí son los previstos, excepto el señor Obispo; ninguno de los nuestros ha hablado del Prelado; ¿quién y por qué le ha invitado? El señor Obispo rechaza la deferencia sugiriendo que inviten a Martín el Abad de la Orden más Antigua. Juan justifica su ausencia alegando el mal estado de su pierna.

Los indicios se confirman en esa primera partida de caza, la de mediados de Septiembre. Pedro, el guarda, y algunos colonos no se pierden detalle de la operación y destacan, como sorprendente, la presencia de guardias civiles vigilando la franja de bosque que va desde la zona de caza hasta las carboneras. Tampoco se les escapa las excelentes relaciones que existen entre el dueño y el Abad; éste se compromete a llevar su reala a la próxima cita, aduciendo el mal entrenamiento de la que utilizaron este primer día. Otro detalle de interés es, precisamente, la despreocupación demostrada por el tiempo de veda. La conclusión más razonable, a la vista de los indicios, es que la puesta en

escena es una trampa para asesinar a Juan Terrano o al señor Obispo o, tal vez, a los dos.

A primeros de octubre las lluvias han cuajado un manto verde en los campos, los días se acortan sensiblemente y el nublado los vuelve oscuros y melancólicos. Las primeras carboneras lanzan misteriosos mensajes de humo y los hombres se encierran en los círculos de la intimidad. Los caminos vuelven a ser de los pastores y las noches se convierten en coto vedado a la tranquilidad, siendo cruzadas por todas las iniquidades del mundo. La noche fabrica muertos y el día se utiliza para maquillar la ignominia de los perversos. El miedo sigue valiendo como el único antídoto contra las vejaciones y el dolor asienta sus reales como aliado permanente de la desesperanza. Las maquinaciones se gestan constantemente como elemento esencial de los valores sociales y de las estrategias para la supervivencia de inconfesables y bastardos intereses políticos.

Con este clima, se presenta Juan Terrano en la dehesa. Las maneras del dueño son las mismas que el primer día, todo amabilidad sin ser empalagoso, se preocupa por su estado de salud, lamenta que no pudiera participar en la caza y espera que pueda hacerlo en la siguiente. *'De todas formas, dice textualmente, la que tendrá interés es la que propiciaremos para final de año, coincidiendo con una visita importante, incluso podría servir para matar a Franco. No pasaría nada, personas de prestigio pueden estar interesadas en tal suceso y demostrarán, en su momento, el agradecimiento debido'*. Con una risotada, al final de la perorata, parece querer decir que todo es una broma, pero a Juan se le pone carne de gallina, se le eriza el vello y la congoja amenaza con estrangularle el corazón. ¿Cómo sabe tantos detalles? ¿Quién está detrás? ¿Pretende que mate a Franco? ¿Para quién o para qué oscuros intereses? ¿Es otra trampa? Preguntas y contradicciones bailan en su cabeza sin encontrar ninguna respuesta. Se rehace como puede e intenta averiguar algo más; pero el hombre ya ha dicho todo lo que quería decir. Al despedirse, Juan dice, 'hay que buscali la revolviura', y se marcha dejándole atónito.

En Diciembre se escribe el penúltimo capítulo de lo que va a ser un plan concreto y definitivo. Luciano vuelve de uno de sus viajes a la Raya acompañado por un conocido de Juan, se entrevistó con él en dos ocasiones anteriores, cuando le acompañaba el padre del contrabandista, y representa su única

conexión clara con el exilio. Ahora trae noticias e impresiones que no son para confiar a los papeles. En síntesis viene a contar que la reunión se celebrará el 29 de Diciembre en el lugar propuesto; que, el Jefe de la Casa Real, recibirá a Juan después de la reunión; que existen movimientos fascistas para derrocar al dictador, pero no hay posibilidad de instaurar una alternativa democrática; Que apuestan por una suavización del Régimen y por democratizarlo desde dentro. Esta visita fragua la ruptura definitiva de Juan con la monarquía y se implica definitivamente con la oposición comunista.

El frío y la oscuridad no impiden que Juan Terrano, Poli y Pedro, el guarda, se encuentren la noche del 27 de Diciembre para ultimar los detalles de la cacería. Ya han decidido que la reunión no es asunto suyo, otros tendrán que asumir la responsabilidad de su colaboración con la noche más larga de la historia de este país.

LAS CUERNAS DEL ALBA.

El frío va a ser, también, un elemento dominante en la madrugada del 29. Los picos de la sierra enseñan blancos reflejos y la helada es de la que los campesinos llaman soterriza, de las que hacen renegrear la tierra y entumecen los músculos y la intención. Los cazadores madrugan más que el día, pero Pedro, el guarda, sale a recibir a cada uno de ellos, les invita a pasar a uno de los cobertizos donde les ofrece café y les hace esperar. La algarabía va subiendo de tono y se dispara, definitivamente, con la aparición de la reala de Martín el Abad. No es que provoquen demasiado escándalo, es que los pabellones de caza están tan desangelados, tan alejados del concepto de vida, tan perdidos en medio de la nada, que cualquier ruido parece que quisiera llenar la noche de duendes o aparecidos. En Realidad es una enorme construcción que se utiliza para cuadra, almacén o granero y tiene otra más pequeña adosada, con chimenea y una docena de literas. Aquí se va a efectuar el sorteo de los puestos, de aquí va a salir la expedición y hasta aquí van a traer los trofeos y los cadáveres de los imbéciles, como diría Pedro, el guarda, si le diéramos oportunidad de decirlo.

Los carboneros, cumpliendo el trato que hicieron con el dueño por mediación de Pedro el guarda, laboran afanosamente por derrotar la oscuridad y el frío en su esfuerzo por quemar y no quemar. Han abierto caminos y cortafuegos, eliminado zarzales y monte bajo y ahora mantienen luchas muy particulares por mantener prendidas las carboneras y la esperanza. La suya está colgada de los puestos de caza y de un plan, un tanto endeble, que les permitirá lavar alguna de las afrentas recibidas. Hoy van a estar más pendientes del sur que de su trabajo y en las manos, en lugar del hacha, el calabozo o la pala, van

a portar fusiles. Si el plan falla..., desechan esa idea. Están dispuestos. En todos los oficios hay que tener paciencia.

En la casa principal también existe un ajeteo poco habitual a estas horas, varias mujeres están limpiando el polvo, la cocinera está en su sitio y algunos forasteros inspeccionan cada rincón de la hacienda donde pueda haber un hombre. En todas las chimeneas luce un espléndido fuego, pasillos y escaleras se adornan con magníficas alfombras y los candelabros mantienen su particular lucha contra las sombras. Este es, para algunos hombres buenos, el escenario donde se va a perpetrar la más onerosa traición a un pueblo y para algunos hombres menos buenos, el lugar donde podría cambiarse la historia de un país y, sobre todo, de unos intereses particulares, bastante inconfesables.

La zona de caza es amplia y bien delimitada por accidentes geográficos y por la arboleda; al norte el ligero ascenso de las lomas, con un collado que será cubierto por dos tiradores y en el centro una pequeña colina, son los dos puntos estratégicos de importancia y desde los que se puede dominar toda la llanura; otros quince puestos van a ser distribuidos a lo largo de dos cortafuegos que cortan la hacienda de norte a sur. Pedro, el guarda, va a efectuar el sorteo. La mayoría de los participantes ha estado en otros encuentros y ya tienen cierta confianza, no tienen ninguna razón para pensar que el collado y la colina, que nunca antes se han usado, estén ya ocupados; el primero por Juan y Poli y la segunda por Pedro, el larguirucho. Cualquiera de los tres está dispuesto a acechar todo el día, con tal de cazar la pieza que quieren. Se va a efectuar el sorteo. Esperan impacientes el Jefe Local del Movimiento, el Jefe de la Policía, el Comandante en Jefe de la Guardia Civil, tres militares de graduación, Martín el Abad de la Orden más Antigua, el Director del psiquiátrico, Gustavo, el Legionario y otras personalidades de la comarca; algunas de ellas van a hacerse acompañar por un secretario. Pedro, el guarda, efectúa el sorteo. No le preocupa qué número saque cada uno, todos, si se mueven de su sitio, estarán a merced de los tiradores del collado o de la colina y, si todo sale bien, al menos uno, no volverá por su pie. Les da las últimas instrucciones, cada uno en su puesto sin moverse, cuando él calcule que todos ocupan su sitio hará sonar la cuerna como en las jornadas anteriores, los encargados de la reala la soltarán y, cuando termine la cacería volverá a sonar la señal, cada uno co-

brará sus piezas y el tractor las recogerá. Nadie tiene dudas, salvo el propio guardés, ese muchacho, el hijo del campanero... ¿Podrá hacer el mandado?

El Jefe Local del Movimiento acomoda su espalda contra las rocas que le sirven de refugio, otras piedras más bajas le permiten ver entre las encinas y, cuando salga el sol, su zona de visión se extenderá considerablemente. Está bastante enfadado consigo mismo y con los demás. Como casi siempre la culpa de sus insatisfacciones la tienen los otros, en esta ocasión se trata de las ausencias, no hay personalidades de su talla y se ve obligado a compartir trofeos con mediocres, él esperaba a algún ministro... El ruido de algo o alguien que se acerca le sobresalta, todavía no se puede disparar; su rifle nuevo es una joya, es una lástima que no haya sonado la cuerna, de todas formas aún no se ve. Se asoma por encima del parapeto y descubre a Regino, el chico de la catedral, él lo ha visto muchas veces moviéndose en los círculos de la Iglesia 'parece un buen muchacho, habrá que meterlo en las juventudes o ese maldito Obispo lo hará rojo'.

Regino informa al Jefe local de que se ha equivocado, su puesto es el que está junto a la encina seca, a la derecha de la colina y que en éste no entrarán las piezas grandes, una alambrada corta el acceso; el tío Pedro le pide disculpas por no explicárselo bien y esperará otra media hora antes de abrir la caza. El muchacho desaparece tan deprisa como ha venido y el Jefe se queda dudando y más enfadado que antes, 'inútiles, son todos unos inútiles'. La idea de matar unos cuantos conejos no le seduce lo más mínimo y, con un poco de zozobra se pone en marcha, cortando por el encinar tardará mucho menos de la media hora que le han concedido. Diez minutos después suena la cuerna, el Jefe Local del Movimiento se detiene asustado; no se atreve a retroceder, los perros ladran a su espalda y el matorral es demasiado espeso. Intenta correr hacia la colina y tropieza constantemente.

A medio camino entre la colina y el primer puesto ocupado por el Jefe Local se encuentra Martín el Abad, escucha el agudo grito de la cuerna y se dispone a esperar. Sus pensamientos le mantienen bastante distraído y algo disgustado, su magnífico plan para matar a Franco depende de lo que quiera hacer un estúpido como Juan Terrano, el recuerdo de la conversación del día anterior con el dueño le tranquiliza un tanto 'si él dice que lo va a hacer tendrá sus motivos' y sigue enfrascado en sus cavilaciones hasta que el ruido de los

perros se acerca por el frente. Están un poco alejados, el matorral es difícil de penetrar con la mirada, pero los movimientos de lo que puede ser un jabalí son inconfundibles y está más cerca que los perros. Apresta el arma, un espléndido fusil, y espera el movimiento de los perros. El jabalí sigue embistiendo contra el matorral, siempre en línea recta, cruzando por su frente. Todavía no ha sonado ni un solo tiro, el suyo va a ser el primero, se emociona y observa el movimiento de los perros. Éstos ya han llegado a la altura de la pieza, acosan al bicho, le parece escuchar voces pero supone que serán las de los encargados de la rea-la. Hay que apuntar bien para no herir a los perros, se considera el mejor tirador de la región y aunque no puede ver a ninguno de los animales está seguro de necesitar un único disparo. Y así va a ser aunque iba a tardar unas horas en saber que la primera pieza que se había cobrado era el Jefe Local del Movimiento, muerto de un certero balazo en el corazón. Después, recordándolo en un calabozo de la ciudad, le pareció extraña la actitud de los perros, acosaron a un hombre -aunque nadie le cree, él está seguro de que sus perros, sus propios perros, acosaron al hombre-, se marcharon en cuanto sonó el disparo sin emitir un ladrido y sobre todo, aquel enorme mastín, salió al claro y lo miró desafiante, momentos antes de desaparecer llevándose a toda la jauría detrás. ¿Qué tendría que hacer ese imbécil para moverse de sitio? Es la pregunta que se hace y a la que muchos quieren encontrar respuesta.

Quien sí tiene todas las respuestas es Pedro el larguirucho, situado en su observatorio de la colina ha sido testigo de excepción del ajusticiamiento del dictador local. En la mira de su rifle, no tan bueno como el del Abad, ha estado la cabeza del ahora cadáver yacente entre los carrascos. Dos columnas de polvo, una procedente del este y otra del oeste, tampoco le han pasado desapercibidas. Otro tercer asunto se ofrece a su vista por unas décimas de segundo, la presencia de Pascual balanceando una escopeta por encima de la cabeza a modo de saludo, y para éste no tiene respuestas. Abandona su escondite y se dirige, gateando casi todo el trayecto, hasta el collado donde le esperan Poli y Juan. Pasa cerca de los puestos siete y ocho, parece que no estuvieran ocupados.

La posible presencia de Pascual cambia algunas cosas, entre otras, el número de muertos. El Legionario, en el puesto número siete, y el médico res-

ponsable del manicomio, en el número ocho, yacen con una bala en la cabeza. Nadie ha vuelto a ver a Pascual ni a María la contrabandista.

A partir de este momento los hechos se van a desarrollar con una complejidad inimaginable para cualquiera de los tres hombres, pero ninguno de los tres está dispuesto a dejarlo todo en manos del azar o del capricho de los demás. Otras dos columnas de polvo en direcciones opuestas indican que la reunión ha terminado. Moverse con rapidez. Poli a las carboneras, hay que encontrar a Pascual y prepararse para cualquier reacción. Pedro, el larguirucho, al caserío, él puede incidir en el ánimo del dueño y, tal vez, neutralizar su actuación. Poli al pabellón de caza. Hablar y moverse con rapidez.

Pedro, el larguirucho, no tiene ningún problema con el dueño, a éste le importa un rábano lo que haya pasado fuera y dentro no le ha ido nada mal; el visitante le ha ofrecido cargos suficientes para colmar su ambición. Escucha el relato de los hechos como quien oye llover, hasta que Pedro insinúa la inconveniencia de una investigación que puede poner al descubierto más de una conspiración y muchos trapos sucios y, además, podría llamar la atención sobre asuntos que, personas importantes, no tienen ningún interés en hacer públicos. Él se encargará de todo, que lo dejen todo en sus manos.

Pero no lo dejan todo en sus manos. En el pabellón de caza Juan habla con Pedro, el guarda, éste da la señal para terminar la cacería y antes que se descubra todo, los dos se dirigen al encuentro del Comandante en Jefe del Puesto de la Guardia Civil, le cuentan de la existencia de dos cadáveres -el tercero ya lo descubrirá el Abad-, y que sus sospechas apuntan al Jefe de la Policía Local. La acusación es muy endeble, pero el Guardia Civil ve una inmejorable oportunidad para librarse de un enemigo político y resolver eficazmente el caso. La opinión del dueño disuelve cualquier escrúpulo que pudiera tener y, a media tarde, después de haber encontrado el cuerpo del Jefe Local del Movimiento, cuando salen a la búsqueda de los dos que faltan, el Comandante en Jefe, tiene pruebas tan contundentes contra el policía local que, seis meses después, es condenado a muerte.

Aquella misma noche, la del 29 de Diciembre de 1954, en una choza situada en las quebradas, se reúnen seis carboneros, un contrabandista, un queso y su mujer, cuatro colonos, cuatro hijas de colonos, un guarda, un clérigo experto en derecho canónico, una monja de mal genio, un obispo, una curan-

dera, el hijo de un campanero, tres pastores, un porquero y Juan Terrano. Comen beben y hablan con largueza. Sus vidas van a seguir distintos caminos y distintas vicisitudes, pero todas ellas van a tener una característica común, su lucha por sacar a un país de la oscuridad y la barbarie.

FIN